



Esta es la historia de cómo un grupo muy reducido de activistas antiespecistas nos infiltramos en el corazón de la caza española, en su modalidad más multitudinaria y una de las más desconocidas por la sociedad: la montería.

Si descubrían quiénes éramos, la situación podía acabar muy mal. En el monte, sin cobertura, sin posibilidad de huida, a más de 10 kilómetros del pueblo más cercano, rodeados de cientos de perros y decenas de cazadores con cuchillos o rifles. Precisamente fue eso lo que más facilitó las cosas. Para quienes estaban ahí era difícil imaginar que «los animalistas» se atrevieran a entrar en su mundo.

A veces es necesario mentir para contar la verdad.







¡NO VAIS A QUEDAR NI UNO!

**La historia de cómo nos infiltramos
en el mundo de la caza**

Prólogo: Carlota Saorsa y Xiana Castro

Fotografía: Aitor Garmendia

Texto: Francisco Hughes



NO VAIS A QUEDAR NI UNO

La historia de cómo nos infiltramos en el mundo de la caza

Prólogo: Carlota Saorsa y Xiana Castro

Fotografía: Aitor Garmendia

Texto: Francisco Hughes

Esta edición ve la luz por primera vez en Madrid, en septiembre de 2026.

ochodoscuatro ediciones

Depósito Legal: M-19886-2026

ISBN: 978-84-129127-3-9

Todos los beneficios de este libro irán destinados a la difusión de las ideas antiespecistas.

Podemos recomendar y recomendamos la difusión total o parcial de esta obra siempre y cuando se utilice con fines no comerciales, así como la difusión de sus ideas y reflexiones según los métodos y formas que se crean convenientes. Para cualquier otro uso, es necesaria la autorización expresa de la asamblea de la editorial.





ÍNDICE

Prólogo.....	9
El agarre.....	15
Aclaraciones previas.....	17
¿Por qué?.....	23
Primeros pasos.....	31
El criadero de alanos.....	55
Preparación.....	75
Nuestra seguridad.....	91
Contexto social.....	107
Preparación.....	123
La jornada.....	145
Tres días seguidos de montería.....	175
La recogida.....	189
Flora.....	207
Se cierra la veda.....	227
El último viaje.....	267





En memoria de Karl Garside (1966-2025)





PRÓLOGO

Xiana Castro

Cuando hablo con otras personas sobre mi trabajo y sobre a qué dedico mi vida, a menudo me suelen preguntar «¿cómo lo haces?», «¿cómo lo aguantas?». Hace poco tiempo un familiar me dijo que se sentía verdaderamente preocupado tras ver varios vídeos en los que estaba trabajando.

Bastantes años atrás, cuando comencé a participar en protestas por la defensa de los animales, me hice una pregunta similar: ¿sería yo capaz de aguantar emocionalmente siendo testigo directo de una situación en la que hicieran daño o incluso mataran a un animal?

Recuerdo el día exacto en que la respuesta a esa pregunta se hizo inaplazable. Ese día participaría en una protesta antitaurina y, para ello, tendría que saltar al ruedo de una plaza de toros y desple-





gar una pancarta junto a otras compañeras. Algunos días antes, un compañero que estaba organizando la acción me preguntó si había visto alguna vez una corrida de toros. Yo le contesté que no, que nunca había sido capaz de mantener la mirada más de unos pocos segundos.

Después de esa conversación, nos quedamos con la preocupación de si mi reacción podría interferir en la acción, bloqueándome de tal manera que me impidiera seguir adelante.

Ante esta situación me dio un consejo que me ayudó esa vez y me ha ayudado en infinidad de ocasiones. Me dijo algo así: «Tú imagina que todo lo que ocurre ante ti no es real, que se trata de una película o de una obra de teatro y concéntrate en tu objetivo, no pienses en nada más. Concéntrate únicamente en llegar al centro de la plaza y en desplegar la pancarta».

Como videógrafa, la cámara me ayuda a levantar una barrera emocional entre la realidad y ese objetivo. Ver las cosas a través de una pantalla o de una lente crea una especie de separación con la realidad que me ayuda a continuar, a centrarme en el motivo por el que estoy ahí: documentar lo que ocurre. Aunque he de reconocer que cuando llego a casa dejo la cámara y, por unos instantes, ese objetivo queda en un segundo plano y las lágrimas brotan imparables.





Porque el hecho de poder controlar nuestra mente para llevar a cabo una acción, no significa que todo ello no nos afecte. Creo que nadie es de hierro y que a todas nos duele de una manera u otra. A mí, al menos, me duele de una forma indescriptible. De hecho, mi cabeza está llena de compartimentos repletos de imágenes y recuerdos muy dolorosos que mantengo, hasta donde me es posible, bajo llave.

Cuando Francisco me propuso escribir este prólogo junto a Carlota, ella y yo ya nos conocíamos. Habíamos intercambiado muchas experiencias, especialmente con respecto a cómo nos sentimos con nosotras mismas al hacer lo que hacemos. Porque lo cierto es que es una mezcla a veces confusa entre lo más correcto que puedes hacer con tu vida y lo más atroz, algo que te hace sentirte como un monstruo. Ese disfraz de frialdad que te convierte en una persona a la que no reconocerías en un espejo. Meterte en el papel de alguien con una actitud contra la que luchas desde lo más profundo de tu ser.

Si hay algo que nos impulsa a seguir, es tener la absoluta certeza de que estamos haciendo lo correcto y también contar con personas que van a utilizar esas imágenes y esa información para tratar de hacer del mundo un lugar mejor para los demás animales.





Así que ambas aceptamos sin pensarlo. Quizás el motivo principal fue poder echar fuera todo lo que no queremos que nos corroa por dentro. Para mí también lo fue el hecho de que le tengo mucho cariño a Francisco y que me recordó uno de mis primeros actos de acción directa no violenta, el sabotaje a la caza del zorro.

Quizás el porqué de lo que hacemos esté claro para quienes defendemos a los animales: sacar a la luz lo que les ocurre, porque solo conociendo la realidad podremos cambiarla. Pero puede que no esté tan claro el cómo, cómo lo hacemos.

Yo he querido hablar de la parte emocional, mi parte emocional, la que trato de dominar para centrarme en mi objetivo; ahora conoceréis la parte del control, la parte orientada a preparar el terreno para conseguir el objetivo final.

Este libro está escrito por alguien que lleva muchos años infiltrándose en distintos ámbitos de la explotación animal, ayudando a conseguir innumerables imágenes e información. No sé si quizás se lo han dicho las veces suficientes, así que ahí va de mi parte con mucho amor: gracias.





Carlota Saorsa

Cuando conocí a Xiana, comenzamos una relación no solo como compañeras de activismo, sino de confidentes. Como con otras compañeras, estos últimos años he retomado ser parte de redes de militantes por la Liberación Animal y ahora no creo que pudiera seguir luchando sin ellas a mi lado.

Xiana y yo hemos hablado mucho sobre «aguantar emocionalmente» nuestra forma de hacer activismo y de cómo no olvidar nuestro objetivo y al mismo tiempo cuidarnos. Algo a lo que inequívocamente no le daba la importancia que debía cuando comencé con la infiltración en el conocido laboratorio de Madrid, una soledad y falta de identidad que no quiero volver a sentir.

Ahora es algo que me parece básico que necesitamos y que no puede faltar, el apoyo mutuo para resistir.

No podemos olvidar que no estamos solas, que hay grupos de personas que como nosotras se toman la explotación animal muy en serio. Y a lo que no estamos dispuestas es a tomar una posición neutral y mirar para otro lado, por eso decidimos dedicar nuestras fuerzas juntas a luchar contra ella.

Este libro habla sobre un grupo de personas, que igual que nosotras, no miran para otro lado y





están dispuestas a asumir riesgos, a comprometerse y acompañarse para luchar por un objetivo común: sacar a la luz y mostrar a la sociedad lo que tras los muros físicos y mentales ocultan las industrias de explotación animal como la experimentación animal y la caza.





EL AGARRE

Dejó su húmedo encame
al oír las cencerrillas,
y un podenquillo puntero
va señalando su huida.
Retumban los trabucazos
en fragor de artillería;
nubes de pólvora negra
se peinan en las encinas,
y los perreros pregonan:
«¡Ahí va el marrano p'arriba!»
Cuatro mastines ligeros
las dos colleras más finas
van acosando al marrano,
que al cortadero se tira.
De un par de tiros de rifle
saca una pata partida.
Media docena de perros
le van mordiendo en la herida...
Casi agotadas sus fuerzas
se acula en una lentisca,





y el bisurco de su boca
desgarra patas y tripa,
entre furiosos ladridos
y crepitar de agonías.
Los zahones del perrero
rompen monte a toda prisa;
el afilado cuchillo
le parte cuatro costillas,
y el viejo marrano muere
vengando su propia vida.
En su sangre, aún caliente,
bebe la brava jauría.
Dos mastines se revuelcan,
el podenquillo agoniza,
y suenan las caracolas,
y sigue la montería.
Una pleamar de buitres
Sube por la sierra arriba.

Carlos Valverde

Original en la desaparecida revista
Caza y Pesca (1974).





ACLARACIONES PREVIAS

La gran mayoría de los nombres que aparecen en este libro son pseudónimos. En nuestro caso por motivos de seguridad, en el de los cazadores por motivos legales y también porque no buscamos la confrontación personal, sino la confrontación argumentativa. Nuestras críticas no se dirigen a personas concretas, sino a un sistema de valores que considera a los otros animales como recursos.

Respecto al lenguaje, generalmente se utiliza en este texto el masculino para reflejar que, aunque es cierto que hay mujeres cazadoras, esta práctica es predominantemente masculina. En cuanto a quienes participamos en la investigación, Silvia, como se refleja en este libro, fue central en el periodo previo a la infiltración en las monterías a la hora de documentar las condiciones en las que se encontraban los perros explotados para cazar, así como en el rescate y cuidado de algunos de ellos. Asistimos a las monterías Javier Ballarín,





Aitor Garmendia, Linas Korta y yo. Por ello, también se usa el masculino en este contexto.

A pesar de las dificultades añadidas que deben superar por cuestiones de género, no han sido pocas las mujeres que han investigado y se han infiltrado en distintos sectores de la explotación animal. En el Estado español podemos nombrar a la propia Silvia, que lleva muchos años investigando y nunca ha firmado este tipo de trabajos; a Xiana Castro, que actualmente colabora con el proyecto Animals' View; a Carlota Saorsa, que se infiltró en solitario durante dieciocho meses en el centro de experimentación animal Vivotecnia revelando gráficamente los horrores del «búnker» y la vivisección en general o a Bel González que lleva menos tiempo pero realiza un trabajo fotográfico que promete.

Es importante aclarar que la investigación no podría haberse realizado sin el apoyo de la organización en defensa de los animales Animanaturalis y de CAS International, quienes financiaron, difundieron el trabajo y utilizaron el material en una campaña contra la caza y la exclusión de los llamados «perros de caza» de la Ley de Bienestar Animal aprobada en 2023. También fue fundamental la colaboración de dos compañeras de Ciudad Real que nos acogieron durante varios fines de semana y nos hicieron sentir en familia.





La infiltración tenía como objetivo documentar lo que oculta el sector de la caza. Todo ello ha quedado recogido en un trabajo gráfico compuesto por dos piezas audiovisuales (*Monterías, la caza con perros al descubierto* y *Así es la vida de los perros de caza en España*), además de en un extenso banco de imágenes. Está disponible de forma gratuita en las páginas web y redes sociales de *Animanaturalis* y del proyecto audiovisual *Tras los muros* para libre uso por parte de periodistas, organizaciones y demás personas que quieran contribuir a su difusión. Su visualización es fundamental para entender el resultado de la investigación que a continuación se relata.

Este libro pretende compartir nuestra experiencia para aquellas militantes a las que les pueda servir y, por encima de todo, trata de ser un llamamiento a la lucha por la liberación animal.











¿POR QUÉ?

Entre enero de 2022 y marzo de 2023 documentamos un total de diez monterías¹ y un gancho². Además pudimos tomar imágenes de un criadero de perros «de caza», veintinueve perreras de cazadores, una taxidermia y una procesadora cárnica especializada en animales procedentes de monterías.

Antes de narrar cómo lo hicimos, es importante transmitir la motivación que hay detrás. En mi caso, todo empezó cuando en verano de 1999 llegó a mi casa un sobre con el número 17 de la revista

- 1 En esta modalidad de caza, los rehалeros y los perros que componen la rehala, deben dirigir a los animales que quieren matar hacia los puestos/posturas, en las que se encuentran los cazadores que llevan rifles.
- 2 Si hay menos de 25 puestos (algunos autores marcan el punto de inflexión en 20) la modalidad de caza se llama «gancho». Además en el gancho participan menos rehалas que en la montería y la superficie que se bate (la mancha) es menor.





El ecologista. En la portada se reivindicaba el uso de lo que denominaban «herramientas ambientalmente sostenibles» a través de una imagen en la que un señor con boina forzaba a dos bueyes a arar su campo. El interior contenía un artículo titulado «Ganadería extensiva», el cual defendía una forma de explotación animal menos industrializada. Cuando leí la revista por primera vez no me cuestioné nada de esto.

En las últimas páginas había un apartado dedicado a literatura recomendada. Ahí, entre otros, se mencionaba un libro que, según señalaba, había inspirado a buena parte del movimiento por los derechos animales, considerado «la biblia del movimiento por la liberación animal»: *Liberación animal*, de Peter Singer.

Desde hacía tiempo había reflexionado sobre esta causa. No le veía ningún sentido. ¿Por qué preocuparnos por los animales como individuos cuando estamos destruyendo el planeta entero? Lo consideraba un movimiento basado en la sensiblería, en las emociones y no en la razón.

Unos meses después encargué el libro en una librería del barrio para poder criticar la mejor versión de esa ideología, para desmontar sus argumentos si es que los había. Estaba seguro de que sería sencillo. Sin embargo, aunque más tarde los retomé, un año después de acabar la lectura me





encontraba dejando mis estudios universitarios para dedicar más esfuerzos a la lucha que anteriormente había despreciado. No hubiera imaginado que ese libro iba a cambiar mi forma de pensar y mi vida.

Hubo dos cosas que me marcaron especialmente. La primera fue el término «especismo». Yo me declaraba contrario al antropocentrismo. Los seres humanos (pensaba) no tenemos un valor especial por pertenecer a la especie humana. Sin embargo, *Liberación animal* me hizo ver que yo hacía muchas cosas con los otros animales que nunca haría con seres humanos en las mismas circunstancias. Si me declaraba en contra del racismo, el sexismo o la homofobia, ¿qué justificaba que yo explotara a otros animales en mi beneficio? ¿Estaba llevando a cabo otra forma de discriminación?

Más interesante me pareció cómo confrontaba los puntos de apoyo del especismo y los derribaba utilizando la lógica. Un ejemplo que se mencionaba en la obra y al que se recurre a menudo para defender el especismo era que «lo que nos ocurre a los seres humanos es más importante que lo que les ocurre a otros animales porque somos humanos y los seres humanos somos más importantes». Fácilmente se aprecia que es un razonamiento circular porque el argumento y la conclusión coinci-





den. ¿Tendría sentido argumentar que «lo que les ocurre a los hombres es más importante que lo que les ocurre a las mujeres porque los hombres son más importantes que las mujeres»?

Lo que hizo que me explotara la cabeza fue ver cómo el autor respondía a la mejor versión del especismo, a esa idea comúnmente compartida de que lo que nos ocurre a los seres humanos es más relevante porque somos una especie diferente, porque somos más inteligentes. Singer no negaba que, en general, los seres humanos fuéramos más inteligentes, sino que iba más allá. Cuestionaba si la inteligencia era o no una cuestión relevante para respetar a alguien.

Si yo defendía esa idea de que podíamos explotar a los otros animales porque somos más inteligentes, ello implicaba que de forma inconsciente estaba defendiendo la misma explotación con seres humanos que tuvieran una inteligencia inferior o igual a la de otros animales, como es el caso de personas con enfermedades neurodegenerativas, congénitas o por muchos otros motivos.

Sin duda, *Liberación animal* es el libro que más incómodo me ha hecho sentir y a la vez el que más me ha aportado. El pensamiento crítico consiste en cuestionar las ideas, incluso las más aceptadas por la sociedad. Nuestra opinión sobre un tema debe apoyarse sobre argumentos sólidos, de forma





que si se nos presenta una opinión diferente con mejores argumentos debemos ser capaces de cambiar de postura. Singer, mediante un razonamiento casi apodíctico, me enfrentó a la idea (socialmente incuestionable) de que los intereses de los seres humanos son siempre más relevantes que los de los no humanos.

Aceptar que sus argumentos eran mejores que los míos fue un golpe para mi ego. Cualquier problema que veía en su razonamiento él lo respondía unas páginas más adelante. Siempre me habían interesado los otros animales, pero ahora los veía de una forma diferente. Había asimilado la idea revolucionaria de que merecían respeto, un respeto profundo que tenía en cuenta de forma sincera sus intereses.

Esta nueva forma de mirar a los otros animales generó en mí una incomodidad mayor. El cambio en mi forma de pensar y entender la justicia social no coincidía con mi forma de vivir. Tenía varias opciones para afrontar la disonancia cognitiva: la primera, rebatir los argumentos de Singer, había fracasado; la segunda, tratar de olvidarme de esa cuestión y mirar hacia otro lado, sabía que en mi caso no iba a funcionar. Acepté que la única forma de abordar esta contradicción era adaptar mi forma de vivir a mi nueva forma de pensar. No iba a ser fácil, no conocía a nadie que pensara





como yo. En aquellos tiempos apenas tenía acceso a internet y en los supermercados ni siquiera se vendía bebida de soja. Pero cuando sacas la pasta de dientes ya no la puedes meter en el tubo.

Otros valores que había asimilado desde mi infancia cayeron como fichas de dominó. La idea que me habían transmitido de que la forma de triunfar en la vida consistía en estudiar en la universidad, encontrar un buen trabajo, ganar mucho dinero y formar una familia con descendencia a la que ver crecer y repetir el proceso me recordaba a la condena de Sísifo.

Llegué a la conclusión de que, cuando alguien afirmaba que su vida no tenía sentido, lo hacía porque efectivamente no lo tenía. Por supuesto, yo también quería vivir en buenas condiciones y tendría que esforzarme para ello, pero tenía claro que ese no era el sentido de la vida. Al menos el de la mía.

Quería que cuando fuera anciano, al preguntarme qué había hecho en la vida, sintiera que había contribuido a que el mundo fuera mejor. Para aprovechar mi tiempo y otros recursos de la forma más eficiente tenía que pensar en quienes sufrían la peor explotación y esos eran los otros animales.

Era consciente de que rechazar el consumo de productos de origen animal y mi forma de pensar sería ridiculizada y despreciada. Recuerdo a un





familiar cercano infantilizar mi postura diciendo «te han comido la cabeza», «eso se te pasará pronto». Sin embargo, era la opinión más madura y reflexiva a la que había llegado nunca. Una posición política fruto del pensamiento crítico que estaría mucho más extendida si no implicara renunciar al privilegio de explotar a los demás animales. Veinticinco años después sigo teniendo claro que el especismo es una forma de discriminación injustificable que debemos combatir.







PRIMEROS PASOS

Una compañera motivadora

Apasionarse por una causa sin conocer a nadie que piense igual genera sensación de soledad. En el año 2000 entré en contacto con dos personas de mi ciudad que tenían un cierto interés y Javier Ballarín, del que hablaré más adelante, empezó a leer el libro de Singer.

Entonces aparecieron las primeras páginas web relacionadas con la defensa animal y así descubrí que Inglaterra tenía una larga trayectoria en esta lucha. En el verano de 2002, con los pocos ahorros que tenía, cogí la mochila y me fui solo a aprender de la experiencia de las militantes británicas.

Ahí conocí a varias personas totalmente dedicadas a la causa. Una de las que más me impactó fue Lynn Marie Sawyer, que entonces tenía 34 años. Coincidimos en una protesta contra empresas vin-





culadas al centro de experimentación animal Huntingdon Life Sciences / HLS (ahora Labcorp). Fui al punto de encuentro. Estábamos solo cinco personas. Ella era la organizadora y la que llevaba el megáfono y nos informó del recorrido que íbamos a hacer. –Primero vamos a ir a las oficinas de esta empresa y después iremos a esta otra –nos dijo. Tenía una discapacidad de movilidad evidente.

La última compañía (creo recordar que era la aseguradora Marsh) ocupaba un edificio de oficinas de aproximadamente doce plantas. Era obvio que la protesta no estaba teniendo en la empresa el impacto que buscábamos. Lynn preguntó al resto si queríamos entrar, advirtiéndonos de que si lo hacíamos podían arrestarnos. Nadie se animó. Cuando el guarda de seguridad se despistó, entró corriendo con la velocidad que le permitía su cojera y desapareció. Cogió el ascensor y subió al último piso. Ahí empezó a caminar entre las mesas y los despachos gritando y repartiendo folletos para que la plantilla conociera la implicación de su empresa en la vivisección así como la campaña que se estaba llevando contra ella: SHAC (Stop Huntingdon Animal Cruelty). Cuando había recorrido todos los pasillos de esa planta, bajó a la siguiente; y así continuó hasta que llegó la policía.

Lynn me puso en contacto con Sean, un activista de Croydon que a la mañana siguiente iba a





asistir a una cacería de ciervos para sabotearla. El compañero me invitó a dormir en su casa para participar en el sabotaje y esa misma tarde fui a su encuentro.

Fue él quien me contó la historia de Lynn. Su pierna izquierda había quedado destrozada el 29 de julio del año 2000 en una acción contra HLS. Para llamar la atención sobre lo que ocurría en ese laboratorio, ella y un compañero decidieron detener el tráfico de la autovía A1, la más larga del país. Colocaron en mitad de la pista dos trípodes contruirdos con tubos metálicos de 7,5 metros de longitud y ascendieron a la parte superior quedando suspendidas en sus respectivos arneses. Entre ambas estructuras colgaba una pancarta contra HLS.

Un motorista decidió que no iba a esperar a que llegara la policía y derribó el trípode que sujetaba a Lynn, provocando su caída desde una altura de seis metros. El fémur de su pierna izquierda quedó destrozado por diversas fracturas abiertas, teniendo que ser sometida a tres cirugías y dos transfusiones de sangre. Como consecuencia de estas lesiones, la movilidad de Lynn Sawyer se vio seriamente reducida, impidiéndole correr y ocasionándole serios dolores de espalda.

En 2004 volví a oír sobre ella porque afrontaba el pago de más de 200.000 libras por desobedecer una orden de alejamiento contra HLS. Tras años





de litigio consiguió reducir la multa a 2.000 libras, evitando así el consiguiente desahucio de su casa. Pero las consecuencias económicas por su activismo no acabaron ahí. En 2014 fue despedida del hospital en el que trabajaba como partera debido a que era la portavoz de un grupo de saboteadoras de la caza que luchaban contra una campaña del gobierno para exterminar a los tejones de varias regiones de Inglaterra.

Puede resultar llamativo que Lynn entre los 14 y los 23 años participara en cacerías de zorros y que antes de ser enfermera y partera hubiera trabajado en una granja avícola. De hecho, cuando comenzó en el activismo, sabotó la caza de antiguas amistades suyas.

Vivir de forma coherente con sus ideas le ha ocasionado problemas económicos, problemas de salud y problemas sociales. Hoy en día sigue adelante, especialmente centrada en la lucha contra la caza. En la temporada de la caza 2023-2024 su grupo de saboteadoras (Three Counties Hunt Saboteurs) trató de detener un total de ciento cincuenta y tres cacerías y en varias ocasiones Lynn actuó en solitario.

Es fácil criticar la falta de compromiso de algunas personas que forman parte de nuestra lucha, pero lo que nos hace crecer como activistas es compararnos con compañeras como Lynn.





Violencia contra activistas

En 1893 un hombre llamado Harrison fue arrestado en Inglaterra por sabotear una cacería de urogallos que había organizado el duque de Rutland en una de sus fincas. Pero esta forma de activismo no se popularizó hasta 1963, cuando en el mismo país se fundó la Hunt Saboteurs Association (HSA). Al año siguiente el sabotaje de la caza llegó a la gran pantalla con la película *Mary Poppins*. Entonces los medios de comunicación hablaban de esta práctica de forma muy positiva, dejando claro que quienes la llevaban a cabo eran personas bienintencionadas preocupadas por los animales silvestres. Las saboteadoras no solo salvaban la vida de cientos de animales, además mostraban a la sociedad, a través de la acción directa, que los demás animales importaban.

Casi cuarenta años después de la fundación de la HSA me encontraba en casa de Sean, un miembro de su junta directiva. Era un apartamento humilde. Tenía un pequeño dormitorio, un baño y un espacio que cumplía la función de cocina, comedor y salón. De las paredes de la vivienda colgaban fotos de zorros y un calendario de la HSA y la estantería tenía libros de temas políticos y artes marciales.





Por la tarde Sean me impartió un pequeño taller sobre cómo actuar ante diferentes situaciones y me dejó varias cintas VHS sobre el tema. La primera era un manual sobre cómo dificultar la cacería; otras contenían imágenes gráficas que habían tomado las saboteadoras en las que se mostraban animales siendo destrozados por la jauría. Dos de las cintas documentaban agresiones de cazadores a activistas.

Sean hacía mucho que se había ido a la cama cuando acabé de ver todos los vídeos. Saqué el saco de dormir de mi mochila, desenrollé la esterilla que me había dejado Sean y la coloqué en los pies del sofá, entre cajas con folletos del sabotaje de la caza, montones de la revista *Howl* apiladas en el suelo y una mesa plegable apoyada en la pared que usaba como puesto de información de calle.

Las imágenes que acababa de ver hacían más reales las agresiones sufridas por nuestras compañeras. Recordé la historia de Mike Hill, un *sab* de 18 años que murió en 1991 por la agresión de Allan Summersgill. Dos años más tarde, en 1993 Anthony Ball atropelló mortalmente a Tom Worby, un joven de 15 años que participaba por primera vez en el sabotaje. Y el mismo año en el que nos encontrábamos, el 19 de enero de 2002, el *sab* Andy Pollock estuvo a punto de morir tras una agresión muy similar a la que arrebató la vida





de Worby. A la mañana siguiente íbamos a viajar hasta un pueblo situado a tres horas de distancia para apoyar a un grupo de *sabs* que llevaba meses sufriendo amenazas y había sido agredido la semana anterior.



Mike Hill



Tom Worby

El sabotaje de la caza

A las 05:00 a. m. sonó el despertador. Los nervios no me habían dejado dormir. Estaba inquieto pero decidido. Si hubiera violencia no iba a huir dejando a mis compañeras tiradas. La presencia de Sean me generaba tranquilidad, tenía unos 35 años, pesaba 30 kilos más que yo y se había visto envuelto en muchas situaciones tensas con caza-





dores. En el trayecto paró el todoterreno para recoger a un amigo en una localidad intermedia. Era incluso más corpulento que Sean, tenía la típica nariz de boxeador y trabajaba como profesor de *kick boxing* y defensa personal en un gimnasio. Iba vestido con ropa de camuflaje de los pies a la cabeza y sus conversaciones se centraban en peleas con nazis y con cazadores. Sus tatuajes y el hecho de que le faltase un incisivo de la mandíbula superior hacían que cuando sonreía pudiera asustar a un tigre. Me alegré de que estuviera en nuestro lado y no en el otro.

En la entrada del pueblo en el que iba a tener lugar la cacería había un grupo de sesenta cazadores reunidos junto a sus coches y camionetas que transportaban perros y caballos. A unos cincuenta metros de distancia estaban nuestras compañeras observando, siete personas mayores que celebraron tanto nuestra llegada como aumentó mi preocupación al ver la desventaja numérica en la que nos encontrábamos.

Al principio la cacería transcurrió en un bosque cerrado. Progresivamente, la vegetación fue perdiendo porte y densidad hasta encontrarnos en campos abiertos con algunas masas arbustivas. Parte de los cazadores iban a caballo, quienes íbamos a sabotear la caza íbamos a pie. Al cabo de media hora solo quedábamos con los





cazadores Sean, su amigo y yo. Atrás se escuchaban débilmente las trompetas de nuestras compañeras que trataban de atraer a los perros, sin mucho éxito, hacia una zona en la que sabían que no había zorros.

Paramos a descansar junto a unos arbustos sin perder de vista a los caballos. Al rato se acercó un grupo de cinco cazadores. De malas maneras nos ordenaron que nos apartáramos para revisar si había algún animal escondido entre la maleza. «*Get the fuck outta here!*». Era una provocación. Nuestro papel era impedir la caza.

Sabíamos que en esos arbustos no había ningún animal escondido, pero mis compañeros no estaban dispuestos a dejarles pasar; no sé si no querían mostrar debilidad o simplemente disfrutaban con la tensión. Comenzaron los insultos y las amenazas en ambos sentidos. Intentaron avanzar, pero Sean empujaba suavemente el hocico de los caballos y modificaban su dirección. Los jinetes hicieron que los caballos giraran 180 grados y caminaran hacia atrás, empujándonos con los cuartos traseros mientras entraban a los arbustos. Mis compañeros me protegían con sus cuerpos como si fuera un niño pequeño custodiado por dos guardaespaldas al mismo tiempo que trataban de estirar las riendas de los caballos. Aunque mi cara estaba cubierta,





todos los presentes eran conscientes de que no me sentía nada cómodo en esa situación.

Una hora más tarde los cazadores se dirigieron a una explanada a la que habían traído los vehículos los *hunt supporters*. No sabíamos si estaban haciendo un descanso o si había finalizado la cacería. Los seguimos. Vimos que bajaban de los caballos, sacaban comida y se reunían con familiares. Nos separaba un vallado de madera de poco más de un metro de altura. Era evidente que la cacería había acabado y que ellos no estaban contentos porque no habían matado a ningún zorro ni a ningún ciervo.

Nosotros sí estábamos contentos. Pensé que todo había acabado y que nos podíamos ir. Varios cazadores empezaron a apoyar sus brazos en el vallado, mirándonos fijamente, haciendo comentarios y riéndose de nosotros. Se fueron uniendo más hasta juntarse entre veinte y treinta cazadores. Mis dos compañeros hablaban como si no ocurriera nada. Les pregunté por qué estábamos ahí, con la esperanza de que comprendieran que podíamos irnos del lugar. Respondieron que querían seguir un rato más hasta confirmar que no iban a continuar la cacería. Diez minutos más tarde, decidieron que no tenía sentido estar ahí.

Me sentí aliviado, pero lo peor estaba por llegar. Cuando nos íbamos, el amigo de Sean consi-





deró que no podían irse sin responder a la provocación de quienes nos seguían mirando. Se dirigió al vallado y empezó a hacerles fotos uno a uno, a un palmo de su cara hasta que se acabó el carrete de la cámara.

En la montaña

En el año 2006 Silvia, mi compañera, junto con dos activistas antiespecistas inglesas, fue la primera militante en entrar en un matadero en España para documentar lo que ocurría ahí. Desde entonces ella y yo hemos grabado y fotografiado granjas de cerdos, codornices, vacas, conejos, truchas, gallinas y patos utilizados para hacer *foie gras*. También hemos documentado multitud de mataderos para mostrar cómo acababan con la vida de codornices, ovejas, vacas, caballos, conejos, ciervos, pollos, cerdos y patos. Siempre de la misma manera: boca abajo y con una cuchilla seccionando la arteria carótida tras una vida de sufrimiento. Pero la historia de la infiltración de la caza no fue una cosa puntual, sino que implicó un recorrido y preparación mayor que las anteriores.

Todo comenzó en un viaje que hicimos a la montaña en 2016 para desconectar del trabajo. Aparcamos la furgoneta en un campo junto a algunas





autocaravanas y nos fuimos a dar un paseo con nuestros perros Bruno y Gofio antes de preparar la cena. No muy lejos del pueblo escuchamos ladridos que venían de un lado del camino. No era un perro, había varios. Nos acercamos. Había dos cheniles con sendas casetas hechas de ladrillos de hormigón sin estabilizar con cemento y un techo de uralita. El suelo estaba cubierto de excrementos y restos de comida en descomposición y el agua, en cazuelas oxidadas, tenía un intenso tono verde. Uno de los cheniles era de mayor tamaño y enjaulaba a unos seis perros, todos ellos sabuesos y grifones. En el contiguo, de unos cuatro metros cuadrados, se encontraba una sabuesa junto con su cachorra. Cuanto más nos acercábamos, más ladraban.

Nos alejamos. «¿Qué hacemos? No podemos seguir en este pueblo como si nada». Íbamos debatiendo mientras seguíamos caminando y de nuevo nos encontramos con el mismo escenario: otro vallado con perros, esta vez alguno menos pero en condiciones parecidas. La principal diferencia era que las casetas eran dos arcones congeladores a los que los cazadores habían hecho agujeros para que sirvieran de entrada a los perros. «¿Qué hacemos?».

No teníamos recursos para rescatar a todos, pero pensamos que a la cachorra podríamos encontrarle un hogar fácilmente. Regresamos, nos





acercamos y nos la llevamos. Llegamos a la zona donde habíamos aparcado con la perra escondida en el abrigo de Silvia. Olía muy mal. Al levantarle el pelo vimos cómo las pulgas huían hacia otra zona. Tenía la tripa muy hinchada. Necesitaba tratamiento veterinario y por seguridad no queríamos permanecer en ese pueblo. No podíamos pasar la noche ahí. Bajo un cielo que comenzaba a transitar del cerúleo al arrebol, emprendimos el regreso. Nos quedaban varias horas de viaje hasta la clínica veterinaria de nuestra ciudad.

Le hicimos una desparasitación externa e interna. Tenía una diarrea intensa debido a lombrices intestinales y a una mala alimentación. A los pocos días se recuperó y la tripa disminuyó su volumen notablemente. Le pusimos de nombre Jill, en recuerdo a Jill Phipps, una activista inglesa que murió en 1995 atropellada en una protesta cuando intentaba bloquear un camión cargado de terneras. Fue adoptada pocas semanas más tarde por una pareja de mujeres alemanas que durante años nos enviaba una foto de Jill para felicitarnos la Navidad.

Pero el rescate no nos dejó buena sensación. Los perros que habían quedado ahí nos impedían tener la mente en calma. Nos recordaban que en España había miles de perros en similar situación y millones de otros animales en condiciones peores.





Rescatar a un animal es como colocar un cubo debajo de una gotera. Es útil, pero no soluciona la avería y la tubería sigue goteando. El origen del problema es el especismo; si no existiera, ni los perros ni otros animales serían tratados de esa forma. Por muchos rescates que hagamos, la explotación animal seguirá hasta que acabemos con esta forma de discriminación.

Meses más tarde vino a visitarnos un amigo inglés fotógrafo que lleva implicado en el movimiento desde principios de los años 90. Le propusimos ir a la montaña a tomar imágenes de los perros. Silvia y yo vigilaríamos, él haría fotos y grabaría vídeos. Encontramos más lugares con perros y como resultado logramos un reportaje que reflejaba bastante bien las condiciones.

Se lo enviamos a una organización antiespecista para que lo publicara y esta difundió una nota de prensa adjuntando el vídeo y las imágenes. Tanto los periódicos locales como el telediario de la región cubrieron la noticia. Habíamos contribuido, aunque de forma moderada, a generar debate social.

Además, una activista de la organización puso una denuncia en las oficinas centrales de la Guardia Civil, quienes vieron las imágenes y confirmaron que se estaban cometiendo varias irregularidades. La trataron con respeto y le explicaron





el proceso para que interpusiera una denuncia. Cuando esta denuncia llegó al cuartel de la zona en la que estaban los perros, el sargento llamó a esta activista para amenazarla con ponerle otra denuncia a ella porque las imágenes se habían tomado en propiedad privada y le advirtió de que iba a pasar sus datos personales a los cazadores afectados, a los que conocía personalmente.

Segundo rescate

Los perros parecían una buena forma de llamar la atención sobre la situación del resto de animales. Muchas personas se han implicado en la liberación animal a través de luchas parciales como la anti-aurina o el abandono de perros y gatos, así que era una estrategia que debíamos seguir utilizando.

Queríamos rescatar a más perros y aprovechar el rescate para transmitir un mensaje antiespecista. Ana, la persona que gestiona la protectora con la que colaboramos haciendo acogidas, nos dijo que podía hacerse cargo de uno ya que, como siempre, estaba a tope. Nos hubiera gustado llevarnos a todos pero, ¿qué hacíamos con ellos? Nuestro papel con las protectoras es tratar de quitarles trabajo, no darles más del que ya tienen. Nos compro-





metimos, como en el primer rescate, a pagar todos los gastos (esterilización, vacunas, etc).

Para generar conflicto social pensamos en hacer un rescate abierto. Silvia y yo preferíamos no salir en el vídeo ya que aparecer en internet en una acción así suponía cerrar la puerta a futuras investigaciones en granjas y mataderos. Gabriel, un amigo vegano de total confianza, se prestó voluntario y nos dijo que su compañera Mara, con la que estaba empezando a salir, también quería participar. Ella, aunque era vegana, estaba más centrada en el tema de las adopciones y había hecho muchos rescates de perros. Era perfecto.

Volvimos al lugar del primer rescate y nos encontramos exactamente la misma escena. El chenil grande con unos cinco perros y el chenil pequeño con una sabuesa y su cachorra, a las que llamaríamos Pepa y Suca. Esta vez rescataríamos a la madre y a la hija. Yo vigilaría desde el camino, Silvia grabaría y nuestro amigo y su compañera harían el rescate.

No pudo salir mejor. Teníamos imágenes de las condiciones en las que estaban, el rescate había sido perfectamente grabado y después grabamos a Gabriel y a Mara con Pepa y Suca denunciando la pasividad de las autoridades ante esta situación y llamando a la sociedad a extender la empatía hacia los animales más allá de los perros y gatos.





Finalmente decidimos no publicar el vídeo. Nos enteramos de que Mara estaba comentando abiertamente que Silvia y yo habíamos participado en la acción. Pero además decía que la habíamos forzado a hacerlo metiéndola en el coche sin decirle a dónde la llevábamos y una vez en el lugar la habíamos coaccionado. Afirmaba que nunca hubiera hecho un rescate dejando al resto de perros ahí.

Como era de esperar, el estado de Pepa y Suca era similar al de Jill: pulgas y parásitos intestinales. Suca fue adoptada a los dos meses. Pepa vivió en nuestra casa durante un año y medio. Los primeros meses era muy complicado sacarla de casa por los miedos que tenía. No la podíamos soltar porque intentaba huir ante cualquier situación que le llamara la atención: el ruido de una persiana bajando, una moto aparcada en la acera o alguien que se acercara.

A la vida en casa se adaptó muy pronto y ahí transmitía felicidad y alegría. Desde el principio se relacionó perfectamente con Bruno y Gofio; con la parte humana de la familia tardó unos días, pero después era todo cariño. Cuando íbamos a visitar la protectora se comportaba como si hubiera vivido ahí siempre, era la perra más sociable y juguetona. Poco a poco fue acostumbrándose a las salidas por el parque. Hemos compartido nuestro





hogar con más de veinte perros de acogida, pero Pepa fue una de las perras que nos marcó especialmente. Parecía que pensaba constantemente: «La vida en el chenil ya quedó atrás, ahora voy a disfrutar de cada segundo».

Segundo vídeo

Desde entonces Silvia y yo no cesamos en tomar imágenes de las condiciones en las que los cazadores tenían a los perros. La mayor parte de nuestro activismo se centraba en otro proyecto por la liberación animal, pero este tema lo teníamos siempre presente. Las protectoras se dedican a rescatar animales y encontrarles un hogar pero debido a su carga de trabajo raras veces visibilizan con suficiente calidad la situación en la que están los animales antes de llegar al refugio.

Durante varios años estuvimos acumulando vídeos grabados por todo el Estado español: suciedad, perros encadenados al sol en Gran Canaria, o en el Pirineo bajo una nevada, cubos de agua congelados por las bajas temperaturas, perros hacinados en remolques, venta normalizada de perros en páginas web de productos de segunda mano y perreras construidas ilegalmente en lugares públicos.





Finalmente la organización Animanaturalis publicó el vídeo en 2021. Fue nuestro amigo, activista y cámara Linas Korta quien lo editó. Por sugerencia de Aitor Garmendia lo titulamos «Las otras víctimas de la caza», para mostrar que aunque el material se centraba en los perros no los consideramos el principal motivo para acabar con la caza. El vídeo acababa con un perro encadenado bajo una nevada y un texto que decía: «La caza es una actividad que atenta contra la vida y la libertad de los animales. Abolirla es la única opción que podemos tomar para ayudarlos».

Este trabajo suponía un salto cualitativo respecto al anterior, pero sabíamos que había mucho más. Justo en aquel periodo en el que estábamos documentando para el futuro vídeo «Las otras víctimas de la caza», un día, yendo por la carretera, alcanzamos a una caravana de vehículos *pick up* y todoterreno con remolques cargados de perros. Había un mínimo de siete vehículos. Los seguimos hasta unos campos y aparcamos junto a varios de ellos. Les pedimos permiso para grabar y estuvimos hablando con los rehaleros. Documentamos la suelta de los perros y pregunté a uno de ellos cuántos animales había en cada remolque. –Una rehala, mínimo 24 perros, yo llevo 30.





Nos contó que eran menos de una cuarta parte de los que tenía. Le pregunté qué dónde se guardaban más de 100 perros.

–En una nave –contestó.

Hasta entonces, casi la totalidad de las perre-ras que habíamos documentado estaban al aire libre, pero lo cierto es que la gran mayoría de los perros «de caza» se encuentran en instalaciones cerradas. Había visto el documental «Yo galgo», de Yeray López Portillo. Si él, que no parece ser militante, se había infiltrado para documentar el mundo de los galgueros, quizá podríamos hacer lo mismo para mostrar el mundo de la caza y cuestionar el especismo.

Conductas y actitudes

Nuestro objetivo era claro. El veganismo consiste en tratar de llevar a la práctica la idea de que, en la medida de lo posible, no debemos dañar a los animales. Eso implica no comerlos, pero también implica otras cuestiones, como estar en contra de la caza.

Muchas veces nos centramos en las conductas y quitamos relevancia a los cambios de actitud. No son pocas las organizaciones que mantienen públicamente que lo importante es que las perso-





nas dejen de consumir animales y no el motivo que les lleva a hacerlo. Pero, como comentaba Óscar Horta en una conversación, quien lo hace por salud es menos probable que influyan a otras personas para que respeten a otros animales. Sin embargo, quien lo hace por la consideración moral de los otros animales sí va a participar en un cambio en las actitudes o en la forma de pensar de la gente, y eso es lo que va a facilitar avances sociales para otros animales en el futuro.

Boicot

El veganismo va más allá de no consumir productos de origen animal; se trata de una posición política basada en una postura ética. Es, en esencia, una forma de boicot, y la palabra *boicot* ha tenido un significado político desde su origen.

En el siglo XIX, los colonos británicos se referían a la población irlandesa como «*white negroes*» o «*white niggers*» como forma de equipararla a la población negra de sus colonias africanas. La isla de Irlanda, originariamente perteneciente al pueblo irlandés, llevaba siglos dominada por el imperio británico y en todos los pueblos existía «la casa grande» en la que vivía la familia de colonos protestantes. Uno de los explotadores más conocidos





era un capataz inglés llamado Charles Boycott. Los jornaleros de la zona decidieron organizarse y acordaron dejar de trabajar esas tierras, enviando un contundente mensaje a la burguesía británica. Del apellido de ese tirano procede la palabra *boicot*.

Los jornaleros no dejaron de trabajar esa tierra por motivos de salud; era una reivindicación de derechos. Del mismo modo, el veganismo no es cuestión de salud, ni una dieta: es un boicot dirigido a quienes se benefician de la explotación animal. No contribuir a este negocio es un primer paso antes de comenzar el activismo.

Los animales sienten

A finales de septiembre, caminando por un sendero, nos cruzamos con un granjero que salía de su nave con un perro de raza azul de gascuña. El perro tenía problemas de psicomotricidad, parecía excitado y con ganas de caminar, pero sus movimientos eran torpes y descoordinados. Pensé que al menos el granjero, aunque mandaba al matadero a las vacas, se preocuparía por el bienestar de los perros a su cargo, así que le pregunté si tenía alguna enfermedad o era mayor.

—Tiene tres años y está perfectamente, lo único que le pasa es que lleva encerrado sin moverse





desde que acabó la temporada –me contestó. Al día siguiente se abría la veda del jabalí y lo estaba sacando por primera vez para que estuviese preparado para la batida. –Así no puede ir a cazar –añadió.

–Hombre, pues igual lo deberías sacar de vez en cuando –le respondió Silvia educadamente.

–¡¿Pa qué quiero sacar el perro si no es pa cazar?!

–El perro lo agradecería.

–De eso no tengo duda, pero si le das una galleta a un ratón, te pedirá un vaso de leche. Ja, ja, ja. Ya sale bastante en temporada, ya...

Son estos personajes los que afirman que maltratamos a los animales porque los humanizamos. Su falsa preocupación por los animales oculta una preocupación real: que se empiece a tenerlos en cuenta como individuos. Tratan de darle la vuelta a la situación con el mensaje de que interesarse por los otros animales, empatizar con ellos para intentar entender sus intereses y poder darles la mejor vida posible es maltratar.

Humanizar es tratarlos como si sus intereses fueran siempre los mismos que los de los seres humanos; pero lo cierto es que existen muchos intereses que sí tenemos en común con otros animales. Por ejemplo, un perro se sentirá mejor en un lugar en buenas condiciones que en una nave





solo y encadenado, le gustará dormir en un lugar mullido y agradecerá el calor cuando tenga frío. No somos los únicos animales que queremos cariño, estímulos, socialización o abrigo cuando bajan las temperaturas. Mientras ellos consideran que los humanizamos, son ellos quienes los cosifican. Los tratan como herramientas para cazar, para vigilar una propiedad o para pastorear. Parece una obviedad, pero a veces hay que decirlo: los otros animales³ también sienten.

Todos los seres vivos responden a estímulos externos o internos. Las plantas por fototropismo crecen hacia el sol. Pero responder a estímulos no es lo mismo que sentir. Quienes sentimos podemos sufrir y disfrutar. El césped no sufre cuando lo cortan y tampoco puede disfrutar. Un coche también responde a estímulos (se le enciende una bombilla roja cuando el depósito de gasolina entra en reserva), pero eso no significa que sienta. Los animales, sí. Por eso nuestra forma de relacionarnos con otros animales contribuye a que su vida sea mejor o peor y cuando se les mata, aunque se haga sin dolor, pierden su vida y, por tanto, todas las experiencias que podrían haber disfrutado.

3 Salvo excepciones como las esponjas marinas y los cnidarios.





EL CRIADERO DE ALANOS

Bruno, Gofio y Tona

En febrero de 2020 nuestro querido perro Bruno murió. Parecía que se había recuperado de un pequeño infarto que había sufrido el mes anterior y dos días antes habíamos hecho juntos una excursión por la montaña. Sin embargo, ese día, cuando Silvia volvió de trabajar se lo encontró tirado en el suelo, sin vida. No habíamos podido despedirnos. Bruno era nuestro perro, y cuando digo «nuestro perro» no lo digo como «nuestro coche»; lo digo como «nuestro hijo, nuestra familia».

Hay muchas canciones que transmiten el amor hacia una pareja pero pocas dedicadas a animales de otras especies que son un pilar fundamental en nuestra vida. Socialmente cuesta comprender lo doloroso que es perder a un perro porque mucha gente no entiende que son nuestra familia, nuestra





primera línea. Silvia y yo en casa podíamos expresar nuestro duelo, pero al día siguiente tuvimos que ir a trabajar como si no hubiera pasado nada.

Llegó el confinamiento por la COVID-19. Para mucha gente fue un encierro agobiante, pero para Silvia y para mí fue la mejor forma de aislarnos y de poder llevar nuestro duelo tranquilamente. Sentíamos lo que estaba ocurriendo y por conciencia social tomamos todas las medidas preventivas para evitar contagios, pero el confinamiento era exactamente lo que necesitábamos para transitar el dolor de la pérdida.

Cuando las medidas se flexibilizaron, Ana, nuestra amiga y compañera de la protectora, nos pidió que cuidáramos de Tona, una podenca andaluza de talla pequeña con pelo sedoso que había sido esterilizada y necesitaba cuidados para su postoperatorio. Era una perra activa a la que Gofio acogió encantado desde el primer momento. Gracias a las provocaciones de Tona, que era más joven, Gofio volvió a jugar como varios años atrás y le ayudó a superar la ausencia de Bruno. Por la noche dormían en nuestra cama, pero el resto del día descansaban en el sofá, pegados completamente aunque tuvieran espacio de sobra.

Hice varias fotos a Tona y con ellas empecé una cuenta de Instagram sobre perros «de caza». Comentaba la raza, el sexo, el peso, la edad y me





inventaba si eran buenos o no para la caza, en qué modalidades habían sido usados y otros detalles similares. La mayoría de las fotos las hice en la protectora, donde lamentablemente tenía una fuente inagotable de perros a los que fotografiar. En realidad, como aprendí más adelante, prácticamente cualquier perro puede ser utilizado para la caza, así que cuando paseando con Gofio nos cruzábamos con un mastín, un braco, o cualquier otra raza explotada para cazar, los fotografiaba discretamente y actualizaba esa cuenta de Instagram.

Perros «de presa»

En esa época comencé a informarme en profundidad sobre el mundo de la caza a través de páginas web, vídeos de Youtube y de mis contactos de Instagram. Hacía deporte e iba a trabajar mientras escuchaba vídeos de caza. Aprendí que la modalidad de caza en la que más perros hay implicados es, sin duda, la montería. Pero además, ahí era muy frecuente que los perros muriesen por cortes de jabalíes al defenderse, especialmente los perros «de agarre», pues son los primeros en morder.

Su función (desde el punto de vista del cazador) es inmovilizar al jabalí en el menor tiempo posible para que no mate al resto de perros de la rehala y





permitir «entrar» al rehalero para clavar el cuchillo cuando el animal está inmovilizado. Como la mayor parte de la sociedad, sabía lo que se hace con los galgos y había visto con mis propios ojos a podencos, *setters*, *spaniels*, *cockers* y otros muchos perros en condiciones lamentables. Pero a los molosos los asociaba con otras formas de explotación, como peleas, vigilancia o protección.

Sin embargo, cada vez que veía o leía una entrevista a un rehalero, había una pregunta casi obligada: «¿Qué raza utilizas para el agarre?». Y la respuesta generalmente era o dogo argentino o una raza que no había oído nunca: alano español.

Busqué información sobre esa raza y enseguida encontré varias páginas webs, todas relacionadas con la caza mayor⁴, hablando de sus características. Entre las páginas hubo una que me llamó la atención, la página de Mateo Serrano, el Garza, un cazador de Madrid de más de 70 años que fundó su rehala en 1960 y la mantuvo durante 48 años.

Cuando dejó las rehalas tenía 168 perros en una granja de pollos que había cerrado, todos ellos encadenados a argollas fijadas a la pared. Ahora,

4 El término «caza mayor» hace referencia al deporte dedicado a matar animales de gran tamaño (ciervos, jabalíes, osos, etc.). Por su parte «caza menor» es la forma de caza en la que se asesina a animales de menor tamaño (conejos, perdices, etc.).





con su edad, su mujer y él no podían hacerse cargo de tantos perros, por lo que habían cambiado de instalaciones y se dedicaban solo a la cría de los perros de su raza favorita, el alano español.

En la página web había varias cosas que no esperaba encontrar. Explicaba, por ejemplo, cómo determinaba quién era el padre y la madre de las camadas. «Los cruces propios siempre los hago en línea vertical, padre con hija y madre con hijo seleccionando las mejores crías de cada camada». Y, ¿cómo seleccionaba los mejores cachorros de cada camada? Su web tampoco ocultaba la respuesta: «Se hace un círculo de paja suficientemente amplio alrededor de la madre con los cachorros, se prende fuego a la paja y según el orden en que la madre salva a los cachorros esa es la categoría de cada uno: primero, segundo, tercero...».

Descubrí también que era un rehalero muy conocido, había montado con algunos de los más famosos cazadores, con el rey Juan Carlos, con Francisco Franco y Manuel Fraga, y había sido amigo de personalidades de menor estatus social pero igual de conocidos en el mundo de la montería, como Pedro Castro García (alias Periquillo el perrero) o su discípulo Perico Castejón. Tenía que hablar con él.





Primer contacto con el Garza

Conseguí un teléfono al que no me podían vincular si en el futuro investigaban al propietario y lo llamé. La conversación duró más de una hora. En realidad fue un monólogo en el que yo me limitaba a escuchar. Hablaba de sus «lances» y del contraste de su comportamiento, y también de su «nobleza» con otros perros y con «el dueño» frente a la bravura con «las reses».

–Los niños pueden hacer con ellos lo que quieran, las mil diabluras, su paciencia es infinita, pero no dejan que se acerque la mala gente a menos de 5 metros de sus dueños.

–¿Y cómo distinguen a la mala gente? –le pregunté.

–Uy, estos perros tienen buenos aires⁵. Antes de que los puedan ver ya los han detectado. En cuanto ven un moro, un negro, un gitano o un drogadicto no le quitan la mirada y, si se acerca, que se prepare.

5 En el entorno cinegético se llama perro con aires o perro con vientos a aquellas razas, como el pointer, que captan el olor de su presa por vía aérea; generalmente son utilizados para cazar aves. Los perros de rastro, como los sabuesos, detectan el olor que queda en el suelo y son explotados para matar animales que se desplazan siempre por la superficie, como los jabalíes o los conejos.





Definitivamente tenía que conocer a ese personaje. Le pregunté si le podía entrevistar para un reportaje y visitar su criadero para tomar algunas imágenes.

–Cuando quieras. Si no estoy de médicos, aquí paso la vida, con mis perros.

En julio de 2021 Linas Korta fue a Madrid a cubrir las declaraciones de la fase de instrucción del juicio a Vivotecnía, un laboratorio de experimentación animal (aunque finalmente el juicio se aplazó). La compañera Carlota Saorsa había logrado infiltrarse en el sector más opaco de la explotación animal. Su investigación fue histórica a nivel internacional. Había estado 18 meses trabajando en ese lugar, ella sola, de lunes a viernes, a veces también tenía que ir los fines de semana. Prefiero no pensar en lo que tuvo que soportar, me gustaría que las secuelas psicológicas se curen pronto porque hay que tener en cuenta que no es lo mismo tomar imágenes de la explotación animal que tener que mancharse las manos de sangre. Su sacrificio fue una inspiración para nuestro movimiento y algunas imágenes salieron en los principales medios de comunicación, generando un debate social sobre la vivisección. Como ocurre siempre con estas investigaciones, la industria farmacéutica respondió que se trataba de un caso aislado.





Quería hacer al Garza una entrevista de vídeo, a ser posible con una buena calidad de imagen y sonido y con una edición profesional. Linas era la persona perfecta, totalmente comprometido con la lucha por la liberación animal había dejado su trabajo en 2014 para dedicarse a ser videoperiodista centrado en documentar la explotación animal. Ha participado en numerosas investigaciones y es autor de los documentales *Gurean*, que hizo para la asociación antiespecista Askekintza, y *Lorratzean*, que hizo para NOR.

Aprovechando que estaba en Madrid le pedí que me acompañara y aceptó encantado.

La llegada

Acordé una fecha con el Garza, recogí a Linas y fuimos a Perales del Río, un barrio rural de Getafe. Aparcamos bajo una iglesia sin tejado y con los huecos de la espadaña sin campanas, huellas del castigo sufrido durante la Guerra Civil. Caminamos hasta el mesón Caserío de Perales. Ahí estaba Mateo sentado en una terraza con su mujer, Amparo, frente a sendos vasos de cerveza, otros dos paquetes de tabaco y una ración de calamares. Junto a ella un *scooter* eléctrico para personas con movilidad reducida. Él sonrió al vernos. Ella se mostró fría y distante.





—¿Qué queréis beber? Coged calamares.

Yo pedí un zumo de piña y les dije que acabábamos de desayunar, Linas respondió algo parecido. Supuestamente él era el cámara que yo había contratado para hacer un reportaje sobre perros de caza españoles y el trabajo de personas relevantes para mantener las razas autóctonas. De esta forma Linas no tenía que aparentar estar interesado en el tema.

Inmediatamente, empezó a relatar anécdotas mientras Amparo le interrumpía para corregir, con cierto desprecio, algunos detalles sin importancia. Narró orgulloso el lance en el que un alano de su rehala agarró a un «buen macareno» que trataba de refugiarse en un riachuelo. Otros dos alanos se unieron y con ayuda del resto de la rehala pudieron inmovilizarlo, pero hubo mucha resistencia. Una vez que su hijo pudo «entrar a la brega» y el jabalí estaba muerto se dio cuenta de que el primer alano no soltaba. Había muerto degollado. Culminó la anécdota con un orgulloso:

—Mis alanos agarran hasta el final.

Continuó con la montería en la que habían tenido tantas bajas en la rehala y tantos heridos que se les acabó el hilo de sutura y tuvieron que utilizar ramas de jara para coser a los últimos perros y «sujetarles las vísceras dentro de la andorga».



—¿Y no da pena cuando pierdes a un perro?

—¡Hombre, claro que da pena! Los has visto crecer y a alguno cuando ha estado enfermo incluso lo hemos metido en casa. Pero igual que el toro bravo nace para morir en la plaza, el perro de montería nace para morir en el campo. ¿O crees que no le da pena al mayoral cuando ve matar a sus toros? No se puede comer tortilla sin romper los huevos.

Tras una hora aproximadamente dejamos el bar y seguimos su coche por caminos que flotaban sobre las albarizas. Mientras luchaba por no perder de vista el coche que nos guiaba, pasamos por varias casas de adobe construidas por jornaleros en la posguerra. Abandonadas hace muchos años ahora servían de refugio para quienes habían sido escupidos por la sociedad. Disminuimos la velocidad junto a dos galgos atados a un pino solitario frente a una de estas casas. El Garza había bajado del coche para abrir el portón de su propiedad. La parcela estaba vallada y tenía más superficie que las anteriores, pero la construcción no estaba en mucho mejor estado.



Las instalaciones

Llamaba la atención el desorden de la distribución de espacios. Nada tenía sentido. Cheniles en todos los rincones, algunos contruidos con chapa, otros dentro de la edificación de ladrillo, apenas tenían luz, parecían celdas de castigo. El ambiente era nefando: agua sucia, suelos cubiertos de excrementos, un hedor intenso y perros encerrados que trataban de llamar nuestra atención. A pesar de todo, el matrimonio nos dejaba tomar imágenes sin ninguna preocupación. Entendían, supongo, que no tenían nada que ocultar.

Frente a la construcción principal había un cercado de valla metálica con unos quince perros sueltos y una garita de obra hecha con un contenedor de transporte de mercancías. Aunque tenían un piso en Madrid donde vivía su mujer, él prefería estar ahí. Me pregunté por qué no vivía en la construcción de ladrillo. Cuando entramos lo entendí.

Las paredes se esforzaban por sostener un delgado tejado de uralita con agujeros que ayudaban a las bombillas a cumplir su función. Tras un largo y estrecho pasillo llegamos a la «oficina» donde nos enseñó el pedigrí de sus alanos: unos papeles amarillentos y cuarteados cubiertos con nombres de perros cuya distribución parecía no





seguir ningún criterio y flechas que los relacionaban cruzando a veces desde un extremo al otro del folio. Con esos jeroglíficos ininteligibles de tinta desleída (posiblemente por las goteras) nos quería demostrar que lo que decía en su web era cierto: criaba a madres con hijos y padres con hijas desde hacía décadas «para fijar bien la línea de Alanos el Garza». Verlo orgulloso de esas prácticas endogámicas me sorprendía tanto como el hecho de que no hubieran causado en sus perros los mismos estragos que sufre la famosa familia Whittaker.

Tras mostrar las pruebas del incesto sistematizado empezó a sacar cajas de cartón llenas de fotografías de caza, cumpleaños, comuniones y noviazgos; entre ellas quedaban algunas en blanco y negro y otras que habían perdido el color. Estos recuerdos compartían espacio con antiguas revistas de caza que contenían artículos escritos por él y estaban acompañados con algunas de las fotografías originales que envejecían en esas cajas.

Después nos llevó al «botiquín», una habitación con decenas de medicamentos en estanterías y sobre una encimera mostosa al tacto. Me enseñó el hilo de sutura, los antibióticos, y algunas fotos que también guardaba ahí mientras continuaba con sus anécdotas. Aquí la temática eran lesiones y heridas. Él mismo había recibido en ese lugar los primeros auxilios después de que un perro le





amputara una falange tras sumergirlo por completo en un cubo grande de plástico lleno de agua con antiparasitario Supona disuelto (actualmente prohibido). Enseñó el muñón con una sonrisa e hizo una broma que habría hecho decenas de veces antes:

–Con lo que me gusta a mí La Falange.

Me quedé con el matrimonio dándoles conversación mientras mi amigo aprovechaba para ir por las instalaciones a tomar imágenes de los perros en esos cheniles oscuros y ponzoñosos.

Por su seguridad en la materia parecía que estaba hablando con un cirujano en un quirófano con las últimas tecnologías y no en una habitación húmeda, con trofeos de sus perros, fotos de Franco y Primo de Rivera en las paredes y un hueco en el techo de tamaño suficiente para ver sobre el tejado unos ladrillos de hormigón cuya función parecía ser la de evitar que el viento arrastrara las láminas de uralita.

Observaba a mi alrededor. Mientras, él contaba con un tono de misterio que había un medicamento que nunca había usado en cacerías: el desinfectante.

–Cuando destripan a un perro en el campo antes de meterle las tripas y coserlo hay que mearse en las vísceras para desinfectarlas.



A esas alturas de la visita el comentario no me sorprendió.

La entrevista

Yo quería hacer la entrevista para subir *reels* a Instagram y al canal de Youtube que había creado para respaldar mi coartada, pero el matrimonio no parecía tener ningún interés. Ella dejó claro desde el principio que no quería hablar. Él mantenía su disposición pero no paraba de enlazar historias. Al final conseguí que salieran al exterior, donde había más luz. Él se sentó en una silla castigada por las inclemencias del tiempo y la orina de los perros. Linas sacó las cámaras y el micro mientras esquivaba excrementos y nos avasallaban los alanos que había en el exterior pidiendo cariño. Progresivamente y con ayuda de los gritos de Amparo, los perros se fueron tranquilizando y Linas pudo colocar los trípodes.

La entrevista solo tenía interés para gente como él. Habló de cuántos años llevaba cazando, lo duro que era mantener las rehalas, los problemas que genera la administración, la falta de apoyo, «los ecolejetas» y lo maravillosos que eran sus perros. Amparo, que había decidido *motu proprio* entrar en el plano, conseguía mantenerse en pie repar-





tiendo su peso entre el respaldo de la silla oxidada en la que se encontraba su marido y sus frágiles piernas cascorvas. Con actitud intimidante continuaba interrumpiendo para corregir datos y finalizar oraciones. Entonces Linas, con la máxima educación y prudencia, trataba de convencerle de que si iba a hablar le permitiese colocar un micro, pero ella se negaba:

–¡Que te he dicho que no voy a hablar!

Acabó la entrevista. Era la hora de comer. Insistieron en hacer una barbacoa.

–Tenemos un congelador lleno de carne de cochinos matados por mí y por mis perros. Y lo podemos acompañar con un buen caldo de parra que nos ha traído un amigo.

Respondí que nos encantaría pero me tenía que marchar por un compromiso familiar.

Se me ocurrió preguntarle si podíamos acompañarle algún día a cazar, «porque la suya era una historia muy bonita: un matrimonio que llevaba tantos años monteando y que además mantenía las razas españolas».

–Ningún problema, respondió. Lo que pasa es que voy por la noche, cuando no me ven los guardas. Cuando se me acabe el arcón iré con mi hijo a llenarlo –ríó al confesar su furtivismo.



La despedida

Antes de irme le recordé que lo llamaría para acompañarle a cazar. A Linas y a mí nos pareció una gran oportunidad, mucho más de lo que esperábamos. Sin buscarlo se nos había presentado la posibilidad de grabar a dos furtivos desgarrando el conticinio con sus cuchillos. No íbamos a limitarnos a documentar la situación de los perros, sino que además podríamos grabar cómo unos perros «de presa» se lanzan sobre un jabalí y un cazador lo acuchilla. Esas imágenes de sangre, ladridos y chillidos podrían hacer mucho daño al mundo de la caza.

Nos fuimos con una sensación extraña. No podía negarse su amabilidad. Yo, a pesar de todo lo que había visto y escuchado, no sentía antipatía. Hablaban de sus perros con cariño y pasión. La misma que sentían hacia la caza.

Entonces, ¿dónde estaba su empatía? ¿Por qué disfrutaban matando animales y tenían a los perros en esas condiciones? En nuestro movimiento es frecuente que caractericemos a quienes explotan a los animales como psicópatas, sádicos o locos, pero es importante que reflexionemos sobre el origen del problema para poder abordarlo. También yo he comido productos animales, incluso fui a una plaza de toros cuando era adolescente y vi su





tortura y muerte sin sentir rechazo. Y no creo que fuera mala persona. Era especista.

Por eso, cuando se valoró la posibilidad de denunciarlos por las muchas ilegalidades que habían quedado registradas yo no estaba nada convencido. Durante mis diez primeros años de activismo hubiera pensado que esa pareja se había pasado la vida explotando a perros y asesinando a cientos de otros animales, y una denuncia que posiblemente acabara cerrando para siempre ese infierno me hubiera parecido perfecta. Pero entonces, después de haberlos conocido y haberme ganado su confianza, me sentía más cómodo si se denunciaba a cualquier otra perrera en las que habíamos estado ya que prácticamente todas ellas incumplían alguna normativa.









PREPARACIÓN

Cambio de planes

Llamé varias veces al Garza para preguntarle cuándo iba a ir a cazar, pero me daba largas. En noviembre de 2021 lo llamé para felicitarle el cumpleaños y así volver a sacar el tema. Reconoció con pena que el motivo real era que ya no tenía edad para eso y me sugirió que hablase con un orgánico⁶.

La idea no me gustaba. No era lo mismo acompañar a un cazador y a su hijo que meternos de lleno en una montería. Lo veía muy arriesgado. Comenté el fracaso en una conversación con dos

6 El orgánico es el propietario de la empresa cinegética que se encarga de organizar la montería. Alquila la finca al propietario del cortijo y contrata a todo el personal implicado (catering, capitán de montería, secretarios, rehалeros, taxidermista, etc.). Es también quien vende los puestos a los cazadores y «la carne» a la procesadora.





compañeros y amigos que sabía que mantendrían el tema *sub rosa*: Javier Ballarín y Aitor Garmendia. Aitor sugirió no abandonar la idea e intentar ir a lo grande: infiltrarnos en el mundo de la caza para documentarlo en profundidad.

Yo solo estaría dispuesto a correr ese riesgo con gente de total confianza. Pero, además, quien tomara las imágenes tenía que ser capaz de hacerlo con calidad. Tenían que ser fotoperiodistas, videoperiodistas o videógrafas profesionales a quienes conociese bien y militantes antiespecistas con experiencia en situaciones similares.

Si iba a meterme en algo así, Javi y Aitor eran dos de las mejores personas con las que podía hacerlo. Javier y yo aceptamos la propuesta que nos hizo Aitor Garmendia y nuestra tarea sería facilitar que él pudiera hacer fotos y grabar vídeos.

Había dos problemas fundamentales: la financiación y también conseguir un orgánico que nos dejara tomar imágenes de alguna de las monterías que organizase.

Aitor trataría de encontrar una organización que nos respaldara económicamente. Fue Aïda Gascón, de Animanaturalis, quien mostró más interés y con la ayuda de CAS International acordó financiar el trabajo. Nos hubiera gustado que fuera más, pero las organizaciones tienen recursos muy limitados, por lo que agradecemos mucho su esfuerzo.





Javier Ballarín

A Javier lo conozco desde la infancia, fuimos al mismo colegio y comenzó conmigo en el activismo antiespecista. Mi primer recuerdo traumático del mundo de la caza lo viví con él. Daniel, un amigo de nuestra clase cumplía 8 años y nos había invitado a su casa de pueblo a celebrarlo con familiares y compañeras del colegio. Su padre, que era cazador, le había preparado una sorpresa, una cachorra de color canela, posiblemente una *vizsla*. Las niñas y niños que estábamos ahí nos emocionamos tanto como él. La cogíamos y jugábamos con ella y la cachorra parecía encantada con la atención.

Cuando ya había pasado un rato nos pidió que bajáramos al corral y unos minutos después vino con una segunda sorpresa: el padre trajo una codorniz y tuvimos la misma reacción. La queríamos ver, coger y acariciar. Después nos pidió que nos colocáramos junto a la pared, dejó la codorniz en el suelo y soltó a la perra. La cachorra fue directa a por su presa, que corría de lado a lado y se intentaba esconder entre nuestras piernas.

Javier trató de sujetar a la perra, y otra niña y yo gritábamos ante lo que estaba ocurriendo. Al padre y a la madre les parecía una escena hilarante, Daniel también se divertía y otros compañe-





ros y compañeras de clase observaban la situación sin pronunciar palabra. Poco a poco se fueron animando, y cada vez que la codorniz se refugiaba entre sus piernas se apartaban para que la persecución continuase. El final acabó con la muerte de la codorniz y una lección pedagógica en la que el padre de Daniel nos explicó que esto era necesario para enseñar a cazar a los perros y que la codorniz no había escapado volando porque él mismo le había partido las alas.

También recuerdo que en mi pueblo los vecinos de la casa contigua tenían una perra pointer en un recinto de no más de 6 metros cuadrados y, a pesar de tener un jardín muy grande, no la soltaban nunca. El espacio estaba lleno de excrementos y el olor llegaba a nuestra casa. Cuando teníamos once ó doce años, por la noche, Javier y yo con nuestro amigo Ramón saltábamos la valla de la casa y abríamos la puerta del chenil. La perra salía disparada y corría alrededor de la casa completamente feliz. Los tres ya estábamos escondidos en la casa de mi familia cuando oíamos al padre maldecir «¡Me cago en Dios! ¡Otra vez!». Actualmente el recinto sigue ahí pero está vacío desde hace décadas.

Un año después de leerme el libro *Liberación animal*, se lo dejé a Javier y también se hizo vegano. Empezamos juntos en el activismo. Es autor del





libro, que por supuesto recomiendo, *Lucha animal*, de Diversa Ediciones. Ha tomado imágenes en múltiples centros de explotación animal: granjas de gallinas ponedoras, pollos destinados a la industria cárnica, ovejas, corderos, cabras, vacas, cerdos, camellos, visones, granjas de perdices, un laboratorio, incubadoras industriales de pollos broiler y mataderos.

Además, en 2018 participó en la investigación del criadero de perros Aguas Claras Kennel que llevaba desde 1992 criando perros de raza *fox terrier* y *cairn terrier*. Las imágenes de las condiciones en las que estaban los más de 50 perros pueden encontrarse en el canal de Youtube @vegieforanimals1109.

Aitor Garmendia

Aunque lo conozco desde hace menos tiempo, Aitor Garmendia también es amigo y compañero. Silvia y yo hemos colaborado con él como *fixers*, es decir, ayudándole a acceder a lugares de explotación animal para que pudiera tomar las imágenes. Entre otras situaciones estuvimos con él entre 2018 y 2022 infiltrándonos en una de las granjas de gallinas ponedoras más grandes de España y en la





investigación en Francia sobre las granjas de patos para foie gras en 2019.

Aunque siempre había estado interesado en el mundo del arte, a finales de los años 90 dejó en un segundo plano estas inquietudes para centrarse en el activismo antiespecista. Años más tarde, y por exigencias de la militancia, volvió a coger la cámara con el objetivo de documentar la explotación animal y la lucha antiespecista.

Entre sus trabajos podría destacar el documental *Matadero* o los premios *World Press Photo* 2021, *Picture Of the Year* 2018, 2019 y 2020. Puede verse parte de su archivo en Instagram.

Estudiando el terreno

Me había informado bastante sobre el mundo cinegético, pero dentro de él hay muchas modalidades y la montería era bastante desconocida. Antes de llamar al orgánico necesitaba unas semanas de estudio sobre esta forma de caza para no meter la pata en la conversación.

Si buscas en Youtube «montería» puedes ver decenas de vídeos. Son prácticamente todos iguales. Los protagonistas son los «señoritos», ellos son quienes pagan y disparan desde el puesto.





Los reportajes comienzan con imágenes del exterior del cortijo⁷ y pasan al interior del edificio principal, donde se está celebrando un encuentro conocido como «la Junta». Entre paredes vestidas con cabezas disecadas tiene lugar un desayuno establecido por la tradición: migas acompañadas de huevos fritos y abundante vino. Finalizado el festín, el orgánico muestra en un plano la posición de cada puesto y las armadas⁸ a las que pertenecen, las características de la finca, recuerda la importancia de enterrar la bala evitando «disparar

-
- 7 Los cortijos son unidades agroganaderas. Cuentan con una casa señorial (el edificio principal) destinada a ser la residencia ocasional del propietario de las tierras (el señorito), y con viviendas auxiliares para el mayoral (el encargado de gestionar la propiedad cuando el señorito no está), los capataces y el guardés. La gañanía albergaba a los jornaleros y trabajadores rasos (los gañanes) en barracones comunitarios, normalmente en condiciones muy básicas. Además suelen contar con otras instalaciones para guardar herramientas y aparejos, así como cuadras, gallineros, zahúrdas para albergar caballos, mulas, ovejas, gallinas y cerdos.
- 8 Una armada es un conjunto de puestos/posturas próximos entre sí situados generalmente en línea y equidistantes entre sí. Según donde se sitúe será una armada de cierre (en el perímetro de la mancha/cazadero para evitar que los animales escapen), de traviesa (en el interior de la mancha cruzándola transversalmente), de testero (en la parte alta de la mancha), de pie de monte (en la parte baja), etc.



hacia el viso» y respetar el espacio del tiradero sin invadir los de los puestos contiguos. A continuación, se produce el sorteo de puestos y se reza un Padre nuestro.

Una vez disuelta la Junta, cada cazador sube al todoterreno correspondiente a su armada. Cuando el postor ha dejado a cada uno en su postura entrevistan a los cazadores, que alardean de munición, rifle y visores. Después, el vídeo se centra en los disparos, asesinatos y las celebraciones. El vídeo continúa con entrevistas comentando lances, la «junta de carnes» y planos cerrados de los «trofeos» que ocupan la primera fila del plantel. Finalmente se abre el plano para mostrar el éxito de la jornada: decenas de cadáveres alineados.

Tras haber visto muchos vídeos de monterías comencé a analizar lo que ofrecía cada orgánico.

Las monterías de España y Portugal se anuncian en diferentes páginas web que ofrecen una información que para nosotros también era muy interesante. El dato más relevante es el precio del puesto: cuanto más alto, más densidad de animales hay en la finca. Es importante también el cupo⁹ por puesto, que no solo nos informa del número

9 El cupo es el límite de animales de cada especie que se permite matar a cada cazador. Por ejemplo un cupo de cuatro venados o muflones y cupo abierto de ciervas y jabalíes permite al cazador matar, entre machos de





de animales que puede matarse desde cada puesto sino también a qué especies pertenecen. Este dato se complementa con las expectativas y la garantía, que hacen referencia a la suma total de animales de cada especie que se van a matar en la jornada. También es importante conocer si la finca es cerrada o abierta. Si el perímetro está vallado se conoce el número de animales de cada especie y no podrán escapar.

Por último, si lo que queríamos era centrarnos en documentar la violencia de los agarres teníamos que ir a monterías con alta concentración de jabalíes. La gran mayoría de los animales que alcanzaba la jauría eran jabalíes, pues las ciervas, los muflones o los gamos son animales muy rápidos y solo se producía el agarre cuando estaban heridos por un disparo o si eran muy jóvenes.

El orgánico

Entre todas las empresas cinegéticas una destacaba sobre las demás. Tenía los precios más caros, las fincas estaban cerradas, los cupos por puesto y las expectativas de sus monterías eran siempre

ciervo y muflones, un total de cuatro individuos y además no tendría límite en ciervas y jabalíes.





altas. Con 33 años recién cumplidos Gerardo Ángel Borrero, gestionaba desde Aljaraque (Huelva) la empresa de monterías más prestigiosa de España. Los canales de Youtube se centraban en su cinegética, casi el 40% de todos los vídeos de monterías que vi habían sido organizadas por él. Esto generaba un precedente: tanto el orgánico como su equipo habrían normalizado la presencia de cámaras. No había duda, era el mejor contacto que podíamos tener en ese mundo y si nos ganábamos su confianza tendríamos mucho avanzado.

Dado que Aitor tendría que ir con un equipo fotográfico profesional no podíamos decir que éramos simples aficionados. Mi personaje sería el de un empresario con dinero no declarado, aficionado a la caza que quería hacer un documental y una exposición fotográfica en defensa del medio rural y del sector cinegético. Habría contratado para ello a un cámara profesional, Aitor. En algunas ocasiones sería yo quien le acompañaría para guiar su trabajo, pero generalmente contrataría a un supuesto familiar en paro, Javier, que tendría la función de asistente de cámara.

Aunque este proyecto no lo hacía con fines lucrativos, supuestamente había creado una productora llamada Maneto Visuales. El nombre procedía de una variedad de podenco andaluz muy





característico por su tamaño y sus patas delanteras cortas y arqueadas propias de la acondroplasia.

Veía dos problemas principales. El primero, que las empresas visuales que acuden a las monterías forman parte de ese mundo y conocen a gente que puede dar referencias; y yo no conocía a nadie. El segundo, que los vídeos se centran en los puestos y sus tiraderos y a nosotros nos interesaba ir con los rehaleros para poder tomar imágenes de cerca de los animales cuando son asediados por los perros y luego los matan con el cuchillo.

En diciembre de 2021 una activista me proporcionó un teléfono que no estaba vinculado a mis datos personales, algo que permitía que en caso de una futura denuncia no pudieran encontrar al «propietario de Maneto Visuales». Llamé al orgánico asumiendo que lo más probable es que me dijera que no. Primero le conté que lo hacía por compromiso y contra los «ataques que sufría el mundo rural y especialmente el mundo cinegético», le sugerí que visitara mi cuenta de Instagram, que llevaba más de un año en funcionamiento y el canal de Maneto Visuales que había creado en Youtube, donde podía encontrar la entrevista completa al Garza. Él hablaba poco. La conversación duró unos 4 minutos.

—Me parece muy bien lo que me cuentas.



–El caso es que para el documental quiero grabar alguna montería, porque es un símbolo de la caza española, y como organizas monterías en las mejores fincas y con buenos planteles he pensado si te parecería bien que vaya con un cámara.

–Claro que sí. Ningún problema.

«No podía ser tan fácil», pensé. Ahora tocaba la parte más sospechosa. Tenía que explicarle que más que los puestos me interesaban los agarres. Para ellos, esto no tiene mucho sentido porque la función de los rehaleros es dirigir los animales hasta los tiraderos para que los «señoritos» puedan matarlos. ¿Por qué alguien iba a centrarse en el sirviente? Es como si, al documentar una boda real, el cámara desviara la mirada de los invitados y la centrara en las cocineras, camareras y limpiadoras.

Había otra cuestión que no encajaba, ¿por qué alguien que busca defender la caza va a querer mostrar las imágenes de varios perros peleando con un animal hasta inmovilizarlo y después cómo el guía le clava una cuchillada mortal?

–Quiero hacer una exposición fotográfica y un documental diferente a lo habitual, me gustaría centrarme en los rehaleros, porque entiendo que no se les presta suficiente atención y sin ellos no hay montería.

–Totalmente de acuerdo. Claro que sí.





–No quiero quitar valor a los puestos, pero quiero reflejar la dedicación diaria de los perreiros. Son ellos quienes van todos los días del año a cuidar a los perros, quienes lloran su muerte y quienes más esfuerzo físico hacen el día de la montería.

–Claro que sí.

–Por eso, me gustaría poder ir con una rehala durante toda la montería, para hablar con ellos y mostrar su trabajo.

–Ningún problema, claro que sí. El día que quieras te vienes, yo hablo con un rehالero y te vas con él.

Ante esta situación le pregunté directamente en qué montería de la temporada esperaba que hubiera más agarres. Me dijo varias que coincidían, como esperaba, con las más caras y con expectativas y garantías más altas. Quedé en que lo llamaría dos semanas antes de la primera montería.

–Ningún problema, claro que sí.

Sentí que empujaba una puerta que ya estaba abierta.









NUESTRA SEGURIDAD

¿Qué podría salir mal?

Informé a Javi y a Aitor de cómo había sido la conversación. Estaban tan sorprendidos como yo.

–¿En ningún momento te ha dado la sensación de que sospechaba algo?

–Para nada.

–¿No te ha hecho ninguna pregunta incómoda?

–Nada.

Si hubiera detectado que sospechaba algo no hubiéramos seguido adelante con él, aunque me hubiera dado permiso para acompañarlos. Pero no había ningún motivo para echarnos atrás.

A partir de ese momento teníamos que cuidar cada detalle. Un error mínimo podría generar una situación muy peligrosa. No queríamos que supieran nunca nuestra identidad, ni siquiera después de que Animanaturalis y CAS Internatio-





nal hubieran publicado el trabajo. No sabíamos quiénes eran, pero sabíamos que las monterías son sitios donde por un lado se reúne gente con mucho dinero, información y poder para hacer contactos y negocios: los señoritos. Y, por otro lado, participan los más comprometidos con la caza: los rehaleros.

Tratamos de anticiparnos a todas las cosas que podían salir mal. ¿Qué haríamos si al entrar en la finca nos pedían identificarnos? ¿Qué haríamos si alguien quería hacerse una foto con nosotros? Teníamos que encontrar el equilibrio entre ser cercanos para generar confianza y a la vez mantener las distancias.

El problema más evidente era que procedíamos de mundos completamente diferentes. No teníamos nada que ver con ellos, ni con los señoritos ni con los rehaleros. Éramos cuatro¹⁰ veganos, «rojos» y ateos. No nos interesaba lo más mínimo los rifles que usaban, la música que escuchaban o sus tradiciones. El único interés que teníamos en común era la caza y la explotación animal en general. En su caso para practicarla y perpetuarla, en el nuestro para acabar con ella.

Informé a mis dos compañeros de los aspectos que consideraba más relevantes de la montería,

10 Al final de la investigación se unió Linas Korta





como la estructura, los papeles que desempeñaba cada cargo, el número de perros, el tipo de perros, el plantel, etc. Lo más complicado era el vocabulario. Con Javier, que también empezó a ver vídeos de monterías, preparamos un glosario.

Nosotros hablábamos de jabalíes, ellos hablaban de guarros, marranos o cochinos. Tampoco hablaban de ciervos, eran venados. Ahí no se usaban escopetas, sino rifles; y no era lo mismo una montería que un gancho, ni un cuerno que una cuerna o una pala. Pero sí era lo mismo una rehala que una recova y una postura que un puesto. Al rehالero también se le podía llamar guía o perrero; al cliente, señorito o tirador.

Nuestro nivel era tan bajo que no solo no sabíamos diferenciar entre una armada en la cuerda de una de traviesa o sopiè; ni siquiera sabíamos qué era una armada. Incluso desconocíamos que «la mancha»¹¹ es la zona de la finca que se va a batir para matar a los animales que hay en esa superficie. Tuvimos que aprender qué era una mano, los zahones, una boca, un trofeo, un macareno, un bareto, la Junta, la junta de reses o de carnes y otros muchos términos.

Algunas de las cosas que más nos preocupaban estaban relacionadas con el vehículo. Si éramos

11 También llamada «cazadero».





descubiertos y lográbamos huir por el monte casi seguro que tendríamos que abandonar el vehículo y regresar a buscarlo con la Guardia Civil. Pero en ese periodo de tiempo muy probablemente los cazadores habrían destrozado el coche. ¿Quién pagaría los daños?

La matrícula era otro de los aspectos difíciles de resolver. Si salía en alguna foto de los cazadores, era posible que cuando se publicara la investigación a través de un contacto en la policía o en Tráfico les proporcionaran los datos del propietario. Decidimos que habría que ir con coches alquilados que no pudieran vincularse con quienes participáramos directamente.

Podían surgir otras situaciones que no fuéramos capaces de solucionar si el coche se quedaba encallado en uno de esos caminos, se estropeaba y tenía que venir una grúa o, peor aún, si golpeábamos otro coche y teníamos que hacer papeles de atestado tendríamos que identificarnos obligatoriamente. Era un riesgo que asumiríamos.

Nuestro aspecto

Lógicamente todo lo que compramos para la investigación lo hicimos sin dar nuestros datos y sin tarjetas de crédito. Habíamos hecho tarjetas





de empresa de Maneto Visuales con el número del teléfono que me había proporcionado Animanaturalis. Cuando conocíamos a alguien le dábamos la tarjeta para dar un aspecto profesional.

La ley obliga a que quienes están presentes en una montería lleven al menos una prenda de ropa de alta visibilidad. Para no cargar con más gastos a Animanaturalis y CAS International, Aitor y Javi decidieron coger ropa llamativa que tuvieran por casa. Javi llevaba una chaqueta verde fosforito y Aitor un gorro azul chillón. Excepto ellos, el resto de participantes llevaba una prenda de color naranja y como destacaban los apodaron «los de verde».

A partir de ese día llevaríamos gorras de color naranja muy vivo, que además de cumplir este papel nos ayudaban a cubrarnos la cara, dificultando ser reconocidos en el futuro. Acompañamos el atuendo con algunas pulseras con la bandera de España, que parecía un abalorio casi obligado. Hasta los perros llevaban banderas de España en los collares.

Javier y yo tratábamos de combinar la gorra con gafas de sol para cubrarnos más en caso de que se hicieran fotografías, pero la identificación que más debíamos proteger era la de Aitor. Él es fotoperiodista y se dedica profesionalmente a sacar a la luz la explotación animal. Si su imagen se difun-





día en internet, sus futuros trabajos podrían verse perjudicados.

Decidimos que él llevaría, además de la gorra, una mascarilla quirúrgica. Su imagen era llamativa, solo se le veían los ojos. Diríamos que había estado gravemente enfermo por COVID, le habían quedado secuelas crónicas y no quería arriesgarse a ser contagiado por otro virus respiratorio. Para dar más credibilidad, llevaría una pequeña botella de oxígeno de la que salía un pequeño tubo y que de vez en cuando utilizaba «para poder respirar cuando le faltaba aire».

Lo que más debate generó fue la ropa de Aitor. Él opinaba que, dado que no tenía que aparentar ser cazador sino fotógrafo, tenía que distinguirse del resto y creía que lo mejor era vestir completamente de negro, pero con la gorra naranja. Sin embargo, solo una pequeña parte de quienes estaba ahí conocería la historia de su personaje; por ello, Javier y yo opinábamos que ese aspecto podía ser sospechoso y debía tratar de vestir como el resto de cámaras y fotógrafos que van a las cacerías: con calzado y pantalones de montaña y una chaqueta, a ser posible, de color naranja llamativo. Pero él se sentía más seguro cumpliendo en todo momento con el rol de fotógrafo ajeno a la caza y acabó vistiendo completamente de negro, salvo la gorra.





El locutorio

El aspecto de nuestra seguridad que más trabajo me generó fue la comunicación con los cazadores y el orgánico. Por miedo a que consiguieran mi IP y con ella mi dirección física no escribía desde mi casa, sino que visitaba un locutorio con ordenadores disponibles. Desde el primer momento hasta que se publicó la investigación estuve yendo al mismo locutorio. Fuera de temporada de caza iba cada dos semanas. Durante la temporada tenía que ir prácticamente todos los días y en ocasiones dos veces al día. Cada vez hay menos locutorios y ciberes con ordenadores disponibles y además yo necesitaba uno con cabinas para que no se viera mi pantalla. Después de buscar bastante encontré uno con las características que quería y que además estaba alejado de mi casa.

Era un local regentado por dos hermanos. La mayor parte del espacio del local era una tienda que vendía desde sacos de arroz de 5 kg hasta accesorios para el móvil. Pasada la caja registradora había un espacio con teléfonos fijos a la pared y cinco cabinas con ordenadores.

Las cabinas estaban hechas con láminas de madera conglomerada protegida con una capa blanca. Tenían el espacio mínimo para que cupiera una persona. La anchura era poco supe-





rrior al teclado del ordenador. La función de puerta la cubría otra tabla más corta sujeta con dos bisagras sin manivela ni cerrojo.

Tenía que ir constantemente a ese espacio tan desagradable, especialmente durante las semanas posteriores a la batida. Para generar confianza con los cazadores les entregábamos las fotos que Aitor descartaba porque se veían sus rostros y no queríamos publicar para preservar su identidad. Por ello, durante los días siguientes a una montería, como les dábamos la tarjeta de Maneto Visuales escribían constantemente a través de Whatsapp, correo electrónico o Instagram pidiendo fotos y vídeos.

Yo las subía a una carpeta de la nube y la compartía con los correos que recibía, pero el proceso no era tan sencillo. En primer lugar, Aitor tenía que llegar a su oficina, algo que podía llevar días si tenía otro trabajo que hacer. Después, la prioridad era seleccionar las fotos que iba a entregar a Animanaturalis y a CAS International, algo que también requería tiempo. A continuación, seleccionaba las imágenes dudosas, que tampoco se compartirían con los cazadores. Por último, las que eran descartadas sin ninguna duda, las cuales debían editarse y eliminar finalmente toda la información que contuvieran los archivos antes de dar acceso a los cazadores.





Cuando yo había recibido las imágenes iba al ciber, donde las subía y recibía nuevos email pidiendo más fotos, nunca eran suficientes: «El fotógrafo me hizo una con un muflón en la armada de testero y no me ha llegado». «Hicisteis por lo menos veinte fotos de mis perros y solo hay una en la carpeta». Cuando ya habíamos ido a varias cacerías comprendimos que no apreciaban la calidad fotográfica, sino la cantidad. Para que quedaran satisfechos decidimos que Javier y yo también les haríamos fotos con nuestros móviles.

El ambiente de la zona de ordenadores y cabinas era asfixiante. No solo por la sensación claustrofóbica debido al tamaño de las cabinas, sino también porque la ventilación era nula, había poca luz y mucho ruido por quienes estaban a pocos metros hablando por teléfono.

Pero hubo una visita especialmente traumática que incrementó mi rechazo hacia ese lugar. Llegué con mi gorra y mi mascarilla para evitar que las cámaras de videovigilancia captaran mi rostro, me dirigí como siempre a la caja y pregunté si había alguna cabina libre. Me dijeron un número pero no lo entendí bien por el ruido. Continué el trayecto y me puse de puntillas para mirar por encima de la puerta si la primera cabina estaba ocupada. No esperaba ver a un hombre viendo





porno. No entendía cómo alguien podía elegir un lugar así.

La única cabina que había libre era la contigua. Traté de concentrarme en lo que tenía que hacer, pensar en la situación solo servía para generar malestar; pero era imposible. Tenía que hacer mi trabajo sabiendo que lo único que me separaba de un desconocido que en esos momentos se estaba masturbando era una tabla de un grosor de no más de 2 cm. No pude evitar mirar en su dirección. Entonces vi algo peor que la imagen del vecino de cabina. En la superficie, junto a mi brazo, había una mancha amarillenta de un líquido que se había secado después de escurrirse por la superficie. «¡No puede ser! ¡Qué puto asco!». Mis ojos continuaron barriendo el espacio. Otro manchurrón. Había por todas partes, parecía que habían estucado la cabina con gotelé.

Lo peor de todo es que durante meses tuve que continuar yendo a ese lugar. Todas las cabinas estaban igual. Era muy difícil no rozar las paredes. El teclado y el ratón había que tocarlos y también tenían restos de semen. Pensé en ir a otro ciber pero sabía que todos los que usasen cabinas habrían tenido el mismo uso.





Miedo

Estar en mitad de la nada, con el apoyo de un único compañero, sin cobertura, en las provincias con mayor tradición cinegética del Estado y rodeados de los cazadores más fanáticos daba respeto. Salvo en la última cacería, a la que fueron Javi, Aitor y Linas, siempre éramos dos. Una de las personas era invariablemente Aitor, al que se le había encargado hacer el trabajo, y la otra éramos Javi o yo.

Si nos descubrían, el plan era tratar de alargar la situación para que la tensión fuera disminuyendo. Yo había oído que la ira es una emoción tan intensa que no puede durar más de dos minutos. Sabíamos que ahí había gente que no estaría interesada en que nos dieran una paliza o que nos mataran. El orgánico, por ejemplo, si tenía un poco de cabeza, sería consciente de que eso le podría generar problemas legales.

Diríamos que había otras activistas fuera que tenían la indicación de que si no salíamos a una hora determinada llamarían a la Guardia Civil. Pero si nos agredían, tendríamos que intentar defendernos usando la mínima violencia para mantener la distancia. El riesgo era evidente, por eso dimos tanta relevancia a la seguridad. No conocíamos a esas personas.





Cuando los conocimos todos nos trataron con máxima amabilidad y disposición a ayudar. Como adelantó Hannah Arendt con su concepto de la «banalidad del mal», la imagen de cazadores sádicos y embrutecidos que intentan transmitir ciertos sectores de la defensa animal no es cierta. Los rehaleros eran personas de campo, educadas, sencillas y amables. A pesar de eso no sabíamos cómo podían reaccionar si descubrían quiénes éramos.

Quien más nos inquietaba a Javi y a mí era Evelio Prieto, un rehalero de origen granadino que, tras conocer a Paloma Merchán, su actual mujer, había acabado viviendo en Aldeacentenera, un pueblo de Cáceres. Sus manos estaban siempre ocupadas empuñando el cuchillo o liando un porro. A medida que se desarrollaba la jornada de caza sobre ellas avanzaba la sangre de sus víctimas, que a la vez que teñía su piel ocultaba unos tatuajes que parecían delatar su paso por la cárcel.

Aunque aparentaba estar siempre de cachondeo, en una ocasión, el 6 de noviembre de 2022, estando yo solo con él y su mujer, escuchamos a algunos de sus perros «ladrando a parado», señal inequívoca de que habían rodeado a un animal. Inmediatamente sentimos los chillidos de un jabalí. El agarre había empezado.

El matrimonio fue corriendo para el «remate», pero otro rehalero se había adelantado y cuando





llegaron el jabalí ya estaba muerto. Habían agarrado los perros de Prieto en el recorrido que se les había asignado y, por tanto, Paloma o él tenían el derecho a matarlo. Era una falta de respeto. Además, en la lucha el jabalí había cortado a uno de sus perros en el cuello, la herida sangraba mucho y por pocos centímetros no había afectado a la arteria carótida. Prieto perdió los papeles. La situación pudo haber acabado en violencia entre ellos.

—¡Puto Forcallo de los cojones que ha matado al guarro!

Era imposible no pensar cómo actuarían si se enteraban de para qué estábamos ahí realmente. Los habíamos visto clavar el cuchillo a animales mucho más peligrosos que nosotros. En cuestión de segundos podían hacernos lo mismo. Incluso hubiera sido más sencillo no decirnos nada y que un tirador nos disparase cuando cruzábamos su tiradero. Un accidente de caza más.

Aunque Javier fue a más monterías que yo, cada vez que iban mi preocupación era igual que si estuviera ahí. Tenía mucha responsabilidad en su seguridad. Yo era quien hablaba con Borrero, el que se escribía con los rehaleros por correo electrónico, Whatsapp e Instagram. Cualquier error mío podía ponerles en un riesgo real.





Curiosamente, mientras a Javier y a mí nos preocupaban especialmente los cazadores, Aitor tenía mucho más miedo de los jabalíes.









CONTEXTO SOCIAL

Lucha por los votos

En agosto de 2022 el Consejo de Ministros aprobó el proyecto de «Ley 7/2023 de protección de los derechos y el bienestar animal» coloquialmente conocida como «Ley contra el maltrato animal» elaborada por el partido Unidas Podemos, gracias a los votos del PSOE, su socio de gobierno. Pero conforme aumentaba el acoso por parte del sector cinegético, el PSOE fue desligándose de Unidas Podemos hasta dejar claro que no estaba de acuerdo con que los perros «de caza» fueran protegidos por esta normativa. El 13 de septiembre de ese año 2022 el PSOE presentó una enmienda contra el proyecto de ley que habían respaldado poco antes. La enmienda salió adelante con el apoyo de PP, Vox y Ciudadanos. El lobby cinegético había





sido más fuerte que la necesidad de mantener un gobierno unido.

Finalmente, el 28 de marzo de 2023 se aprobó la citada ley excluyendo a los perros «de trabajo, de rehalas, auxiliares para la caza, de las fuerzas de seguridad» y, por supuesto, a todos los animales explotados para la alimentación, vestimenta, vivisección, etc.

El PSOE necesitaba que esta ley aguada se aprobara cuanto antes. Habían decidido adelantar al 23 de julio las elecciones generales, previstas para diciembre de ese año, y no querían que esta cuestión empañase su campaña. Distanciando la votación de la ley de la fecha de los comicios conseguían que la ciudadanía olvidara que, en esta materia, estaban del lado de los partidos más reaccionarios.

El imprevisto anticipo electoral supuso un inconveniente para nuestra investigación. Animanaturalis, lógicamente, quería presionar también al Gobierno y eso implicaba necesariamente publicar las imágenes antes de los comicios.

Conforme se acercaba el periodo electoral aumentaba el interés por rascar votos entre los cazadores. Ese mismo mes de julio, días antes de la votación, el PP firmó el «Compromiso político con la actividad cinegética 2023-2027», un documento que ya había firmado un año antes VOX y





que había sido elaborado por la Real Federación Española de Caza. Dicho documento recogía diez exigencias políticas. Todos los compromisos eran lamentables, pero uno era además un insulto a la inteligencia y a las víctimas pertenecientes a colectivos sociales vulnerables.

La novena exigencia política reflejaba el Principio de Transposición del Ministro de Propaganda, Joseph Goebbels (cargar sobre el enemigo los propios defectos). El compromiso decía: «Favorecer la difusión de la imagen social positiva de la actividad cinegética que se realiza de forma sostenible sin permitir la criminalización de conductas o juicios de valor previos que perjudiquen su imagen en la sociedad, impulsando la creación de un Observatorio de Violencia Animalista, así como promover la caza social y la incorporación de nuevos practicantes, prioritariamente jóvenes y mujeres».

La creación de un «Observatorio de Violencia Animalista» suponía asumir *de facto* que existe una violencia animalista. Sin embargo, el número de denuncias por agresiones animalistas fue de 0 en el año 2022, las mismas que en el 2021, 2020, etc. A pesar de que he estado buscando, no he encontrado ningún caso de un cazador que haya sido agredido por defensoras de los animales. Mientras estuve infiltrado en el mundo cinegético, leí y escuché muchos comentarios sobre «los anima-





listas», ninguno de ellos mostraba preocupación o miedo por sufrir «violencia animalista». Por el contrario, cuando salía el tema era recurrente escuchar comentarios como «a esos yo les pegaba un tiro».

El 31 de mayo de 2023 el Instituto Nacional de Estadística publicó que el año anterior 32.644 mujeres habían sufrido violencia de género, 49 de ellas habían sido asesinadas. Los mismos partidos que niegan la violencia machista real y eliminan los observatorios autonómicos para proteger a las mujeres o a los colectivos LGTBIQ+ se comprometían a crear, si gobernaban, un observatorio para vigilar una violencia inexistente.

Impunidad de los cazadores

Al crear la cuenta de Maneto Visuales en Instagram comprendí que el odio de los cazadores hacia «los animalistas» era algo más extendido e intenso de lo que pensaba. Era un tema persistente en las páginas web de sus medios de comunicación, en sus redes sociales y en las conversaciones que presenciábamos en el terreno. El ambiente estaba especialmente caldeado y el desprecio de este sector a quienes respetamos a los animales no era nuevo; pero durante el periodo de tiempo





que tuvo lugar la investigación se estaba llevando a cabo un debate social por la inclusión o no de los perros «de caza» en la ley, por lo que consideraban a «los animalistas» como una amenaza política a la que había que responder.

La primera montería a la que asistimos fue en enero de 2022 y la última en enero de 2023, es decir, todas transcurrieron durante la segunda mitad de la legislatura del gobierno de coalición entre Unidas Podemos y PSOE. Los partidos y medios de comunicación conservadores comenzaron desde el principio a hablar de «gobierno ilegítimo», siendo el foco de sus ataques el partido «comunista, bolivariano, chavista, bilduetarra», Unidas Podemos. Dentro de ese partido los ataques se centraban en los cargos más altos, pero el nombre de un director general aparecía cada vez más frecuentemente en la prensa.

Sergio García Torres, dentro del Ministerio de Derechos Sociales, era el responsable de elaborar la «Ley de Bienestar Animal». El sector cinegético estaba realmente preocupado. Sabían que había sido activista en Animanaturalis y que tenía la intención de que esta ley incluyera a los perros explotados para la caza.

El 28 de septiembre de 2022, días antes del comienzo de la segunda temporada de monterías a la que íbamos a asistir, leí el siguiente titular en





el diario *Público*: «La Federación de Caza difunde una amenaza contra el director de Derechos de los Animales del Ministerio de Belarra». El subtítulo decía: «La cuenta ha publicado un vídeo sobre la futura Ley de Protección Animal en la que se simula la diana de una mirilla apuntando sobre el rostro de Sergio García Torres, el responsable de las políticas animalistas del Gobierno».

Era un paso cualitativo importante por parte del sector cinegético. La Federación Española de Caza, que a su vez engloba a las federaciones autonómicas de caza de toda España, había compartido un vídeo en el que se veía un punto de mira apuntando a la cabeza del director general. Ese mismo día las cuentas que seguía en Instagram desde mi perfil de Maneto Visuales habían comenzado a viralizar el vídeo.

Imaginemos que una asociación independentista vasca hubiera difundido un vídeo con un punto de mira apuntando a un político del PP o de VOX. Sin duda, hubiera habido consecuencias legales para la asociación y la víctima de las amenazas hubiera recibido muestras de solidaridad de todos los partidos políticos y medios de comunicación. Nada de esto ocurrió en este caso. Solo algunos medios, como el citado *Público*, le dieron a la noticia la relevancia que merecía. Entre la prensa conservadora o vinculada a la caza aprovecharon para





difundir los bulos que transmitía el vídeo: «Solo en los últimos dos años PSOE y Unidas Podemos han aprobado subvenciones por valor de 5 millones de euros para grupos animalistas». Sergio García Torres denunció a la Federación por amenazas.

A mí me pareció una amenaza evidente y una incitación a la violencia. La entidad social con mayor número de personas armadas de España estaba difundiendo un vídeo con numerosos bulos acompañados de esa imagen. En 2022 se habían expedido 595.187 licencias de caza¹². Nadie puede garantizar que, entre todos estos cazadores, no hubiera ninguno dispuesto a ejecutar la idea que sugería el vídeo.

Pero la Federación, lejos de rectificar, decidió dar otro paso más en el camino hacia la crispación. El 16 de diciembre de 2022 medios como *El Confidencial* informaban de que la Real Federación Española de Caza (RFEC) anunciaba aquel viernes «su intención de querellarse contra la secretaria de Estado para la Agenda 2030, Lilith Verstrynge». La denuncia era una respuesta a unas declaraciones que la diputada de Unidas Podemos había hecho ante las cámaras: «Desgraciadamente el Partido Socialista se está colocando del lado de los mal-

12 Anuario forestal de estadística 2022. Publicado en 2024 por el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico.





tratadores, del lado de las personas que apalean, torturan animales, incluidos los perros de caza; del lado de las personas que cuelgan galgos o que entierran a cachorros en cal viva. Llegados a este punto, lo único que pedimos al Partido Socialista es que vuelva al acuerdo que ellos mismos propusieron, bajo riesgo de que dejen caer la ley».

Un año después de que Sergio García Torres interpusiera su denuncia por amenazas, la Audiencia Provincial de Madrid concluyó que no había delito en el vídeo y archivó el caso por segunda vez. Consideraba que «la utilización de un recurso gráfico, holograma o icono» (refiriéndose al punto de mira) podría tratarse de la «exteriorización de una crítica contundente y muy negativa respecto del contenido del entonces Proyecto de Ley de Protección, Derechos y Bienestar de los Animales», y que el punto de mira podría ser en realidad «un objetivo fotográfico».

Ese era el contexto social en el que nos encontrábamos. Si el mundo cinegético podía amenazar de muerte de forma pública a un miembro del Gobierno para influir en la futura ley sin ninguna consecuencia, ¿qué repercusión tendría una agresión física a dos activistas que no conocía nadie?





Mismos perros, misma ley

Cuando el PSOE presentó su enmienda contra el proyecto de ley de «bienestar animal» saltaron las alarmas en el mundo de las protectoras, ya que sin el apoyo de este partido al proyecto original los perros «de caza» quedarían excluidos de la protección legal que Unidas Podemos trataba de proporcionarles.

Desde esa fecha hasta la aprobación de la ley, el 28 de marzo de 2023, se llevó a cabo una intensa campaña para tratar de que el PSOE retirara su enmienda. A pesar de todo, en diciembre de 2022, Ione Belarra, por entonces Ministra de Asuntos Sociales y Agenda 2030 (Unidas Podemos) ya había anunciado que cedía a la exigencia del PSOE.

Entre más de 150 entidades relacionadas con la protección animal se fundó una plataforma para coordinar la campaña «Mismos perros, misma ley». Alquilieron un autobús que cubrieron con la imagen del presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, un galgo ahorcado y el texto «No a la enmienda del PSOE que excluye a los perros de caza de la Ley de Protección Animal». El vehículo fue utilizado para recorrer distintas ciudades de España y sirvió como atrezo para que personas públicas como Sandra Golpe, el Gran Wyoming,





Sandra Sabatés o Fernando Tejero mostrasen su rechazo a la enmienda.

Además se organizaron concentraciones frente al Congreso y las sedes del PSOE de decenas de localidades españolas. Participaron cientos de asociaciones y miles de personas.

El vídeo de la polémica

Las protestas fueron transmitidas por los principales medios de comunicación, pero nada tuvo tanta repercusión mediática como un vídeo de la plataforma Mismos perros, misma ley. En él aparecían imágenes ya publicadas de perreras grabadas por Aitor en enero de 2022, otras tomadas por Silvia y por mí para el vídeo «Las otras víctimas de la caza» y algunas cedidas por protectoras. Además, el vídeo incluía unos fundidos en los que la cara del presidente de Gobierno y del PSOE, Pedro Sánchez, se transformaba en la de Santiago Abascal, líder del partido de ultraderecha VOX con el fin de representar que sus posturas eran similares. Uno de los textos decía: «El PSOE se une a PP y VOX para permitir el maltrato de los perros de caza».

La provocación es una poderosa forma de amplificar un mensaje y, a veces, a quienes nos niegan la voz en los medios no nos queda otra que





recurrir a ella. Es una forma de propaganda legítima siempre y cuando (al menos para nosotros) no se manipule o falsee la realidad.

Aunque nuestras posiciones políticas distan mucho de PSOE y de VOX, la igualación que se hizo con el vídeo estaba fuera de lugar. Tenemos un problema muy grave con el avance de la extrema derecha y todo apunta a que irá a peor. Estamos en contra de ofrecer una idea distinta a ello y creemos que este vídeo se podría interpretar como una banalización del fascismo.

En cualquier caso, el vídeo no habría tenido ninguna trascendencia si no hubiera sido retuiteado por Lilith Vestrynge, diputada de Unidas Podemos y entonces Secretaria de Estado para la Agenda 2030. A los medios de comunicación les encantaba la guerra abierta que se estaba produciendo entre los dos partidos del gobierno «de izquierdas» y no dejaron pasar la oportunidad de echar leña al fuego.

El periodista Antonio García Ferreras, conocido por su papel en la difusión de bulos que él mismo califica de «burdos», dijo en su programa *Al Rojo Vivo* el 13 de febrero que Lilith Verstrynge había subido ese vídeo: «La secretaria de estado Lilith Verstrynge publica un vídeo en el que compara a Sánchez con Abascal por la Ley Animal». Sabían perfectamente que la autoría del vídeo no era Uni-





das Podemos, sino la plataforma Mismos perros, misma ley. La práctica totalidad de los medios del sistema siguieron la misma línea para aumentar la crispación dentro del Gobierno.

Después de la polémica generada eché en falta que la plataforma ofreciera un teléfono de contacto a los medios para conceder entrevistas o emitiera un comunicado recordando que las autoras del vídeo eran las organizaciones «animalistas» y no un partido político. De esta forma se hubiera conseguido aprovechar la situación y redirigir el foco de atención a los perros y aumentar la presión al PSOE.

Las víctimas de la caza

En este contexto social el sector cinegético se presentaba como víctima del «fanatismo ecologista». Con el argumento de «si no te gusta la caza, no caces, pero respeta a quienes sí nos gusta» trataban de reforzar la idea de que se trata de un debate enmarcado en el campo de la estética y no de la ética. Olvidaban intencionadamente a las víctimas que, sin contar a los perros, se elevan por millones cada año.

Según el Anuario de Estadística Forestal 2022, publicado en 2024 por el Ministerio para la Tran-





sición Ecológica y el Reto Demográfico, ese año se «capturaron» (asesinaron) a 19,1 millones de «ejemplares» (individuos). Estos son los asesinatos declarados y notificados oficialmente, pero obviamente hubo muchos más.

El anuario resume la masacre con los siguientes datos: «En caza mayor se registraron 741.444 ejemplares. El 61% de las capturas son de jabalí, con un total de 450.150 ejemplares. La segunda especie más abatida es el ciervo, con 131.219 ejemplares. En caza menor de mamíferos se capturaron más de 6 millones de ejemplares. El 93% de las capturas son de conejo. Más de 12 millones de aves fueron capturadas en 2022. Sigue destacando el zorzal, con unos 5 millones de ejemplares; la paloma, con cerca de 3,3 millones; y la perdiz, con 2,2 millones».

Pero nos ofrece otros datos interesantes que rebaten el argumento de que la caza es necesaria para regular los ecosistemas: «En 2022 se soltaron 3.676.620 ejemplares. El 96% de los mismos son aves. La especie que más se sigue soltando es la perdiz. El 86% de las sueltas son de carácter privado y Castilla-La Mancha sigue siendo la comunidad con mayor número de sueltas».

Y, finalmente, un dato que refleja la libertad de la que goza este sector: «Los terrenos cinegéticos ocupan el 84% de la superficie total del país».











PREPARACIÓN

Se acerca la fecha

Los preparativos empezaban semanas antes del fin de semana de monterías. Teníamos que organizarnos para ver qué tareas tendríamos cada uno. Cuando iban Javier y Aitor yo tenía que estar pendiente del móvil por si había algún problema. Cada dos horas Javier me enviaba un mensaje con el emoticono del dedo pulgar hacia arriba, eso quería decir que todo iba bien. Si no me llegaba mensaje en varias horas empezaba a preocuparme, pero podía ser por la falta de cobertura.

Semanas antes reservábamos el coche de alquiler, acordábamos lugar y hora de recogida de Aitor, buscábamos un sitio para dormir la noche del viernes al sábado y sábado a domingo y otras cosas que surgían.

La tensión comenzaba entonces.





El día previo

El trayecto era largo. Comenzaba el viernes. Nada más salir de trabajar comía en casa y salía inmediatamente a coger el coche de alquiler o un tren que me llevaba a una ciudad donde tenía el coche reservado. En esa ciudad recogía a Aitor que venía con todas las mochilas del equipo fotográfico y su ropa. El vehículo era siempre un todo terreno para no tener problemas en los caminos.

En el viaje hablábamos de temas casi siempre relacionados con política, especialmente con la liberación animal. Comentábamos nuestros proyectos, debatíamos sobre estrategia o sobre investigaciones.

Una pareja de activistas que conocía Javi nos acogía. Desde hacía meses toda la información que recibía sobre Castilla-La Mancha estaba relacionada con monterías. Por eso me generó un choque conocer a activistas que hablaban nuestro propio idioma y nos esperaban con una buena cena vegana. Sentíamos que teníamos mucho que compartir. Por desgracia, llegábamos agotados del viaje y al día siguiente madrugábamos, así que teníamos poco tiempo para hablar. Solo disponíamos del rato de la cena, un poco de sobremesa y el momento de preparar los bocadillos para el día siguiente. Bocadillos que consistían en salchichas





o hamburguesas con aspecto similar a la carne por si los veían los cazadores.

Diferencias de clases

Quedábamos directamente con el rehaleiro que nos hubiese asignado Gerardo Borrero en el mismo lugar y hora a la que habían quedado el resto de perreros. Podía ser en la propia finca donde iba a tener lugar la cacería o en un restaurante de carretera.

Si Borrero decidía que el punto de encuentro era en la propia finca, se asumía que los rehaleiros no podían entrar en el edificio principal del cortijo. No importaba si llovía, hacía frío o necesitaban ir al baño. Era un espacio reservado para los señoritos que habían pagado por los puestos, el orgánico y el dueño de la propiedad. Aparte de ellos solo tenían permitido el paso las camareras y el servicio de cocina.

Antes de que bajaran del vehículo ya sabías si quien conducía tenía puesto o rehalas. Los primeros llegaban con coches de alta gama 4x4 que en ocasiones, tras la junta, aparcaban cerca del puesto que se les había asignado por sorteo. Se bajaban del coche con su ropa de caza perfectamente conjuntada, corbata incluida, cogían su





rifle y se sentaban a esperar a que los rehaleros les llevaran los animales a su tiradero.

Mientras tenía lugar la junta, en la que los señoritos desayunaban migas bien regadas de alcohol, los rehaleros iban llegando a su punto de encuentro establecido. Venían desde Andalucía, Castilla-La Mancha y Extremadura. Para ellos la jornada comenzaba a las 04:00 de la mañana en las perreras donde cargaban los perros, luego les quedaba un largo viaje hasta las provincias de Ciudad Real o de Toledo. En caso de que la montería fuera en domingo y vinieran de lejos, no regresaban a las perreras después de la jornada del sábado. Pasaban la noche en los vehículos o en algún motel de carretera; los perros, aunque estuvieran heridos, se quedaban siempre en los remolques o en las furgonetas.

Estas condiciones eran mucho mejores que las de los antiguos perreros, que por no ser los propietarios de los perros no se les consideraba rehaleros. Periquillo, quizá el más famoso perrero de la historia¹³ por crear la raza valdueza, cuenta en su autobiografía (*Ecos del monte*) que cuando

13 Pedro Castro García (Periquillo), ya había salido anteriormente en la prensa por un trasplante que realizó. El propietario de los perros que él cuidaba le indicó que matara a Carasucia, un perro que había quedado cojo. Periquillo, que sabía que era bueno para cazar decidió





empezó ese trabajo a los trece años aún no se utilizaban camionetas y tenía que caminar durante horas con los perros acollerados¹⁴ hasta llegar a la mancha. Posteriormente, pudo hacer los recorridos subido a un caballo. En ocasiones tenía que pasar varios días llevando a los perros de una finca a otra para que los señoritos pudieran cazar, con una capa para afrontar el frío y la lluvia y un morral para encarar el hambre y la sed. Para los perros, el caballo también fue un progreso importante, pues si quedaban heridos al menos alguno podría regresar subido al caballo.

Ahora las preocupaciones de los rehaleros eran muy diferentes. Valoraban que el punto de encuentro fuera en un bar de carretera en lugar del cortijo, pues podían disponer de un baño y disfrutar también de sus migas con huevos fritos y torreznos entre compañeros. En ese caso, era

quitarle el tendón de Aquiles a otro perro y trasplantárselo a Carasucia.

- 14 En el contexto de la caza una collera es una correa que se divide en dos, cada ramificación finaliza en un collar de cuero. Las colleras se utilizan para atar a parejas de perros de similares características, por ello también se usa el término «collera» para referirse a dos perros con similares características. Antiguamente cada rehala estaba compuesta por 12 colleras, es decir, 12 parejas de perros.





habitual que las mujeres se quedaran fuera, en el aparcamiento junto a la carretera.

En un nivel inferior se situaban, obviamente, los perros. Cada rehala estaba formada por aproximadamente 24 perros, podían superar los 30 y nunca menos de 20. Para compartir viaje era muy habitual que en un solo vehículo hubiera dos o incluso tres rehalas. En ese contexto estaban nerviosos porque sabían que les esperaba un día de batida. Querían salir. Todos estos condicionantes aumentaba también la tensión entre ellos y por tanto las peleas.

Pronto habría un nivel más bajo en la jerarquía: los animales que iban a matar.

Críticas a las espaldas

La primera montería, el 15 de enero de 2022, fue la que más tensión nos generó. Yo era el único que había hablado con Gerardo Borrero, las conversaciones habían sido por teléfono y solo habían durado unos pocos minutos. Ese primer fin de semana Javier y Aitor tendrían que empezar la anábasis entrando a un entorno completamente ajeno, sin conocer a nadie. Yo quedaba pendiente del móvil a cientos de kilómetros de distancia. Si por algún error mío les estaban esperando





sabiendo quiénes eran realmente, dirían que eran simples trabajadores contratados por mí y les pedirían que me llamaran. Pero, por supuesto, había nervios por su parte y también por la mía. Creía no haber cometido ningún error, pero siempre existe una duda.

Al poco de llegar pudieron preguntarle a Borrero dónde estaba el rehaleiro al que iban a acompañar. Por algún motivo el orgánico también iba a esa zona. Les dijo –Voy con vosotros –Abrió la puerta trasera y se subió con ellos al coche. Afortunadamente habían sido previsores y no había ningún alimento como tofu o hummus visibles en el coche. En el trayecto por la finca, de aproximadamente 4 km les hizo varias preguntas sobre el «documental» y la «exposición fotográfica». Lo que más les llamó la atención es que, sin conocerles, afirmó que «los cazadores son unos hijos de puta y todos los rehaleiros también son una banda de hijos de puta». Sorprende que el propietario de la empresa cinegética organizadora de monterías más conocida de España les hablara con tanta naturalidad, posiblemente porque no les consideraba parte de ese mundo.

A pesar de lo mal que los orgánicos pagan la participación de cada rehala, los perreros sí que tenían cuidado a la hora de criticar al empresario. De todos los rehaleiros que participaban en las





cacerías organizadas por Gerardo Borrero había dos que no fallaban. En primer lugar, la pareja formada por Paloma y Evelio Prieto, que venían desde Cáceres. En segundo lugar la familia Quintero, que al igual que Borrero venían de la provincia de Huelva.

La lealtad que le mostraban al joven orgánico era incuestionable. Pero a las espaldas no siempre era así. David Quintero, el padre de la familia, no solo estaba al servicio de Borrero los fines de semana de invierno. Entre semana trabajaba para él preparando las fincas de caza.

Nos encontrábamos en una propiedad en la que había estado dejando maíz en distintos cebaderos de la mancha desde hacía tres meses para garantizar la caza ese día. Tenía el papel de maestro de sierra, sabía dónde estaban los encames, los senderos, los revolcaderos, las hozaduras y las querencias. Por eso además cubriría la tarea de capitán de montería. Había diseñado dónde se colocaban las armadas, desde dónde saldría cada rehala, el momento de la suelta y durante toda la jornada controlaría cómo llevaría cada rehlero su «mano». Porque si una jauría avanzaba demasiado o se quedaba atrás podía quedar un hueco de huida por el que se «vaciará» la mancha.

El capitán de montería es el máximo responsable y, en teoría, la máxima autoridad, el que coor-





dina todo. Quintero estaba orgulloso de ejercer ese cargo y quería que saliera bien, se le notaba. Era una cacería con expectativas muy altas y habían venido su mujer, dos de sus hijos, uno de sus hermanos y dos sobrinos, y en total la familia guiaba seis rehalas. Cuando ya había explicado al resto de rehaleros el recorrido que debían seguir sonó su emisora de radio. Era el orgánico. Tras hablar con el dueño de la finca habían decidido cambiar toda la estrategia. David estaba dolido y molesto. Había sido desautorizado. Le escuché decir que Borrero «no tenía ni puta idea de cómo organizar una batida».

Un día, tras perder la conexión de la emisora con Aitor, decidí dejar la rehala con la que estaba y buscar otra más próxima a su posición para seguir en contacto por si había algún problema, necesitaba agua o ayuda con el equipo. En el camino, cuando ya estaba suficientemente cerca, me encontré con otra rehala y decidí unirme. Al frente había un señor corpulento de unos 58 años que se apoyaba en una cachava para reforzar su aspecto de patriarca más que para asegurar sus pasos. A una cierta distancia le seguía un joven morralero de poco más de 20 años. Junto a él, un amigo suyo que había venido a acompañarle. Muy pocos rehaleros cuentan con un morralero, pero este parecía tener dos asistentes.





Me uní a la pareja de amigos y para dar un poco de conversación pregunté el nombre de la rehala.

– Rehala Chozo, de Valdeverdeja.

Notó que era la primera vez que escuchaba ese nombre.

–¿No la conoces? –se extrañó.

¿Por qué iba a conocerla?, pensé yo.

–Es la de María Pérez, ese de ahí delante es su padre –dijo mientras señalaba al rehaleiro del bastón.

–Ah, vale. Claro, es verdad –Fingí que sabía quién era María Pérez y lo cierto es que debería haberlo sabido. Es, sin duda, la *influencer* española del mundo de la caza más conocida. Tiene más de 82.000 seguidores en Instagram. Había visto muchas fotos suyas en entrevistas de revistas cinegéticas y anuncios de munición, ropa de caza y otras muchas marcas cinegéticas que la contratan como modelo. Pero no le había prestado atención y no la seguía en Instagram porque creía que el perfil no me iba a aportar nada. Aprendí que si a los cazadores les interesaba algo, a mí también me tenía que interesar.

El amigo continuó con la conversación con una broma.

–Es que éste está enamorado de la Pérez.

–¡Qué dices, retrasao! Si tiene el dedo gordo del pie en la mano.





La respuesta me dejó fuera de juego. Días después investigué y descubrí que la hija de su patrón trabajaba de enfermera, una profesión que teóricamente escoge gente preocupada por los demás, pero paradójicamente su tiempo libre lo dedicaba a viajar por el mundo matando a animales. Sabía que el morralero no iba a plantearse eso, pero quizá podía cuestionar sus condiciones laborales, porque imagino que por una miseria era también él quien limpiaba las mierdas de los perros y les daba de comer. Pero criticó algo que no había elegido ella, su braquidactilia.

Su amigo fue capaz de bajar el nivel del comentario anterior.

—Venga, va. Que además de estar buena tiene pinta de ser más guarra que las uñas de un minero, como te gustan a ti. Ja, ja, ja.

Falsa rebeldía

El mismo día en el que David Quintero se enfadó, presencié la única ocasión en la que vi a un rehalero (el propietario de Rehalas el Trabuco) hacer frente a un miembro de la junta. Manolo, el Ingeniero, un hombre fuerte de unos 60 años procedente de Fregenal de la Sierra, un pueblo de Sierra Morena, no encajaba con el resto de rehaleros. A





los dos minutos de haberlo conocido me había dejado claro que tenía un buen puesto de trabajo, que tenía estudios universitarios y que si no cazaba en puesto era por elección propia, ya que disfrutaba más con su rehala.

Para diferenciarse más del resto de rehaleros iba acompañado de un morralero al que llamaban el Pitillero. Su aspecto reflejaba una vida dura y triste: barba tupida que comenzaba a canear, pelo descuidado, piel cuarteada por el sol, ropa vieja y sin ninguna prenda de coloración llamativa para proteger una vida que posiblemente tampoco valoraba. La cuperosis de su nariz parecía confirmar ese refrán de la duquesa de Cervantes: «Debajo de mala capa suele haber buen bebedor». Ahora, viendo fotos de ese día, me doy cuenta de que si se hubiera cuidado tendría una presencia socialmente atractiva, sus dientes grandes y alineados habían quedado totalmente teñidos por el tabaco y sus ojos verdes quedaban eclipsados por el estado de su ropa.

Estuve tres horas con ellos. Mi único contacto con el morralero fue cuando le estreché su gruesa mano forrada de callos. El resto del tiempo se limitaba a seguirnos a un metro de distancia y a asentir cuando el Ingeniero, mientras narraba una historia, le miraba buscando su reafirmación como testigo de la aventura.





El momento de tensión se produjo cuando cruzábamos una armada de traviesa, es decir, situada en el centro de la mancha. Un tirador de unos 18 años nos gritó de malas maneras que retrocediéramos porque habían quedado animales atrás. El Ingeniero le respondió gritando de peor forma:

–¡Puto niño de mierda! ¡Tú me vas a enseñar a mí cómo tengo que llevar la mano!

Continuó hablando para sí mismo, para que le oyera yo.

–Al crío este le ha regalado un rifle su papá y se cree que me puede dar indicaciones a mí, que llevo 40 años monteando.

En el punto de encuentro

Mientras los rehaleros esperaban la señal para ir a sus puntos de suelta, Aitor aprovechaba para hacer fotos a los perros en las *pick-up*, sus remolques, las camionetas o furgonetas. Yo hablaba con ellos y ellas, tratando de ganarme su confianza y extraer información interesante.

El aspecto de los rehaleros era muy diferente al de los tiradores. La mayoría iban vestidos con pantalones o monos de trabajo desgastados, algunos con chaquetas de color naranja para evitar recibir un disparo y todos con un cuchillo «de remate»



enfundado en la cintura, accesible para desenvainarlo en poco tiempo y clavarlo en la zona de la axila para alcanzar el corazón. Los mejor equipados llevaban además polainas y zahones para protegerse de las ramas y disminuir las consecuencias de un posible ataque de jabalí. El trabuco (junto con la caracola, un icono de la montería española) ha quedado en desuso, se utilizaba antiguamente con el fin de hacer ruido y «levantar a las reses encamadas».

En una ocasión salió Borrero de la junta. Paró a unos metros del cortijo. Sin necesidad de decir nada los perreros dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron para escuchar sus instrucciones. Mientras daba las indicaciones se agachó para abrocharse las polainas de cuero. Entró en el círculo el joven morralero que servía a Rehalas Chozo, clavó una rodilla en el suelo y comenzó a abrochar las hebillas del orgánico desde el zancajo al corvejón. El cuerpo encogido del siervo transmitía a través de su rostro el orgullo de no tener orgullo.

A pesar de la evidente explotación, no se percibía la más mínima conciencia de clase. Obviamente, entendían que con los 200 ó 300 euros que se pagaba por montería a cada rehala y un total de unas 30 cacerías anuales no cubrían los gastos que les suponía mantener a los perros, los vehí-





culos y las instalaciones. Eso sin contar el tiempo que invertían en ir todos los días a dar de comer a los perros, los viajes y las jornadas de días enteros caminando y corriendo por el monte para llevarles los animales a los tiradores.

La alienación se confirmaba cada vez que hablaban de política. Defendían posturas de derecha, extrema derecha o directamente fascistas. Sin ninguna duda, tanto dentro como fuera del cortijo, el PP y VOX eran los partidos más votados en ese entorno. La armonía de clases se imponía a la lucha de clases. Sus valores eran el catolicismo, la familia tradicional y la unidad de España. Su odio se reservaba hacia «quienes querían coartar su libertad de cazar y acabar con las tradiciones rurales».

Conversaciones entre ellas

Un sábado llegamos al hostal de carretera donde habían quedado los rehaleros. Decenas de hombres estaban en la zona de bar-restaurant, mientras un grupo de cinco mujeres se había reunido fuera. Ya nos conocían de otras ocasiones, me invitaron a incorporarme a la conversación. Hablaban de caza, de «trofeos» y recordaban el plantel del año anterior en la mancha que iban a





batir ese día. Pronto comenzaron a criticar, tanto a otros rehaleros como a orgánicos. En esta ocasión las críticas giraban en torno a «los cabezones» o a «la artillería», es decir, a los perros «de agarre».

Estaban indignadas porque un orgánico no les permitía llevar estos perros a las monterías y unas semanas antes «un macareno se había encamado matando a media jauría». Al organizador no le perjudican estas muertes, lo que le interesa es que haya pocos agarres para que los tiradores tengan más opciones. Pero un «buen perro» puede costar entre 500 y 1000 euros y los rehaleros quieren tenerlos protegidos con los perros «de presa». También criticaban a las hermanas Santana, que en una sola rehala llevaban hasta cinco perros «de agarre» y «a ellas nadie les dice nada».

Después llegó el momento de presumir de sus perros «de infantería». Una joven extremeña comentaba que uno de sus dogos argentinos tenía la costumbre de agarrar a los jabalíes mordiéndoles las orejas. Pero tenía tanta fuerza que frecuentemente se las arrancaba dejando libre al animal. Nieves, la mujer de David Quintero contó que Chepa, (el perro de Ricardo, uno de sus hijos) un presa canario bardino oscuro de 4 años, mordía la cabeza y se podía escuchar el crujido del cráneo





de las «reses», incluso de los jabalíes adultos, algo que comprobé yo mismo.

Un matrimonio veterano

En una montería de la temporada 2022-2023, mientras esperábamos la orden de suelta, se escucharon unos ladridos agresivos procedentes de una furgoneta seguidos de unos gritos. Fui a ayudar a separar la pelea. El dueño de la rehala estaba acompañado de su mujer. Ambos tenían 65 años y comenzaron la rehala en 1980. A él, Jesús Marín, lo había visto en varios vídeos de Youtube donde mostraba sus instalaciones en un pueblo de Sierra Morena conocido por su tradición rehatera, Villaviciosa de Córdoba. Lo saludé por su nombre.

—¿Nos conocemos? —me preguntó.

—He visto en internet dos entrevistas tuyas, me parece muy interesante tu historia, las décadas que llevas monteando, la tradición de familia... —le respondí.

Enseguida se unió su mujer a la conversación. Disfrutaba tanto acompañando a su marido como él monteando, pero ella siempre se quedaba en la furgoneta por si le traían algún perro herido.





Me sorprendieron dos cosas sobre los perros que componían su rehala. Una, que entre sus podencos cerdeños de orejas enveladas había tres drahthaar. Conocía esa raza, ya que durante un tiempo tuvimos en casa una drahthaar de acogida y había leído sobre su versatilidad en la caza menor, servía para «pluma» y «pelo» y era «perro de muestra» y «cobrador»; pero no esperaba ver una variedad de braco en una montería.

También me sorprendió que no hubiese ningún perro «de presa». –Los perros de agarre no duran nada, los matan enseguida los cochinos y yo lo paso muy mal. Han muerto muchos perros en mis brazos, no quiero pasar por eso más veces –me dijo.

Su explicación me resultó extraña porque generalmente los guías quieren tener al menos dos perros «de agarre» para proteger al resto de la jauría y a sí mismos cuando se abren paso con el cuchillo. En teoría, la función de los rehалeros no es matar animales, sino dirigirlos a las posturas; pero lo cierto es que la mayoría disfrutaban especialmente con los agarres y clavando el cuchillo.

Tuvimos una conversación cómoda durante media hora aproximadamente. Cuando me gané su confianza les pregunté si podía ir a su perrera con el cámara a tomar imágenes y, como esperaba, me dijeron que sí. Pero no solo eso, toda su familia





estaba vinculada a la caza. Su hermano tenía una empresa cárnica dedicada a procesar animales procedentes de cacerías y en el pueblo había más de doce perreras, cada una con varias rehalas. Si íbamos al pueblo, él se ocuparía de ponernos en contacto con el resto de rehaleros, entre ellos con su hijo y con otros familiares.

La espera

El tiempo de espera hasta la suelta es muy variable. Si los rehaleros han quedado fuera de la finca, en cuanto el capitán de montería informa de que ya están las armadas preparadas se dirigen a sus lugares y en menos de 20 minutos pueden recibir la orden de abrir los portones. En otras ocasiones teníamos que esperar más de una hora.

Durante ese espacio de tiempo los rehaleros hacían los últimos preparativos y colocaban los chalecos de protección a los perros «de agarre». Eran chalecos de cuero grueso que recordaban a un palimpsesto por tener grabadas en su superficie las marcas superpuestas de numerosos enfrentamientos con jabalíes.

Ese lapso de tiempo lo utilizaba para hacer contactos y para valorar con qué rehala nos intere-





saba estar. Lo prioritario era que quien guiaba no hiciera muchas preguntas.

Todos los perros de las rehalsas llevan un collar ancho de cuero que les protege parcialmente el cuello de posibles cortes de jabalíes. En esos collares suele estar grabado el nombre de la rehala y el número de teléfono por si se pierden. Nosotros tratábamos de evitar las rehalsas que tuvieran esta información en los collares porque al publicar las imágenes pensábamos que podía generar algún problema legal y no queríamos que algún activista les llamase por teléfono.







LA JORNADA

La suelta

La montería empezaba con la señal de suelta. Antigualmente se utilizaba un cohete, en la actualidad el capitán de montería da la orden a través de la emisora de radio. Los rehaleros abren simultáneamente los portones de sus vehículos y los perros se extienden entre los jaguarzos y riscos como el fuego en una pradera seca.

En un instante el monte pasa de la calma absoluta a la total agitación. Los animales que ahí viven escuchan los ladridos aproximarse desde diversos puntos y pronto los primeros disparos de rifle se dejan oír en un radio de varios kilómetros. La primera forma de sufrimiento que generan los cazadores a sus víctimas es de carácter psicológico: pánico.





A Aitor y a Javi el primer día les cogió por sorpresa debido a lo rápido que sucede. Estaban tranquilamente documentando «la suelta» y en pocos segundos se habían quedado solos frente a la furgoneta vacía.

A partir de ese momento los perreros tienen que llevar su jauría de forma coordinada con el resto de rehaleros. «Una mano mal llevada puede apretar las reses a una sola armada, en lugar de esparcirlas por el cazadero para que tiren todos los puestos».

Los rehaleros están gritando continuamente durante horas para animar y guiar a la jauría. Son gritos vacíos, sin información: «Eeeaaaah, tuuuuuusha, cooooochooooo...». No paran a descansar y deben ir campo a través, nunca por senderos. El terreno variaba en función de la finca, pero donde estuvimos era muy habitual la presencia de rocas duras y con aristas, fundamentalmente dolomías y calizas que en algunas laderas se acumulaban en canchales inestables que al cruzarlos generaban desprendimientos y torceduras de tobillo.

Las zonas de vegetación más densa eran las más proclives a albergar algún animal escondido, especialmente jabalíes. Para esas situaciones en





la jauría había siempre al menos una collera¹⁵ de menor tamaño. Si de la maleza se oía una ladra de parada o una ladra de agarre, el perrero tenía que abrirse paso con los zahones, independientemente de si estaba compuesto por aliagas, zarzas, tojos o retamas.

El papel de los rehaleros no era solo conseguir que huyeran los animales hacia las armadas. Si encontraban a un animal herido tenían el derecho de rematarlo para que no se alejara demasiado del puesto que había hecho «la primera sangre». También tenían que señalar la posición de los cadáveres atando una cinta de plástico a una rama cercana y si el animal pesaba poco debían subir el cuerpo a la rama para que los arrieros lo encontraran y los perros no destrozaran el cuerpo sin vida estropeando la imagen del futuro plantel.

El trabajo fotográfico

Desde el principio dejábamos claro a los participantes que nuestra intención era documentar el proceso sin influir en él. No queríamos que nos esperasen para entrar a matar al animal. En pri-

15 Collera es una pareja de perros de características similares, generalmente de la misma raza.





mer lugar, porque un fotoperiodista no debe alterar la escena, sino que se debe limitar a contar los hechos a través de imágenes. En segundo lugar, y no menos importante, porque eso solo conseguiría alargar el sufrimiento de la víctima y posiblemente generar heridas a algún perro.

Mi función y la de Javier era acompañar a Aitor, ayudarle a llevar el equipo fotográfico y dar conversación a los guías para que Aitor pudiera estar concentrado en tomar imágenes. Todo era muy dinámico e impredecible. Lo que más interesaba fotografiar eran los agarres y los perros heridos, pero los agarres duraban poco tiempo y solían ocurrir entre la maleza. Las ramas no solo complicaban el acceso de Aitor, también proyectaban sombras que contrastaban con la luz y dificultaban que la fotografía reflejase con claridad lo que estaba ocurriendo. Además, era muy peligroso acercarse a un agarre sin que el jabalí estuviera completamente inmovilizado. A veces se veía literalmente a los perros volar por el empuje de un jabalí con su hocico, algo que frecuentemente iba acompañado de un corte con los colmillos. Las heridas, tanto para los perros como para nosotros, podían ser fatales. En la finca no había equipo médico ni veterinario y las ambulancias no podían acceder a esos terrenos.





La responsabilidad de Aitor era mayor, tenía que grabar vídeo, hacer fotos para Animaturales y CAS International y además tomaba imágenes para que yo pudiera entregar a los rehateros. Tenía que buscar un ángulo que no le situase a contraluz e intentar no sacar rostros de los cazadores. En ocasiones estaba haciendo fotos, pero se daba cuenta de que lo que estaba ocurriendo era más interesante reflejarlo en vídeo, o al revés.

Valoramos otras opciones. Dado que los perros siempre llegaban a los agarres antes que nosotros, estuvimos buscando en internet opciones de cámaras que se pudieran fijar a un chaleco canino. Finalmente, Aitor y Javier pidieron permiso a un rehatero y lo intentaron con una GoPro, pero en menos de dos minutos se golpeó con una rama y la cámara estaba en el suelo.

Cogemos la cámara

Para aumentar las posibilidades de tomar imágenes interesantes llegó un momento en el que decidimos que, aunque aumentaba nuestro riesgo, Aitor iría con una rehala y su compañero (Javier o yo) con otra. Obviamente nuestro equipo no tenía nada que ver con el suyo, ya que nosotros usábamos un móvil pero que nos permitía hacer las





fotos que yo les enviaba días después a los cazadores o vídeos que podrían usarse en redes sociales. Incluso el único agarre a un ciervo que aparece en el vídeo que se publicó al finalizar la investigación «Monterías, la caza con perros al descubierto» lo grabé yo.

Participar en las grabaciones me generó dos momentos de tensión. Estando con la rehala de Ricardo, uno de los hijos de la familia Quintero, vi que había quedado atrás una muflona muerta y un perro estaba aprovechando el agujero del disparo para sacarle el intestino y comérselo. Puse una excusa para regresar y comencé a grabar la escena. Ese tipo de imágenes se omiten en los vídeos de caza, era un plano que solo podía interesar a alguien que quería mostrar precisamente lo que se oculta de la caza.

Estaba totalmente concentrado en regular la luz y que la cámara estuviera estable tomando planos desde diferentes ángulos cuando Ricardo me gritó desde una roca, a tan solo dos metros de mí. —¡Qué haces con la primala! ¿Vamos o qué?

Afortunadamente, no me preguntó por qué tenía interés en grabar eso pero estoy seguro de que por un momento sospechó de mí.





Improvisando

Más tensa fue otra situación que viví cuando acompañaba a la pareja Paloma y Evelio Prieto. Su jauría había hecho varios agarres, pero no los había podido grabar bien porque se habían producido entre arbustos y las ramas se interponían con la cámara o porque había llegado demasiado tarde. A Evelio le hacía ilusión salir en el «documental» que íbamos a hacer y le fastidiaba oírme decir que no servía el plano.

Pero hubo un agarre que lo cogí perfecto. Pude sacar al jabalí chillando, rodeado de perros que le mordían, cómo entraba el rehalero con el cuchillo, dejaba de gritar el jabalí y el matrimonio daba a la jauría la orden de soltar: «¡Muertoooo!» «¡Vaaaleeee!». Tenía toda la secuencia.

Continuamos el trayecto mientras Evelio comentaba –¡Qué lance más bonito! ¡Ha sido precioso! Menudo navajero– y se liaba un porro *in itinere* para celebrarlo. Yo mientras revisaba lo que había grabado. Se encendió el canuto, se giró hacia mí y me preguntó:

–¿Lo has grabado?

–Lo tengo perfecto –Les enseñé el vídeo y les encantó.

–Oye, pásamelo, que no tengo ningún lance como este en vídeo y éste es espectacular.





Me bloqueé. Le dije que sí, pero no podía hacerlo, de ninguna manera. Javi, Aitor y yo habíamos pasado horas pensando en posibles situaciones difíciles, pero no habíamos caído en esta. Yo llevaba un teléfono antiguo que había rescatado de un cajón con la tarjeta y el número que me había proporcionado Animanaturalis. Era el que utilizaba para comunicarme con los cazadores, pero las imágenes las tomaba con mi móvil, que tenía una cámara mucho mejor. El problema de pasarle el vídeo por Whatsapp no era solo que ya no lo podría utilizar Animanaturalis (podrían denunciar diciendo que las imágenes eran suyas y no queríamos dejar ningún hueco legal que justificase una denuncia). El problema era que tendría mi número de teléfono personal y, de todos los cazadores que había ahí, el que más peligroso parecía era Evelio Prieto. Otra opción hubiera sido pasar el vídeo de mi móvil personal al móvil de la investigación y de ahí reenviarlo, pero eso hubiera vinculado los dos teléfonos, algo que tampoco era prudente.

En esa zona había cobertura, tenía que pensar otra excusa para no enviarle el archivo y tenía que hacerlo cuanto antes. Dije que en realidad yo no era el único propietario de la productora, que tenía un socio y que el socio quería revisar todo el material que pasaba a los cazadores porque si se





iba a utilizar para el documental tenían que ser imágenes inéditas y esas imágenes muy posiblemente fueran a ser seleccionadas.

–Tienes mi palabra de que no lo voy a hacer público, es solo para verlo en casa con la familia y amigos –me insistió.

–Lo siento, pero es que ya he tenido alguna discusión por estas cosas con mi socio. Si lo descartamos, te lo mando en unos días; si no, lo verás en el documental.

El Ingeniero

El 6 de diciembre de 2022 amaneció nublado y con previsión de precipitación en la provincia de Ciudad Real. La cacería no se detendría si llovía, pero Aitor no podría sacar la cámara. Si no llovía, las condiciones de luz serían mucho mejores para fotografiar los agarres. Afortunadamente, llovió muy poco rato y con muy poca intensidad.

El día en el que acompañé al Ingeniero y al Piti-llo me había separado de Aitor. Mientras caminábamos bajo la protección de pinos y carrascas el Ingeniero mantenía su soliloquio. Cada vez que uno de sus perros surgía entre lentiscos, jaras o retamas él me contaba su historia.





–Mira, esta se llama Olona, porque coincidí con Macarena Olona¹⁶ en una montería y le llamó la atención la perra, que era cachorra. Me preguntó su nombre y como aún no tenía la bauticé en ese mismo momento en su honor. Y esta alana me la regaló un guardia civil de mi pueblo después de que le matase siete ovejas. Claro, a estos perros que están picados al muflón¹⁷ no los puedes acercar a una oveja.

Comentó que el fin de semana anterior había disfrutado del mejor lance de su vida.

–¡Y en mancha abierta! ¿Verdad que sí? –dijo mirando hacia el Pitillero. El otro asintió mientras tiraba una colilla humeante al suelo y se encendía otro cigarro–. Arrinconaron cuatro cochinas, cada una con al menos siete jabatos y lechones. Estaban completamente rodeadas, veías a los rayones gritar mientras se metían entre las cochinas, pero no tenían nada que hacer. Cuando habíamos matado a todas las madres dejamos que los perros gozasen con los cochinillos que quedaban. Era un espectáculo verlos correr detrás de ellos. Nosotros no hacíamos nada, solo ver cómo disfrutaban los perros hasta que no quedó ni uno.

16 Ex diputada del partido ultraderechista Vox.

17 El muflón es el animal del que procede la oveja tras miles de años de selección artificial, igual que el cerdo procede del jabalí y el perro del lobo.





Contaba que esa temporada estaba siendo muy buena pero «con tanto cochino es raro que no me toque remendar a algún perro». Me enseñó su botiquín.– No te imaginas los arreglos que he llegado a hacer yo, tengo más práctica que un veterinario; otros compañeros me traen los suyos para que les haga la costura. Aun así, en lo que llevamos de temporada ya me han matado cuatro.

A pesar de todo, ninguno de sus perros «de agarre» estaba protegido con chaleco.

–He visto morir muchos perros con chaleco, solo sirve para darles calor y que se muevan peor.

No lo hacía para ahorrar dinero, pues los collares de sus perros no llevaban cencerillos sino GPS de la marca Garmin y cada uno costaba 300 €. Estaban asociados a una pantalla que reflejaba la localización de cada uno y le aportaba, entre otros datos, la información complementaria o la distancia recorrida por cada uno. Al final del día algunos superaban los 30 km. Cuando me lo dijo, pensé en el calor que hacía y en que no había ningún lugar en el que pudieran beber.

Hubo un momento en el que un cruce de dogo argentino con paterna se me acercó por detrás. Lo acaricié. Él me seguía y cuando dejaba de acariciarle, me daba con el morro para que continuara. ¡Pero qué perro más cariñoso! El Ingeniero se giró





e hizo el amago de darle una patada mientras le levantaba la voz.

–¡Que te mido el lomo!

El gesto fue suficiente para que el perro saliera corriendo. Cambió el tono de voz para aclararme:

–Los únicos perros que pueden estar cerca del guía son los de agarre, por si viene un macareno y tienen que echar el pecho. El resto en el resaque. Y nada de ir en fila por la misma trocha, están para barrer todo el cazadero.

Y comenzó a explicarme las distintas funciones de sus perros comparándolos con los miembros de un equipo de fútbol.

–El entrenador soy yo. De portero tengo una collera de alanos. Es importante una defensa fuerte pero más ligera, por eso cruzo dogo argentino con paternereros o llevo algún boxer. Como centro del campo puedo llevar paternereros puros, podencos o sabuesos y otros cruces. Por último, mis delanteros tienen que ser rápidos y ligeros, ahí yo pongo podencos con un buen latido de persecución para avisar a los puestos de que se acerca la pieza.

La conversación se interrumpió con un ladrido nervioso.

–¡Mira, ahí lo tienes! ¡Esa ladra es a parado! ¡Y está cerca! Este agarre lo vas a poder grabar.

Fuimos corriendo en dirección al ladrido. Nos encontramos con un sabueso frente a un jabalí





inerte y ensangrentado. Era evidente que ya estaba muerto.

–Me cago en la puta. Otra vez lo ha vuelto a hacer. Es un perro joven, pero ya tendría que haber aprendido a no latir a parado cuando el bicho está muerto. Me engaña a toda la rehala y me estropea la mano. Hay algunos que ya no le hacen caso y no acuden a su llamada. El día que encuentre un guarro vivo se va a quedar solo. Esto va a ser como Pedro y el lobo. Y como no espabile pronto mal futuro le espera, porque a mí no me sirve un perro de rastro que no sabe cómo ladrar en cada ocasión.

Yo me había documentado bastante sobre razas de perro usados en montería y podía mantener una conversación de bastante nivel sobre ese tema. Había estudiado no solo razas españolas, también razas francesas, alemanas o inglesas que utilizaban ocasionalmente. Pero me confíé demasiado.

–Y ese urraco¹⁸, ¿de qué es cruce?» –le pregunté para seguir la conversación.

–¡Qué dices de cruce! ¡Es un naveño como la copa de un pino! ¡La raza de montería extremeña! Procedente de Navatrasierra por cruces de poden-

18 Urraco es un término que se utiliza para referirse a un perro blanco con manchas negras.





cos con mastín extremeño, aunque hay quien dice que se creó cruzando mastines ligeros con alanos y con carea leonés. ¡No me digas que no conoces esta raza!

Sentí que había nombrado la sogá en casa del ahorcado. Intenté arreglar la metedura de pata.

—Sí, he visto estos perros antes, pero no sabía que se llamaban naveños.

Después del momento de tensión pensé que simplemente se dio cuenta de que pretendía aparentar saber más de lo que sabía, pero no sospechó sobre quién era yo realmente y para qué estaba ahí. De hecho, creo que para él fue una oportunidad de demostrar quién era el experto realmente. Le hizo sentir bien.

Malditos bastardos

Media hora después del incidente en el que Evelio Prieto perdió los papeles puse una excusa y fui a buscar a Aitor, que estaba acompañando a la rehala más próxima, la del otro rehالero. Subí unos pocos cientos de metros por la solana pedregosa guiado por las indicaciones que me transmitía mi compañero a través de la emisora de radio. A medida que ascendía, la vegetación perdía densidad. Entre las resbaladizas lajas de esquistos





apenas unas pocas olivardas y algunos guillomos habían conseguido fijar sus raíces.

La recova Forcallo estaba guiada por Héctor García y Lucas Galindo, sus dos propietarios, y Marisa Escallón, una amiga del mismo pueblo, Quintana de la Serena. Ella había asistido desde pequeña a monterías pero esta era la primera vez que portaba un cuchillo de remate en su cinturón. El trío iba perfectamente conjuntado, con zahones de cuero, el cuchillo en la cintura y una camisa de cuadros de raya fina con fondo blanco. Ella era la única que no llevaba gorra o chaleco de color naranja aposemático para aumentar la visibilidad. El resto del vestuario era igual, incluida la indefectible pulsera con la bandera de España.

Sentí que nos habíamos equivocado al unirnos a esa recova. A medida que avanzábamos se escuchaban sonidos de disparos y chillidos de jabalí procedentes de lugares alejados. El trayecto que les habían asignado transcurría por un terreno sediento y casi desnudo de vegetación. Con las primeras lardas de la jornada los jabalíes buscan siempre matorral denso donde esconderse y ahí apenas se veía alguna coscoja aislada, herbáceas secas y unos pocos núcleos arbustivos entre las dispersas quercíneas. El único papel que podían desempeñar los perros era el de «empujar las reses» a los puestos. No preveía agarres.





Nos aproximamos a una masa tupida de jaras flanqueada por una muralla mellada de tojos. Con nuestros sentidos no podíamos adivinar que ahí, aterrorizada e inmóvil, se ocultaba una jabalina joven.

En la película *Malditos bastardos* se presenta al personaje Hans Landa, un oficial de las SS apodado el Cazajudíos, con una escena de máxima tensión. En busca de la familia judía Dreyfus se dirige con sus soldados a una cabaña en la campiña francesa. Ahí tiene lugar una conversación en la que arrinconan psicológicamente a Pierre LaPadite, el propietario. Sentados y separados por una mesa, como si estuvieran jugando una partida de ajedrez, Landa le informa sutilmente de las consecuencias de proteger a personas judías.

En un cambio de plano descendente se muestra la silueta de una niña a la que una mano le tapa la boca para que no haga ruido. La familia Dreyfus se encuentra escondida en el pequeño espacio del entresuelo de madera. Desde ahí, entre las rendijas de las lamas, pueden observar lo que está ocurriendo a medio metro de distancia, pero aunque son plenamente conscientes del peligro, no comprenden la conversación porque hablan en inglés.

El granjero, acorralado, se ve forzado a confesar el lugar en el que se esconden. El oficial nazi





ordena entrar a sus soldados, les señala el suelo y les indica que disparen.

Mejor que mis palabras esa escena transmite la situación que vivimos. Los rehateros hacían el papel de Hans Landa, los perros eran los soldados, Aitor y yo éramos Pierre LaPadite o sus hijas que observaban sin actuar y la jabalina era la familia Dreyfus. La única disparidad relevante es que en el film, Shoshanna, una de las hijas, logra escapar. En la escena real, la jabalina no tenía ninguna oportunidad.

A veces pienso cómo es posible que la sociedad no quiera ver las similitudes teóricas y materiales entre el racismo y el especismo. No debería extrañarme tanto ya que Tarantino, el director de esa película, en el genocidio palestino que comenzó en octubre de 2023, viajó a los territorios ocupados por el Estado sionista de Israel para visitar una base militar con el objetivo de «subir la moral» de los autores directos de la masacre. A finales de 2025, cuando los supremacistas judíos ya habían asesinado a más de 80.000 personas, declaró desde su mansión de Jaffa¹⁹ que «sería sionista toda su vida».

19 Ciudad rebautizada por los colonos sionistas como Tel Aviv.



Celebración del primer asesinato

Fue su propio olor el que delató a la jabalina al golpear la trufa de una curtida grifona de ojos zarcos. Tras la «ladra a parado» llegaron los perros «de presa». El primero fue un cruce de *bull terrier* y *american staffordshire terrier* blanco y negro de siete meses que había estado antes molestando a los perros de Prieto. No discriminaba por sexo o tamaño, se subía encima de cualquiera para montarlo y no retrocedía ante sus advertencias. Sin importarle las espinas, atravesó los tojos y desapareció en el jaral para lanzarse hacia la jabalina. Él solo, a pesar de ser más pequeño, la abordó e inmovilizó en cuestión de segundos.

Tras un podenco peliduro de capa baya y un «cruza» se abrió paso el rehalero más fornido. Comprobó que no suponía ningún peligro y ordenó a su compañera que lo matase. Al principio se negó, pero no fue necesaria mucha insistencia para que se adentrara en la maleza y clavara el cuchillo. Lo hicieron con tranquilidad, él le indicó el punto exacto para alcanzar el corazón y ella la ejecutó.

Arrastraron al animal sin vida fuera de la isla de vegetación. Hubieran podido levantar el cuerpo si el *bull terrier* hubiera accedido a soltar. Quedó tendido en el suelo. Los dos amigos se miraron con





complicidad, uno inmovilizó a Marisa agarrándola desde la espalda.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Por favor, no!

El otro, mientras sonreía, se agachó hacia la jabalina, y sumergió sus manos en la sangre que seguía emergiendo escandida de la herida. Se dirigió a ella y le cubrió la cara con el líquido aún caliente. Repitió el proceso varias veces hasta que la camisa blanca e inmaculada y su pelo largo y rubio adquirieron el color de su rostro. Sin dejar de acosarla, la soltaron con una advertencia:

—Pues espérate a la junta, ahí sí que nos lo vamos a pasar bien contigo. Te vamos a cubrir de tripas, de sangre y harina. A ver lo que sentencia Borrero.

Yo supe enseguida lo que estaba pasando. Había visto en internet y en revistas de caza fotos de ese ritual. El noviazgo montero se celebra siempre que alguien mata por primera vez a un animal de «caza mayor». Pero la situación seguía siendo incómoda, les pedí que me dejaran hueco para hacerle fotos a ella. La dejaron y ella accedió a ser fotografiada. Dos días después, cuando revisé el correo electrónico de Maneto Visuales vi que ese mismo día me había escrito para pedirme las imágenes. En cuanto se las envié, las subió a su cuenta de Instagram. Estaba orgullosa. Esa sangre que le



cubría la cara era la prueba de que oficialmente ya era una montera.

En realidad ellos se habían saltado el protocolo que marca la tradición montera. El acto del noviazgo no se produce hasta finalizada la cacería, en la junta de la carne, cuando están todos los rehaleros y el plantel preparado. Es entonces cuando se ata a la novia o novio a un árbol y se celebra un juicio parodia en el que el orgánico o el capitán de montería desempeñan el papel de juez y otros amigos cumplen los roles de defensa, acusación y jurado. Después, el juez dicta una sentencia que consiste en alguna «novatada» en la que se utiliza el cadáver de un animal, preferiblemente el que ha matado a la persona «juzgada». Tras cumplir la sentencia se le entrega un título que le reconoce oficialmente su condición de montero.

Al buscar en internet imágenes de «noviazgo montero» se pueden ver vídeos y fotografías que muestran exactamente en qué consiste. Habitualmente el castigo por «haber matado a un animal inocente» es cubrir al nuevo montero o montera con sangre y vísceras de ese mismo animal. Si es un jabalí le cortan la cara y las orejas y se las ponen a quien en ese momento llaman «el reo». Esto puede ir acompañado de lanzamiento de huevos o harina. El castigo no es menos severo para niños y niñas de diez años.





Antes de irnos del lugar consiguieron separar al joven perro «de agarre» de la jabalina, la colgaron de la rama de una encina cercana y ataron en ella una cinta de plástico para señalizar el cadáver, pero el perro no estaba conforme y comenzó a saltar para recuperarlo. Cuando nos fuimos, él seguía saltando.

Comenté que me había llamado la atención el comportamiento de ese perro, parecía que le habían dado un estimulante y no tenía ningún cuidado en los agarres, parecía que no era consciente del peligro.

—¡Ja, ja, ja! Sí, este perro es hiperactivo. Parece que se ha metido *speed*. Es su tercera montería y con su forma de entrar a los cochinos ya te digo que no acaba la temporada. He tenido varios perros así y ninguno ha vivido más de un año.

La familia Quintero

El 15 de enero de 2022 Aitor y Javi no eran los únicos novatos en una montería. Junto a ellos había un dogo argentino de unos 8 meses que salía por primera vez a montar con la rehala de David, el hijo mayor de la familia Quintero (y que tenía el mismo nombre que su padre). Según les dijo, para ser el primer día el cachorro lo había hecho muy





bien. Cuando vio a los adultos morder a un jabalí él encontró un hueco para unirse.

En la siguiente temporada, el 29 de octubre de ese mismo año, volvieron a coincidir con esa rehala. El dogo había crecido pero le seguía faltando experiencia: aún no había aprendido a morder a los jabalíes de forma segura. Según decían, tienen que morder de los bellos y colocarse en paralelo, pegando su costado al de su víctima, de modo que cuando su víctima embiste no puede clavarle los colmillos. Pero ya en el primer agarre se colocó enfrente y a cada cabezada que daba el jabalí cortaba la piel del inexperto dogo.

Aquello parecía una carnicería. Quintero estaba visiblemente afectado. Un órgano asomaba parcialmente del abdomen. Echó un desinfectante en el tejido y lo revisó.

—Si ha pinchado el intestino, me lo ha matado.

Era el diafragma. Javi y Aitor vieron cómo lo metían dentro del cuerpo del animal, lo grapaban y volvían a poner desinfectante.

Dejaron al perro atado a un pino mediterráneo. Querían que guardase reposo, pero consiguió zafarse y a los pocos minutos estaba de nuevo acompañando al grupo. Varias semanas después mis compañeros volverían a coincidir en otra montería. El perro había sobrevivido.





Ese mismo día con la rehala de David Quintero (padre) presenciaron una escena que parecía de película de terror. Un jabalí exhausto acosado por la jauría vio en una pequeña charca su única posibilidad de refugio, que sería el lugar en el que se le quitó la vida. Detrás de él los perros entraron en el venero y la hoja de metal entró de lleno en su cuerpo. El rehالero, para que Aitor no tomara esas imágenes, arrastró al jabalí de nuevo al agua. Pisó la cabeza del animal, sumergiéndola de tal manera que vieron cómo salían las burbujas del último aliento.

En el recuerdo de Javier queda otra escena trágica. Ocurrió el 4 de febrero de 2022, en Toledo. Seguían a otro rehالero onubense y a su sobrino, que llevaba monteando desde los 16 años. El sobrino corría tan rápido que cuando llegaron Aitor y Javi, ya había acuchillado al animal y no podían tomar imágenes.

Pero dio la casualidad de que vieron cómo los perros se abalanzaban sobre una gama que había sido disparada y aún le quedaba algo de vida. Aitor corrió para recoger la escena. Los gamos, al contrario que los jabalíes, eran desmembrados por los perros con gran facilidad. Enseguida le abrieron el abdomen y de ahí sacaron un feto plenamente formado y vivo que empezaron a descuartizar y





engullir. El rehalero, sorprendido al ver que quería grabar esas imágenes grotescas, lo impidió.

—¡No grabes eso! ¡Como lo vean los animalistas...! ¿Para qué quieres grabar eso? Es una guarrada.

Al llegar la montería a su fin, una rehala entera estaba persiguiendo a un jabalí por una ladera solambría, y el collar de uno de los perros se enganchó en una carrasquilla. El perro, asustado, chilló y se agitó desesperado. Los otros perros de la rehala que vieron cómo el jabalí había escapado se volvieron a atacar al perro atrapado con tal virulencia que uno de los guías lo dio por muerto. Estaba aterrorizado, herido y magullado, pero sobrevivió.

Otro perro de una rehala distinta estaba asfixiado y deshidratado por el calor y había otro que cojeaba. Los rehaleros le pidieron a Javi que se quedara con esos perros hasta que acabara la montería. Luego los recogerían.

Las Santana

Santana es otro apellido muy conocido en el mundo de la montería. No solo por las décadas de recorrido de Juanjo, el padre, también porque hay varias cuestiones en esa familia de Abenó-





jar que llaman la atención. Sus hijas, Yolanda y Erika, dos mujeres jóvenes de unos 25 y 28 años le han tomado el relevo. En sus rehalas hay una desproporción de perros «de agarre», no solo los habituales dogos argentinos y alanos, también cuentan con otros perros «de presa» menos habituales: varios gran danés y bóxer. Además, la hija de Erika, con ocho años, ya acompaña en las cacerías a su madre, a su tía, a su tío y a su abuelo.

Yolanda tiene 18.000 seguidores en Instagram. No se acerca a María Pérez, pero puede decirse que en el entorno de la montería al igual que todo el mundo conoce a Borrero, también conoce a las hermanas Santana.

La vida de la familia gira completamente en torno a la caza. Todos los fines de semana desde que se abre la veda los pasan en el monte desde el amanecer hasta el anochecer. Y, dado que tienen varias rehalas, es habitual que asistan a diferentes monterías en el mismo día.

El segundo día de montería de la infiltración, el domingo 16 de enero de 2022, Aitor y Javier fueron con las dos hermanas y su padre. Eran educadas, atentas y protectoras. Les indicaban dónde colocarse cuando venían los jabalíes para que no les pasase nada y les pedían que fuesen detrás de ellas para que estuvieran protegidos.





Eran de estatura pequeña, pero corrían incansablemente. Cuando los perros agarraban a un jabalí, ellas los jaleaban:

–¡Venga, los huevos! ¡Esos cojones!

En el momento en el que veían la oportunidad se lanzaban a apuñalarlo gritando:

–¡Me cago en la hostia! ¡No vais a quedar ni uno, hijos de puta!

Cuanto antes acuchillaran al jabalí, menos perros serían heridos por sus «navajas» y «amoladeras», pero también existía el riesgo de que se zafase y pudiese atacarlas a ellas. Observar a estas dos mujeres metiéndose entre los perros era bastante valorado por algunos rehaleros que lo veían como un claro signo de valentía y así se habían ganado la fama.

–Nosotras callamos bocas de esos que hablan mucho –le dijeron a Javi.

Aquel día estaban en una finca cerrada relativamente pequeña pero repleta de jabalíes. Fue una masacre. No podían escapar del cercado e iban de lado a lado constantemente, con los perros y las hermanas persiguiéndolos.

Javier me contaba una situación que vivieron ese día:

–Hubo un momento en el que una piara de unos 20 jabalíes formaron un círculo. Parecía un documental. Las crías se colocaron en el centro,





los adultos fuera. Los perros iban llegando y los rodeaban, intentando romper la formación para atacar, especialmente a las crías. Pero en cuanto se acercaban, una jabalina avanzaba varios metros y de un cabezazo los lanzaba hacia atrás, en algunos casos causándoles heridas.

Javier animaba a Aitor a acercarse para que grabase, pero las hermanas Santana y su padre querían que estuviesen siempre detrás de ellas. Además, mientras que Javier tenía más miedo de los cazadores que de los jabalíes, a Aitor le pasaba lo contrario.

Yolanda, la hermana más joven, con la que hablé mucho por Instagram y por audios de WhatsApp, me contó la situación.

—Ahí estaban los dos subidos a un chaparro mientras nosotras matábamos a los guarros de uno en uno. Hasta que no los matamos a todos no los dejamos bajar, no fueran a meterles un corte.

Ese mismo día en otro agarre, Sultán, un dogo argentino de Yolanda, quedó herido. Un jabalí le había cortado el escroto y los testículos sangraban mucho. Junajo desinfectó y grapó el tejido. Enseguida el perro estaba cazando de nuevo.











TRES DÍAS SEGUIDOS DE MONTERÍA

El gancho

Las conversaciones con Borrero eran cortas. Cada idea que le sugería le parecía bien, no ponía problemas a nada. A mediados de septiembre de 2022, justo antes de comenzar la temporada 2022-2023, volví a hablar con él. El dinero que podía aportar Animanaturalis y CAS International era limitado y queríamos aprovecharlo al máximo. Le dije directamente:

–Mira, Gerardo, como sabes yo no tengo ninguna subvención ni ayuda ni nada. Pago esto con mi dinero y si contrato a un cámara y a un ayudante quiero intentar sacar el mayor partido, porque esto me sale caro y no creo que vaya a recuperar nada. Lo hago por convicción, pero si podemos ir cuatro veces, lo prefiero a tener que ir ocho. Entonces me gustaría que me dijeras cuáles





son las mejores monterías de la temporada para grabar agarres.

Como imaginaba, me nombró las que ya habíamos seleccionado por los precios de cada puesto, las previsiones, las garantías y los cupos. Pero insistió especialmente en un gancho.— Ahí van a estar disparando como en una tirada de zorzales.

El sábado 29 de octubre únicamente participarían ocho puestos sin cupo, por lo que cada uno podía matar a todos los jabalíes que pasaran por su tiradero y sabían que había muchos en la finca. Esa montería era la más cara de la temporada en toda España: 10.000 euros por el puesto. Las expectativas eran de 100 jabalíes. Pensamos que teníamos que ir como fuese. En una jornada podríamos conseguir más imágenes que en un fin de semana. Lo cierto es que finalmente mataron 62 jabalíes y el número de agarres fue inferior a otros días. A pesar de que es muy raro que no se cumplan las expectativas fue candidata a la «mejor montería de la temporada».

Un nuevo orgánico

En cualquier caso, cuando estábamos seleccionando las monterías a las que asistir, esta era una de las principales candidatas; pero al día siguiente





su cinegética no tenía ninguna montería preparada. Esto era un problema ya que los gastos de desplazamiento hasta Ciudad Real se tenían que amortizar en una sola jornada.

Busqué en la página web «Guía de monterías» el domingo 30 de octubre para comprobar si otro orgánico había preparado algo interesante por la zona, pero todo lo que había eran fincas abiertas, sin garantías. Sin embargo, en Cádiz una empresa cinegética había organizado dos monterías seguidas el domingo y el lunes.

La finca, situada en el Parque Natural de Los Alcornocales, era conocida por los gamos. Además se matarían ciervos, muflones, jabalíes y corzos; participarían 12 rehalas, 25 puestos, cada uno tenía un cupo que le permitía matar a 7 animales entre los dos días y pagaría 6.500 euros. La finca, por supuesto, estaba vallada.

Había varios problemas, el más evidente es la distancia hasta Cádiz. El lunes 31 no era festivo y Javier tendría que pedir permiso en el trabajo. Finalmente, tres días seguidos de montería era físicamente agotador.

A pesar de todo decidieron hacerlo y Aïda Gascón, de Animanaturalis, les dio luz verde. Tuve que hablar varias veces con el nuevo orgánico para que él también diera el visto bueno. En un principio se mostró receloso, me dijo que hablaría con su





socio y que le llamase tres días más tarde. Antes de colgar le pedí que visitara el Instagram de Maneto Visuales. Entonces ya seguían la cuenta personas muy conocidas en el mundo cinegético, tenía subidas muchas fotos de monterías, fragmentos de la entrevista al Garza y el vídeo de la manifestación a favor de la caza que tuvo lugar unos meses antes y de la que hablaré más adelante. Al día siguiente, vi que la empresa de este orgánico había empezado a seguir mi cuenta y unas horas más tarde me llamó él para decirme que había hablado con su socio y que podíamos ir a cubrir sus monterías.

Tras acabar el gancho en Ciudad Real fueron directamente hacia el Parque Natural de Los Alcornocales. Llegaron ya por la noche al hostel del pueblo gaditano donde dormirían. Ahí encontraron otro problema. Habían decidido no llevar comida a la montería de Ciudad Real por si por alguna circunstancia alguien veía que era vegana. Paradójicamente, aunque la palabra «compañero» proviene de la idea de «quienes comparten el pan», estos compañeros no tenían pan que compartir. Después de toda la jornada caminando y corriendo por la sierra y varias horas de trayecto en coche sus estómagos habían decidido expresar sus quejas en forma de borborismos, pero en el pueblo podía haber hospedada más gente relacionada con la montería de la mañana siguiente y no





querían rondar los bares preguntando si tenían algo vegano. Tuvieron que alimentarse de frutos secos comprados en una gasolinera.

Sospechas

El domingo fueron los primeros en llegar al punto de encuentro. Aún combatían el sueño y disfrutaban del petricor que levantaba el rocío, cuando empezaron a llegar los primeros vehículos. Javier iba vestido de los pies a la cabeza como si fuese un cazador. Incluso, fundido en el egregor, rezó un Padre nuestro entre los señoritos. La escena gazmoña culminó con el orgánico gritando «¡Viva España!», y la consiguiente respuesta por parte del resto: «¡Viva!».

A las 9 de la mañana empezaron a aparecer los rehaleros procedentes de distintos puntos de Andalucía y Extremadura. Aitor pidió permiso para hacer fotos a los perros y ellos se lo dieron.

El mundo de las grandes monterías es muy hermético y si no se conocen directamente siempre hay conocidos en común. Los rehaleros vieron a un tipo al que nadie conocía, vestido de negro y con mascarilla, que empleaba mucho tiempo en fotografiar a sus perros enjaulados. Quizá le dieron permiso pensando que iba a hacer una o dos





fotos pero él había ido hasta Cádiz para documentar cómo estaban los animales explotados para la caza y quería aprovechar la oportunidad.

Esto generó una situación tensa con los rehale-ros, que más tarde generaría otra situación tensa entre Javier y Aitor por la interpretación de lo que había ocurrido. Las versiones entre ellos eran muy diferentes.

Según Javier, Aitor estuvo más de 15 minutos haciendo fotos sin parar, rehala por rehala, revisando perro por perro. Los rehaleiros se miraban entre ellos. Lo miraban, se reían incómodos. A Javier se le estaba haciendo eterno, era evidente que sospechaban. Llegó un momento en el que le miraron, uno se acercó y le preguntó:

—¿Vosotros sois fotógrafos o animalistas? Porque parecéis animalistas.

Continuando con el relato de Javier, Aitor no era consciente de que lo observaban. Mientras él pensaba en el plano que quería tomar, la apertura del diafragma o en enfocar, Javier pasaba de la incomodidad a la preocupación. Dejó pasar un tiempo después de la conversación y se acercó a Aitor disimuladamente para informarle discretamente de lo ocurrido. A pesar de ello, Aitor no le dio importancia y continuó haciendo fotos.

Aitor afirma que aunque obviamente no había podido controlar todos los detalles que habían





tenido lugar, sí que era consciente de que estaban sospechando pero consideró que habían ido a documentar gráficamente la montería y, a pesar de la tensión, merecía la pena el riesgo. Después de recibir el aviso de Javi pensó que no era apropiado dejar de hacer fotos bruscamente, pues podían aumentar las sospechas.

A partir de aquí vuelven a converger ambas versiones. Javier se acercó a Cisco, el rehalero al que iban a acompañar durante la montería, un granadino fornido de unos 48 años con pulseras de la bandera de España y de VOX. Su compañero era un chico joven. Estaban preparándolo todo, poniendo collares a los perros, etc. y les preguntó si necesitaban algo. Lo miraron con desconfianza y Cisco le respondió:

–Pero, ¿vosotros quiénes sois?

Le explicó que querían hacer un reportaje en defensa de la caza.

–¿Tú de dónde eres? –le preguntó sin dejarle terminar.

–De Madrid –respondió haciendo como que no entendía a qué venían esas preguntas.

–¿A quién conoces de Madrid? ¿Conoces a...? –y mencionó a alguien del que Javier, evidentemente, no había oído hablar.

–No.





–¿Eres de Madrid y no lo conoces? Muy raro eso, todo el mundo lo conoce.

–Bueno, yo estoy ayudando. –Pero Cisco ya no escuchaba la excusa de Javier. Tenía cara de enfado y buenas razones para sospechar, pero carecía de pruebas. Como el orgánico le había pedido a Cisco que permitiese que lo acompañasen, él lo acataba aunque no le hiciese ninguna gracia.

Lo siguieron hasta donde se iba a hacer la suelta. Además de la suya en ese mismo punto se soltaba otra rehala. Eran dos parejas de rehалeros y ninguno les dirigía la palabra. Estaban preparados para abrir las puertas cuando llegase la orden. Aitor estaba colocado con su cámara, Javier ligeramente retirado. De su mochila colgaba una bandera de España y una botella de oxígeno visible. Los rehалeros enseguida se fijaron en ella. Uno se acercó y le preguntó qué era. Javier respondió que Aitor tenía una enfermedad pulmonar aparentando que quería quitarle importancia a algo que en realidad era serio.

–Es grave, pero no se va a morir. Si se asfixia en alguna carrera le doy la botella de oxígeno.

A ellos que se muriese una persona de la que claramente sospechaban les era indiferente, lo que querían era saber si eran «animalistas» y esa botella de oxígeno podría explicar por qué aquel





desconocido que hacía fotos a sus perros llevaba una mascarilla pese a estar en medio del monte.

La explicación los tranquilizó y empezaron a pensar que quizás se habían precipitado con su acusación. Uno de ellos le preguntó si trabajaban para alguna productora de vídeos cinegéticos, nombrando a las más conocidas: Sol Montero, Producciones Galiano y Miradas Monteras. Javier aprovechó para darle una tarjeta de Maneto Visuales. Aunque obviamente no conocía la «productora», la tarjeta los tranquilizó más todavía y enseguida los otros tres le pidieron una.

Primera montería en Cádiz

Una vez que empezaron a montear se olvidaron de sus nuevos acompañantes y se centraron en guiar a la jauría. Hubo escenas macabras. Los perros despedazaban a los corzos, se veían cadáveres a los que le faltaba una pata y perros con la cabeza cubierta de sangre.

La temperatura era alta y el ambiente seco. A las pocas horas los perros estaban asfixiados. A algunos les tuvieron que dar una medicina para la deshidratación que los rehaleros llevaban en la mochila. Un alano de capa leonada de la rehala cayó exhausto y Cisco tuvo que cargar sus casi 40



kilos de peso al hombro el resto de la montería. No podía sostenerse en pie.

Como siempre, cuando acabó la montería Aitor y Javier me llamaron para informarme de cómo había ido el día. Me interesaba saber las imágenes que había tomado Aitor, pero sobre todo su seguridad. La situación de tensión me dejó preocupado. Yo había hablado con Cisco varias veces por teléfono y no había percibido ninguna sospecha por su parte. El plan era repetir al día siguiente con esa misma rehala en otra montería organizada por la misma empresa cinegética. Pero después de lo ocurrido no sabíamos si era mejor suspender la jornada del lunes.

Estuvimos debatiendo sobre qué hacer. Por supuesto, la decisión la tenían que tomar ellos, era su integridad la que estaba en juego. Si decidían seguir adelante, tendrían que ir con mucho cuidado. Si decidían cancelar, eso podría aumentar las sospechas y generar rumores sobre «los de Maneto Visuales». Sabíamos que había un grupo de Whatsapp con cientos de rehaleros que podía facilitar este proceso. Aitor se inclinaba por seguir adelante pero creía que la decisión debía tomarla Javier porque era él quien había hablado con los cazadores y los había observado.

Al final decidimos que yo debía tantear al rehaleiro para analizar su grado de sospecha después





de la montería. Como «propietario de la productora» llamaría al rehalero para darle las gracias por su colaboración y preguntarle por la salud del alano.

Le pregunté si «mis trabajadores» se habían esforzado, porque «me está saliendo caro este documental y me gustaría que se lo tomaran en serio». Me respondió que no habían parado de trabajar y que eran «gente maja». Luego le dije que me habían contado lo del alano y le pregunté por su salud. El perro había muerto. Se le veía afectado. Me mandó por Whatsapp una foto en la que aparecía el perro tumbado al lado de su furgoneta. Del retrovisor colgaba una bolsa de suero fisiológico del que salía un tubo que se introducía en la vena de una de las patas del perro. Le dije que lo sentía y me comprometí a mandarle lo antes posible las fotografías que había hecho Aitor que lo mostraban a él cargando a su perro a las espaldas. Por supuesto, cumplí con mi palabra.

Ese día murieron otros cuatro perros por deshidratación.

En el puesto

Al día siguiente Aitor y Javi estaban en el punto de encuentro. Las expectativas que tenían de matar





gamos eran altas pero las de jabalí eran bastante bajas. Eso quería decir que no habría muchos agares. Por ello, decidieron que se quedarían en un puesto. Aitor no tenía ninguna imagen de un animal matado por un disparo y esta era una buena oportunidad.

En el puesto había un padre y su hijo. Mataron algunos gamos; pero a pesar de «los latidos» de los perros que avisaban durante la persecución de que se aproximaban «las reses», desde que se veía a la víctima hasta que le disparaban solo transcurrían unos pocos segundos. Era muy difícil tomar imágenes que merecieran la pena. Ver como mataban animales era un sacrificio que hacían para después poder denunciar públicamente a través de documentos gráficos lo que implica la caza, pero en esas circunstancias el sacrificio era en vano.

Lo único que les aportó la jornada fue presentar algunas irregularidades: en cada puesto solo puede haber un rifle cargado y ellos llevaban uno cada uno y también está prohibido el consumo de alcohol cuando se tiene un arma y ellos bebían vino de forma abierta.









LA RECOGIDA

Llamada a recogida

Cuando los puestos han completado su cupo, el capitán de montería, a través de la emisora de radio, informa a los rehaleros de que pueden recoger a los perros. En ese momento comienza a escucharse la «llamada a recogida» de las caracolas. Algunos, especialmente los perros «de rastro», como los sabuesos y los grifones, pueden tardar más en llegar. Se orientan más por el olfato que por el sonido y frecuentemente llegan a salir de la mancha siguiendo el olor desprendido por algún animal.

En el recorrido de regreso a los coches suelen encontrarse numerosos cadáveres. Los que han sido asesinados a cuchilladas tienden a tener orificios más pequeños, pero a la mayoría los matan con balas que dejan agujeros de entrada y salida lo





suficientemente grandes como para meter uno o dos puños. Exceptuando los jabalíes, es frecuente ver cadáveres a los que les falta alguna pata arrancada por un perro o por un disparo. En una ocasión pude ver a varios jabalíes comer el cuerpo de otro jabalí.

Madre e hija

Un día, regresando al coche con Nieves, la madre de la familia Quintero, al pasar por un tiradero vimos en el suelo a una cierva con su cría al lado. La madre tenía dos disparos, uno en una pata delantera y otro en el pecho. La cría había caído con la primera bala. El tirador nos saludó sin vergüenza. Nieves me miró y dijo indignada:

–Esto no lo hace un buen montero.

Le parecía mal porque las hembras y las crías no cuentan como «trofeo» y son necesarias para repoblar en el futuro los animales que se han matado.

Pensé que lo más probable era que la madre se hubiera retrasado en la huida para esperar a su hija. Esto habría permitido al señorito hacer el primer disparo, destrozándole la pata, y con el segundo disparo acabaría con su vida. La cerva-





tilla se habría quedado con su madre y el tirador habría aprovechado para matarla también.

Para mí el problema moral era que al haber acabado con la vida de esos dos seres sintientes se les impedía disfrutar del resto de experiencias positivas que les quedaban por vivir. Nieves también veía un problema moral: con sus muertes se impedía a futuros cazadores disfrutar de conseguir buenos «trofeos». El tirador no veía ningún problema. Ese día había cupo libre para las ciervas, él había pagado 800 euros por la montería y quería rentabilizarlos al máximo.

Sufrimiento en la naturaleza

En nuestro movimiento es habitual que las campañas y las conversaciones se centren en los otros animales privados de libertad para satisfacer los gustos culinarios, de vestimenta o entretenimiento de los seres humanos. Nos olvidamos de las vidas de los animales silvestres. Es raro ver en la naturaleza a un animal anciano, algo que deja patente las dificultades que afrontan.

Quienes pertenecen a una especie R-estratega tienen una descendencia muy numerosa sin cuidados de sus progenitores y una esperanza de vida muy baja. Una cangreja de río puede poner 150



huevos y una jabalina puede parir 8 lechones. Muy pocos o ninguno llegarán a edad adulta. Si pensamos en los animales que vimos matar, su vida es realmente dura desde que nacieron: enfermedades, falta de alimento, deshidratación, temperaturas extremas... A todo esto se suma la persecución de los cazadores.

Entre los alcanzados mortalmente por una bala, los afortunados son los que mueren en el acto. Muchos son «pinchados», logran huir y mueren tras agonizar durante horas o días. Los que consiguen escapar sin ser heridos sufren igualmente el pánico de la persecución o quedan huérfanos por la pérdida de su madre u otros miembros de su familia.

Que todo este sufrimiento y estas muertes sean naturales o no, no tiene mucha importancia para quien lo padece. Mucha gente sostiene la idea de que no debemos actuar ante el sufrimiento que ocurre de forma natural. Sería interesante ver su reacción si su doctora les informa de que tienen un cáncer que «podríamos tratar con quimioterapia y salvarte la vida, pero es natural; así que vamos a dejar que mueras tras un largo e intenso sufrimiento».

A todo el mundo le parece bien intervenir en la naturaleza para construir hospitales y ayudar a seres humanos, pero cuando se sugiere intervenir





para ayudar a otros animales surge la preocupación sobre si ayudar a los demás animales puede alterar un ecosistema.

Antes de leer el libro *Liberación Animal*, cuando adelantaba en la carretera a un camión cargado de animales no sentía nada, era como adelantar un camión cargado de cualquier producto. Al interiorizar el mensaje social de que los otros animales son recursos para servirnos los había cosificado anulando mi empatía hacia ellos. Después de leer ese libro mi percepción cambió. Me preguntaba cómo habría sido su vida, cómo habrían llegado hasta ahí y a dónde los llevaban. Muchos años más tarde, caminando por esos terrenos áridos, al escuchar chillar a los jabalíes, ver huir a las ciervas con sus crías o al encontrarme por el camino un cadáver tenía los mismos pensamientos hacia esas víctimas.

Recogida de «las reses»

En el momento en el que suenan las caracolas salen los encargados de recoger «la carne». Si el terreno es irregular y con mucho matorral, los animales sin vida son arrastrados por mulas. En ecosistemas de dehesa se utilizan coches todoterreno con remolque o *pick ups*.





Dado que las monterías tienen lugar en otoño e invierno, anochece pronto y suele haber poco tiempo para coger los cadáveres. Los encargados de esta tarea, a veces llamados «pastores», deben informarse de qué puestos «han cobrado pieza» y preguntar a postores y secretarios dónde están los cuerpos. Deben priorizar encontrar las posibles «medallas». Muchos de los animales no se recogen, serán el alimento de buitres, zorros, córvidos, jabalíes, coleópteros y otros invertebrados.

Debido al tiempo transcurrido desde que le quitan la vida al animal, a veces los cuerpos están completamente rígidos por el *rigor mortis*. A pesar de ello y de las horas que han podido pasar los cadáveres al sol, todos los que se encuentran acabarán en la junta de la carne y de ahí serán cargados en una camioneta que los llevará hasta una empresa procesadora cárnica aumentando los beneficios del orgánico.

Este era uno de los momentos que más le interesaba a Aitor. Dado que es antiespecista no quería centrar su trabajo exclusivamente en los perros. Las principales víctimas de la caza son los animales a los que matan. A diferencia de los perros, tenía pocas oportunidades de reflejar su situación; esta era una de ellas y trataba de aprovecharla.





Trophy hunters

Alguien que paga un mínimo de 350 euros por un puesto al final de la jornada no mete en el maletero a los animales que ha matado para eviscerarlos al llegar a casa y conservar la carne. Eso dañaría su estatus social. En las monterías de postín el señorito no está ahí para llenar su nevera. Ni siquiera en las batidas abiertas los cazadores aprovechan la carne, pues los cadáveres suelen quedar a varios kilómetros de los vehículos y trasladar un cuerpo, a veces por superficies poco transitables, no les interesa. Tampoco buscan el «descaste» para «garantizar el equilibrio ecológico» o «evitar daños en la agricultura». Lo que quieren es llevarse «un trofeo» a casa.

Aunque cazaran por motivos ecológicos o para comerse los cadáveres sería tan injusto como matar por el «trofeo», pero es importante diferenciar entre cuál es su objetivo real y cuál es el que tratan de hacer creer a la sociedad.

Cuando acaba la montería se revisan los cadáveres de mayor tamaño con el fin de comprobar si hay «trofeos». Para ello hay unos criterios de puntuación oficiales para cada especie en función de una serie de medidas. En los ciervos miden la longitud, el perímetro y el peso de las cuernas, la longitud de las luchaderas, el número de pun-





tas, su simetría, etc. Cada medida corresponde a un número de puntos; y, si la puntuación final es suficiente, se reconoce con un trofeo que puede ser representativo o alcanzar la medalla, y dentro de las medallas será bronce, plata u oro. Como explica Catia Faria en el capítulo dedicado a la caza del libro *Especismo y lenguaje*, efectivamente la caza es un deporte; por eso, lo que se pretende lograr es un trofeo.

Lo mismo ocurre con el resto de especies de «caza mayor». La particularidad de los jabalíes es que en ellos se mide la longitud, anchura y perímetro de los colmillos o si están afilados. En el caso de los trofeos de jabalí se suelen referir a ellos como «bocas». La cosificación de sus víctimas es evidente cuando escuchas cosas como «en la montería de ayer matamos a 50 cochinos y había 3 bocas» o «me he llevado un bronce a casa».

Debido a la importancia del «trofeo», en las grandes monterías como a las que íbamos siempre había esperando un taxidermista al que los señoritos que habían conseguido un «trofeo» contratarían para que los «naturalizara» (disecara) o les quitara los colmillos y los enmarcara. Así podían colgar los restos del cadáver en el salón de su casa para que quien la visitara conociera «su logro». Después, el trofeo debía ser acreditado por un juez homologador perteneciente a la Junta Nacional de





Homologación de Trofeos de Caza que publicaría en su web el nombre del cazador, la fecha, el lugar y la puntuación. De esta forma ganaría más prestigio ante el resto de cazadores.

Los secretarios

El cargo de «secretario» puede parecer alto, pero en realidad es uno de los más bajos de la jerarquía. Su función se ve reflejada especialmente al finalizar la jornada: indican a quienes recogen los cadáveres dónde está «la carne» y evitan conflictos entre los señoritos y el orgánico.

Suelen ser vecinos de los pueblos cercanos que tratan de ganarse un dinero extra para engordar un salario bajo. Antes del comienzo se les da una libreta y se les asigna uno o varios puestos. Deben apuntar el número y la especie de animales que pasan por el tiradero y el número de animales que han matado desde el puesto o «han hecho sangre».

Independientemente de si han matado al animal o de si lo han herido y se ha ido, cuenta como parte del cupo. Supongamos que el cupo es de cuatro «reses» de las que pueden ser todo «cochinos» o un «venado» y tres «cochinos», ciervas sin cupo. En el momento en el que ha herido o matado a cuatro ciervos o jabalíes no puede disparar más,





salvo si son ciervas, que podrá disparar a todas las que pasen por su tiradero.

Pero como lo que el cazador quiere son «trofeos», puede dejar pasar a los animales de menor «categoría» sin dispararles esperando que pase una medalla y al final de la jornada haber matado a menos animales de los que ha pagado y quedarse sin «trofeo». En ese caso es posible que el cazador le mienta al orgánico diciendo que no han pasado animales por su tiradero. Si es cierto, el empresario debe devolverle el dinero que ha pagado u ofrecerle un puesto gratuito en una montería de similar categoría.

También puede darse el caso de que la bala produzca una herida pero el animal huya, lo que en ese ambiente se conoce como «pinchar». El cazador puede no contarlo como parte del cupo y tratar de hacer creer al orgánico que no «ha hecho sangre».

Por tanto, la principal tarea del secretario es controlar que los señoritos no estafen al orgánico. Cuando acaba la montería le entregan la libreta con sus anotaciones y el empresario les paga su jornal.





El plantel

Con la recogida de las «reses» se forma el plantel. Se colocan las «piezas» de forma ordenada creando la «alfombra».

La primera fila siempre la ocupan los «trofeos», en el sitio central los «oros», a continuación las «platas» y en los extremos los «bronces» y los «representativos». En las siguientes filas otros representativos de menor nivel y cadáveres de menor categoría pero con «buenas bocas» o «buenas cuernas».

Generalmente, se colocan los cuerpos sin vida completos, pero hay orgánicos que consideran que las fotografías quedan mejor solo con las cabezas del animal. Los jabalíes, debido al tamaño de su cuello, únicamente son decapitados si se quiere «naturalizar» el cadáver o «si hay bautizo de novio/a» para hacer «bromas» con la cabeza al nuevo montero.

Cuando buscaba información sobre las dos monterías de Cádiz, entré en su página web y vi fotografías de varios planteles organizados por la cinegética. En todos ellos los gamos, ciervos y muflones habían sido decapitados. Las cabezas estaban apoyadas sobre un trípode de varillas metálicas para que se mantuvieran erguidas y colocadas en orden. Detrás, los jabalíes enteros,



con una cuña dentro de la boca para mostrar sus «navajas» y amoladeras. En las últimas filas, las hembras y los bermejós.

Esto fue una de las cosas que aumentaron el interés por el viaje hasta Cádiz. Era evidente que si en los planteles solo aparecían las cabezas, en la junta de la carne se las tendrían que cortar. Documentar ese momento podía tener valor.

Pero el primer día en Cádiz tuvo lugar el incidente en el que los rehaleros le mostraron a Javier sus sospechas de que eran «animalistas». El segundo día, Aitor se subió en un todo terreno de los encargados de recoger los cadáveres y los acompañó. Pronto se pondría el sol, estaban cansados, aún quedaba mucho tiempo para acabar la recogida y Javier después tenía que conducir más de cinco horas, así que decidieron recoger e irse.

Fotografiar el plantel con cabezas o con cuerpos enteros tenía un cierto interés, pero también un riesgo. Cuando está la «alfombra» preparada todos los señoritos empiezan a hacer fotos del conjunto de cadáveres y después posan con sus víctimas, a veces junto a familiares que les han acompañado. No queríamos salir en ninguna fotografía de fondo y la imagen de Aitor, con gorra, mascarilla y su cámara podía levantar sospechas de alguno de los asistentes.





Por eso, cuando acababa la batida y algún rehaletero nos invitaba a quedarnos con el resto para comer y beber hasta que se preparara el plantel respondíamos que yo pagaba por horas y tenía un presupuesto limitado.

El valor de una vida

En una cacería la muerte estaba presente en todo momento. No era raro estar caminando con un rehaletero mientras hablábamos de temas superficiales y un minuto más tarde presenciar como el guía acuchillaba a un jabalí. El número de cadáveres que encontrábamos en el recorrido y veíamos en la junta de la carne podía variar, pero siempre eran decenas.

A veces se ridiculiza nuestro movimiento con la afirmación de que «ser antiespecista significa que valoras igual la vida de una mosca que la de un ser humano». Cuando para destruir una postura política se ataca a una parodia de la misma, lo que se destruye es la parodia pero no la postura real. Por eso, si queremos acabar con la explotación animal, debemos confrontar los mejores argumentos de quienes la practican. Hablar de los cazadores como «sádicos», «psicópatas» o «enfermos» no ayuda en nada al avance social.





El antiespecismo defiende que el sufrimiento o el disfrute se valora según diversos criterios, como la duración o la intensidad del mismo, pero no según la especie o la inteligencia de quien lo experimenta. Respecto al valor de la vida, el antiespecismo postula que tampoco se determina según la especie, sino según otros criterios difíciles de cuantificar como las ganas de vivir, el tiempo de vida que le queda, las experiencias positivas o negativas que le quedan por vivir, las consecuencias que su muerte puede tener sobre otros individuos, etc.

Un ser humano puede tener más interés por la vida, más capacidad de disfrute o mayor esperanza de vida que, por ejemplo, un ratón; así que en ese caso su vida tendrá más valor. Pero supongamos que ese ser humano va a causar gran sufrimiento en su entorno, sufre una enfermedad crónica irreversible tremendamente dolorosa y decide que no tiene ganas de vivir. Si en este caso consideramos que la vida del ratón tiene más valor, aceptamos que la vida de los humanos no tiene siempre más valor.

Desde una consideración antiespecista, si un ser humano y cualquier otro animal tienen las mismas ganas de vivir, les queda el mismo tiempo de vida, la misma felicidad o el mismo sufrimiento por experimentar, van a generar el mismo sufri-





miento o felicidad en su entorno, etc, entonces las dos vidas tienen el mismo valor independientemente de la especie.

Pero supongamos ahora que aceptamos la idea especista de que el valor de una vida humana siempre es mayor que el de cualquier otro animal por el simple hecho de que es un humano. En la vida real no nos enfrentamos a esas situaciones de elegir entre una u otra vida. Los dilemas a los que nos enfrentamos son si pasamos nuestro tiempo libre disparando animales o haciendo otra actividad; si conseguimos nuestros nutrientes del cuerpo de un animal muerto o de un alimento que no implique sufrimiento y muerte. No tenemos que elegir entre la vida de un animal no humano y uno humano, tenemos que elegir entre la vida de un animal no humano y un sabor o el placer de cazar. Si creemos que la vida de los otros animales tiene más valor que el placer que nos genera comérmolos, vestirnos con sus cuerpos o cazarlos, deberíamos ser coherentes con esta postura.











FLORA

Enero de 2022

CAS International y Animanaturalis querían que la investigación se centrara en los perros. Silvia, Javier y yo teníamos algunos días festivos en Navidad, por lo que podíamos acompañar a Aitor a documentar las condiciones en las que se mantiene a los perros «de caza».

La intención era hacer algo parecido a lo que habíamos hecho antes Silvia y yo con el vídeo «Las otras víctimas de la caza», pero las imágenes las tomaría un fotógrafo profesional. Javier había estado barriendo con Google Earth la superficie de una provincia de Castilla y León. Cuando encontraba posibles perreras marcaba el lugar en la aplicación y el fin de semana se iba a comprobar si efectivamente eran perreras y si eran accesibles.





Tras varios meses de trabajo había confirmado un total de 37 lugares.

Sabía dónde dejar el coche y qué recorrido seguir hasta los perros. Era él quien daba las indicaciones y acompañaba a Aitor a tomar las imágenes. Silvia y yo vigilábamos.

En dos días visitamos un total de 17 perreras de cazadores. Algunas eran simples vallados en mitad del monte con una superficie total de unos 7 metros cuadrados y dos o tres perros dentro. Otros eran lugares más grandes, con cheniles y decenas de perros.

Teníamos que ir por el día. Por la noche hubiéramos necesitado focos para que Aitor pudiera fotografiar las condiciones y, dado que todas las perreras estaban en exterior, se nos vería a varios kilómetros de distancia. Los ladridos no los podíamos evitar. En cuanto Javi y Aitor se aproximaban, todos los perros empezaban a ladrar.

¿Había que hacer un rescate?

Silvia, Aitor, Javi y yo creíamos que sería positivo acompañar la investigación con un rescate abierto de perros utilizados para la caza ya que aumentaría el conflicto social y la repercusión de la investigación. A esto se sumaba, obviamente, que res-





catar a un animal en malas condiciones siempre es algo bueno.

En diciembre de 2021 y enero de 2022 las conversaciones sobre esta cuestión estaban en las primeras fases de un boceto, ni siquiera habíamos compartido la idea con Animanaturalis para saber qué opinaban. Había tres posibilidades: ir a lo grande, un rescate de un solo perro o no hacer el rescate.

Cualquier rescate, grande o pequeño, implicaba inconvenientes que posiblemente no podríamos abordar, en especial contar con una estructura para cuidar a los perros y las dificultades para encontrarles un hogar. Habría que hablar con Animanaturalis para ver si les interesaba el proyecto y si disponían de esos recursos.

La primera opción sería rescatar a todos los perros de un rehaleiro, vaciar la perrera. Acompañaríamos a activistas de Animanaturalis y trataríamos de conseguir a una persona famosa dispuesta a participar en la acción (había un nombre que considerábamos viable). Esta posibilidad era la que más problemas planteaba. Dado que llevaría más tiempo, tendríamos que hacerlo por la noche y, como lo queríamos documentar, habría que usar focos. Habría que encontrar una perrera en una nave cerrada a la que pudiéramos acceder sin romper la puerta.





La segunda opción, rescatar a un solo individuo, la veíamos más viable. Podía hacerse a la luz del día, conocíamos muchas perreras aisladas en el campo y creíamos que si Animanaturalis quería implicarse encontrarían una familia adoptante relativamente rápido.

Pero, como digo, todo esto no era más que una idea, una entre tantas que surgían en nuestras conversaciones. En ese invierno nuestro tema central era la investigación, acabábamos de empezar a ir a monterías.

La vigilancia

Silvia y yo vigilábamos junto a nuestra furgoneta, aparcada en el lateral del camino que conducía a la finca. A través de las emisoras estábamos en contacto con Javier y Aitor, que se aproximaban a la nave cercada por un amplio perímetro de valla de alambre y algunas zonas de muro. Junto a la pared de la construcción había dos casetas de perro. En la primera habían encadenado a un dogo argentino y en la segunda a un alano español. En el extremo opuesto había tirado un bidón de plástico azul de unos 80 cm de diámetro, era la única protección para una podenca que también estaba encadenada. Suelta, pero en el interior del





recinto, paseaba una sabuesa con cara de asustada. Finalmente, en la parte de atrás había once cheniles más amplios de lo habitual con el suelo salpicado de numerosos excrementos y orina. Cada chenil encerraba a dos o tres perros. No había duda, como había dicho Javier, eran perros de «caza mayor».

El paisaje era de tipo bocage. Las parcelas se diferenciaban unas de otras por el color de su superficie, las más oscuras habían sido desnudadas por el arado, otras de colores más vivos cubiertas de pasto y unas pocas abandonadas habían dejado crecer ya alguna vegetación de mayor porte. En la sierra, a mucha distancia, podíamos ver un extenso coscojal. Sin tener eso en cuenta, las únicas plantas leñosas de esa tierra eran las retamas y tamarices que habían sido respetadas por su función para delimitar las propiedades.

En esa superficie casi plana teníamos un campo de visión muy amplio. Desde nuestro puesto, Silvia y yo podíamos controlar el poblado más cercano y detectar cualquier vehículo que pasara por los caminos de la zona. Debido a un pequeño desnivel, acentuado por un majano, no veíamos bien el punto en el que se encontraban Javier y Aitor. Fueron los ladridos los que nos informaron de que estaban muy próximos.





Rodearon el perímetro para comprobar que nadie salía de la nave. Después empezaron a trabajar. Aitor tomaba las imágenes, Javier le indicaba los detalles que en su visita previa le habían parecido interesantes y actuaba como vigilante de primera línea. Estuvieron unos 15 minutos.

Volvieron al coche para coger parte del equipo y regresaron a las instalaciones. Habían transcurrido tres minutos desde que nos habíamos separado por segunda vez cuando una perra procedente del recinto se acercó por un campo yermo. Supusimos que Javi y Aitor habían abierto una puerta del perímetro para entrar y la perra habría aprovechado la oportunidad para huir. Era la sabuesa que Aitor y Javi habían visto dentro del recinto.

A unos 150 metros de distancia caminaba encogida, con cara de miedo, en una línea recta paralela al camino en el que nos encontrábamos. No nos quitaba la mirada. Continuó.

Pensamos que estaba escapando. ¿Qué futuro sería peor para ella, perderse en el campo o permanecer en ese lugar? Cuando estaba lejos, giró hacia la nave de nuevo en línea paralela al camino, pero esta vez su trayectoria pasaba por el campo contiguo al nuestro, a 50 metros de nuestra posición, y su cuerpo estaba más encogido, como si quisiera hacerse pequeña. Seguía observándonos.





Pasó de largo dirigiéndose a la nave. Nos fijamos en un coche que se acercaba por un camino perpendicular al nuestro. Avisamos por radio a Javi, ambos retrocedieron moderadamente. Si el vehículo giraba hacia el camino en el que nos encontrábamos casi seguro que sería el propietario. No lo hizo.

Nuestra labor era esa, controlar posibles peligros alejados de la posición de Aitor y Javi. La vigilancia de las zonas más próximas, fundamentalmente la nave, era tarea de Javi. Por eso no vimos el momento en el que la perra había cambiado de sentido y se aproximaba con la misma actitud tímida. Su trayecto se distanciaba del camino y, por tanto, de nosotras, tan solo a 20 metros. Nos estaba analizando.

Una vez más superó nuestra posición y volvió a girar, pero en esta ocasión la trayectoria no era paralela al camino, era una recta directa hacia donde nos encontrábamos. Caminaba más lenta, más encogida, con el rabo entre las piernas. Paró a 10 metros frente a nosotras. Unos minutos más tarde comenzó de nuevo. Estaba tan encogida que no podía caminar, se arrastraba lentamente por el suelo hasta que se situó a nuestros pies, entre Silvia y yo. Se dejó caer en un costado para tumbarse boca arriba transmitiendo el gesto de sumisión





más exagerado del que era capaz. Era una escena desgarradora.

El dilema

En el libro *Famine, affluence and morality* y posteriormente en *The life you can save*, Peter Singer plantea un dilema moral. Supón que estás caminando por un parque, a unos metros hay una pequeña charca en la que se está ahogando una niña. Para ti entrar al agua no supone ningún riesgo porque solo te cubre hasta la cintura y puedes salvar la vida de la niña, pero eso implica que se te estropeen las zapatillas que llevas puestas. Decides dejar morir a la niña para no perder la inversión de 100 euros que has hecho en el calzado. ¿Es posible justificar un comportamiento como este?

Ahora imagina que una asociación te informa de que si pagas 100 euros puedes salvar la vida de una niña enferma de malaria, pero inviertes ese dinero en comprar unas zapatillas. ¿Son comparables ambas situaciones?

Singer afirma en la primera obra citada que «si podemos evitar que ocurra algo malo sin necesidad de sacrificar algo de una importancia moral semejante, debemos hacerlo». Este principio





moral parece obvio en el caso de la niña que se está ahogando, pero no tanto en el de la niña que va a morir por malaria. Consideramos que es una obligación moral intervenir en la primera situación; en la segunda, consideramos que donar el dinero es algo deseable pero no moralmente obligatorio.

Podemos responder que no es lo mismo porque a la niña que se está ahogando la tenemos delante mientras que la que va a morir por malaria está a miles de kilómetros de distancia. Pero, ¿por qué el aumento de distancia disminuye nuestra obligación moral?

Supón que dentro de un coche hay un niño secuestrado que está sufriendo descargas eléctricas. Afortunadamente, en nuestro teléfono móvil tenemos una aplicación que nos permite interrumpir la corriente eléctrica y detener las descargas. Obviamente, debemos detener las descargas; pero, ¿nuestra obligación moral de hacerlo disminuye conforme se aleja el vehículo? Si pensamos que la obligación moral es independiente de la distancia, en el caso de la niña que se ahoga y en el de la niña enferma de malaria nuestra obligación moral de actuar también será la misma.





¿Qué hacemos?

La situación hipotética que planteaba Singer era en la que nos encontrábamos en realidad. ¿Por qué íbamos a rescatar a esa perra y no a cualquiera de las que habíamos visto antes? ¿Por qué centrar nuestros esfuerzos en ella y no en cualquier otro animal explotado? Teníamos que afrontar una disonancia cognitiva importante en poco tiempo.

Sabemos que hay que tratar de rentabilizar los recursos que invertimos en la lucha por la liberación animal lo máximo posible. Ese rescate, de producirse, poco iba a contribuir a ayudar a otros animales. Nuestro tiempo, esfuerzo y dinero podían ayudar mucho más si eran empleados de otras formas. La lucha no debe guiarse por lo que nos hace sentir mejor, sino por lo que creemos que es mejor para los animales, pero a veces nos dejamos influir por las emociones.

Con sus largas orejas cayendo a cada lado de sus carrillos, color canela en la espalda y la parte superior de la cara que manchaba puntualmente su tripa y patas blancas, su mirada inocente... Todo en ella recordaba a Pepa, la perra que habíamos rescatado años atrás. Y ahí estaba, inmóvil, completamente encorvada junto a nuestros pies. Parecía suplicar que la rescatáramos. Empezamos a abordar la pregunta inevitable: «¿Qué hacemos?».





Una cosa es la teoría y otra la realidad. A pesar de que no queríamos que nos siguiera, no fuimos capaces de evitar acariciarla.

–No podemos dejarla aquí –dijo Silvia para sí misma.

Javi y Aitor se encontraron con la escena. No entendían nada.

–¿Y esta perra? ¿Qué ha pasado?

–Se ha salido cuando habéis entrado al recinto. Os habéis debido de dejar la puerta abierta.

–Si no hemos entrado.

–Entonces tiene que haber un agujero.

–Pero si hemos buscado uno para entrar y no había.

–Pues no sabemos cómo ha salido, pero aquí está. Y ha venido desde donde estabais.

–Sí, sí. La hemos visto, pero estaba dentro.

Ninguno de ellos podía hacerse cargo. Silvia me miró y dijo con firmeza:

–Nos la llevamos.

Una llegada difícil

La cogió y la metió en la furgoneta. El hedor era intenso.

Esto alteraba los planes. No podíamos seguir visitando perreras. Si nos descubrían podíamos





tener serios problemas, especialmente la perra. Silvia y yo volvimos con la sabuesa a nuestra ciudad; Aitor y Javi siguieron el trabajo por su cuenta, pero su situación ahora era más arriesgada al no tener vigilantes.

Silvia conducía. A pesar del frío hicimos el trayecto de vuelta con las ventanas abiertas para poder respirar. Me giré. No se movía. Encontré manchas de sangre en el suelo de la furgoneta. Estaba en celo. No habíamos contado con la posibilidad de que estuviera embarazada y obviamente nos preocupaba. La perra estaba separada de los cheniles, pero no de los perros encadenados a las casetas donde los únicos machos eran el alano y el dogo.

La llevamos en brazos directamente a la ducha. El agua se oscurecía en cuanto entraba en contacto con ella. Tras el champú desparasitador y el aclarado la secamos, le pusimos una pipeta y un collar contra los parásitos. La ducha exhaustiva había reducido notablemente su olor.

Fui a casa de mis padres a recoger a Gofio. La alegría de vernos quedó en un segundo plano al llegar y encontrarse con esa sorpresa.

Ella estaba encogida pero sentada. Tenía libertad para moverse por toda la casa, subirse al sofá o a la cama. Por la mañana, cuando despertamos, seguía como la habíamos dejado. No se había





movido ni de lugar ni de postura. El único movimiento que hacía se producía cuando nos acercábamos para apartar la mirada y agachar ligeramente la cabeza. La dejamos tranquila.

Por la tarde, cuando ya llevaba 24 horas, nuestra preocupación había aumentado. La forzamos a salir de casa, tenía que hacer sus necesidades; pero seguía en la misma posición, literalmente la teníamos que arrastrar por el suelo. Estaba rígida, en estado de catatonia. Tras unos pocos metros después de haber salido de casa, decidimos no seguir forzando y la llevamos en brazos a casa.

Pasadas 48 horas después de su llegada seguía sentada en el mismo lugar. Intentamos que al menos se tumbara en su colchoneta. No había forma. El único cambio que observamos era debido a su agotamiento. Cada cierto tiempo se le caía la cabeza al quedarse dormida. Inmediatamente se despertaba y continuaba vigilando lo que ocurría a su alrededor. Era desgarrador verla en ese estado. Todas las conversaciones giraban en torno a ella. ¿Mejoraría? ¿Nos habíamos equivocado con el rescate?

Al tercer día bebió por primera vez y en la breve salida que hicimos a la calle orinó. Era un progreso importante. Nada más llegar a casa se dirigió a su lugar. A la mañana siguiente la encontramos tumbada y dormida. Ese día había empe-





zado a comer tímidamente cuando no nos encontrábamos en casa.

No queríamos retroceder con los pequeños progresos pero teníamos que llevarla a la clínica veterinaria. Tras una revisión intensa la veterinaria nos dijo que podía encontrarse en las primeras fases del embarazo. Dado que la íbamos a esterilizar nos recomendó esperar unas semanas para que estuviera mejor de salud física y mental, de esta forma la operación también serviría de aborto. Así lo hicimos, aunque finalmente no estaba embarazada.

Una semana después de su rescate los progresos eran evidentes, si no estábamos presentes comía todo lo que le dejábamos y ya dormía tumbada. Días más tarde abandonó las baldosas en las que había pasado tantas horas y empezó a tumbarse en la cama que le habíamos colocado.

Silvia decidió que se llamaría Flora, en recuerdo a la escritora feminista Flora Tristán.

«Ley de protección animal»

Las imágenes capturadas hasta el momento en las perreras reflejaban suciedad, tristeza, falta de cuidados y falta de espacio pero no el sufrimiento debido a las condiciones meteorológicas. Por eso





nos fuimos Silvia, Aitor, Gofio, Flora y yo unos días a la montaña. Era invierno y había posibilidad de que nevase. En ese caso se podría transmitir el frío que tienen que soportar los perros en invierno. Estuvimos en once lugares. Aitor tomó fotografías interesantes pero apenas cayeron unos copos de nieve.

Las imágenes tomadas esas semanas fueron publicadas por Animanaturalis y CAS Internacional el 29 de septiembre de 2022, unos días antes del comienzo de la temporada.

El lobby cinegético llevaba meses presionando al Gobierno para que en la nueva «Ley de Protección y Derechos para los Animales» no se incluyera a los perros «de caza». Por eso comprendimos que las dos organizaciones tenían que tratar de contrarrestar la influencia de los cazadores. Era el momento de publicar las imágenes. Animanaturalis y CAS comenzaron a organizar protestas en numerosas ciudades donde las activistas mostraban carteles con las imágenes. Las difundieron también por redes sociales.

El texto que había incluido Animanaturalis decía: «El PSOE quiere excluir a los perros explotados para la caza de la nueva ley de protección animal. Todos los perros merecen derechos».

A pesar de los esfuerzos de numerosas organizaciones y activistas que actuaron individual-





mente, la «Ley de protección animal» no incluyó a los perros utilizados para cazar.

Surge una nueva personalidad

Dos meses después del rescate Flora parecía otra perra. Habíamos conseguido un veterinario dispuesto a quitarle el chip. Tenía una nueva identidad y una nueva cartilla con las vacunas que le estaban poniendo. El riesgo de regresar a la perrera había desaparecido.

Todo en ella era diferente. Engordó unos kilos y su gesto transmitía alegría. Hemos compartido nuestro hogar con muchos perros de acogida, pero ninguno llegó tan mal y ninguno cambió tanto en tan poco tiempo. Cada día nos sorprendía con algún avance.

Era increíble la emoción que ponía al jugar con Gofio pero a la vez el cuidado que tenía para no hacerle daño. Pronto el sofá del salón se convirtió en su cama y, como hacía Pepa, cuando por la mañana sonaba el despertador venía corriendo desde el salón y tras un salto aterrizaba en la cama entre Silvia, Gofio y yo. Ahí se tumbaba boca arriba para que le acariciáramos la tripa, pandiculándose y moviendo la cola a máxima velocidad. Día a día





descubríamos nuevos rasgos de su verdadera personalidad.

No todo lo que aprendíamos de ella era agradable, como cuando descubrimos cómo había escapado del perímetro el día que la rescatamos. Por problemas de espacio, Ana, nuestra amiga de la protectora, había dejado una perra gran danesa en una guardería situada a 40 km de nuestra ciudad, alejada del pueblo más cercano. Dado que frecuentemente cogíamos el coche para pasear con Flora y Gofio por el campo decidimos que visitaríamos a esta perra para que se uniera al paseo.

Antes de presentarla a nuestros perros queríamos que cogiera confianza con nosotras. Gofio y Flora se quedaron en un pequeño parque de perros que había en la guardería canina, mientras Silvia y yo estábamos en otro parque con ella. No habían pasado ni cinco minutos cuando el propietario de la guardería nos dijo angustiado y sin rodeos: «Vuestra perra se ha escapado. Esto no me había pasado nunca».

El recinto estaba cercado por una valla de alambre de más de dos metros de altura. Pero, efectivamente, cuando fuimos solo quedaba Gofio. La única posibilidad era que hubiera trepado por la valla.

Nos separamos en tres direcciones opuestas y a los 15 minutos, tras escuchar los gritos de Silvia,





Flora, que estaba rastreando conejos por las corrieras, se dirigió hacia ella con la felicidad que le caracterizaba. Definitivamente, hubiéramos preferido enterarnos de cómo se fugó de la perrera del cazador de otra forma.





ANIMALES
VIVOS







SE CIERRA LA VEDA

La manifestación en favor de la caza

Las monterías acaban en febrero y hasta octubre no se retoman. Había muchas cosas que nos interesaban y no tenía sentido detener siete meses la investigación.

El cierre de la veda de 2022 culminó el 20 de marzo con una manifestación «en defensa de la caza y el medio rural». Era una oportunidad para fortalecer la coartada en una época en la que estábamos más libres.

Habíamos asistido a pocas monterías pero teníamos algunas imágenes. Con un amigo editamos un vídeo de tres minutos llamando a la gente a acudir a la manifestación. Descargamos un tema de música épica sin derechos de autor y lo combinamos con cortes de vídeo que me había





pasado Aitor. En el texto aparecían unas cartelas que decían:

*El 20 de marzo defendemos
la tradición,
el campo,
la biodiversidad,
la amistad,
la honestidad,
el medio rural,
el bienestar animal,
la valentía,
el control de poblaciones.
El 20 de marzo defendemos la caza.
Contamos contigo.*

Cada una de las cartelas estaba vinculada temáticamente con un plano. Así, la cartela que decía «la honestidad» se superponía a una escena del sorteo de puestos; la que decía «la valentía» se superponía a la de una de las Santana entrando con el cuchillo a un agarre. El vídeo finalizaba con el logo de Maneto Visuales para que la gente se familiarizara con la «productora».

Fue un éxito. Se compartió cientos de veces en Instagram y en grupos de Whatsapp, hubo miles de visualizaciones y los seguidores de la cuenta se multiplicaron.





Javier se encontraba en Madrid el día de la manifestación. Aprovechó para tomar fotos de la multitud y de las pancartas: «La caza es libertad»; «Cazar es conservar»; «Sí a la vida, sí a la caza»; «Castraros [sic] vosotros y vosotras»; «El lobo mata nuestros perros»; «Capamos políticos y animalistas. ¡Gratis!»; «Me niego a castrar a mi perro. Si quisiera un animal sin huevos adopto a Pedro Sánchez»; «Stop dictadura animalista»; «Más cartuchos, menos politicuchos».

Durante los siguientes días todos mis contactos, entre ellos los rehaleros con quienes habíamos estado, subieron fotografías mostrando su presencia en la protesta. Yo hice lo mismo con las que me había mandado Javi. Era la prueba de que Maneto Visuales también había estado ahí.

Lo cierto es que la manifestación fue un éxito de convocatoria. Decenas de miles de asistentes llegaron de toda la península a defender la caza. Ninguna protesta en favor de los animales ha conseguido aproximarse a esa cifra. Deberíamos tenerlo en cuenta cuando se habla de «un referéndum sobre la caza o la tauromaquia». Muy probablemente lo perderíamos y estas prácticas serían reforzadas.





El perrero

En verano de 2022 yo tenía vacaciones y quería utilizar algunos días para acompañar a Aitor a tomar las imágenes que no exigiesen estar en temporada de montería.

Animanaturalis y CAS International querían que la investigación se centrara en los «perros de caza» y no en los animales cazados. Tenían imágenes de perros enjaulados en sitios abiertos, las que habíamos tomado previamente en enero. Pero la mayoría de los perros utilizados para cazar en monterías están en naves cerradas.

En marzo de 2022, al acabar la temporada, retomé el contacto con varios rehaderos. Había visto fotos en redes sociales de las condiciones en las que los Quintero tenían a sus perros «de rehala». Todos los hombres de la familia tenían varias rehalas, en total cientos de perros. Además de ellos, en su pueblo había otros doce rehaderos. Merecía la pena ir hasta Huelva. Pero cuando hablé con el padre me respondió con un «no» rotundo. El Ingeniero también me dijo que no, «con esta legislación todo es ilegal y si ven las fotos los animalistas me pueden denunciar por cualquier cosa».

Yolanda Santana también me dio una respuesta negativa. «Las rehalas las tenemos en una nave que





es propiedad del jefe de mi padre y no queremos ninguna situación que le pueda poner en problemas». Yo no insistía. Si alguien tenía dudas preferíamos no ir. Una vez ahí las dudas podrían convertirse en sospechas y las sospechas en problemas.

Dos días más tarde, Yolanda, siempre dispuesta a ayudar, me escribió por Instagram. «Hola Jose, e ablado con un amigo que no tiene problema su familia y la mía son amigas de toda la vida. Es mui majo le dicho que le yamarias te paso su insta y telefono. Se llama Hugo Morales» [sic].

Miré el enlace que me había pasado. Seguía esa cuenta y él seguía la de Maneto Visuales. No le había escrito porque no lo conocía, pero entre las pocas fotos de su Instagram había una que recordaba: ocho perros con poca luz encadenados a la pared descascarillada de una antigua nave de ladrillo. En otras se le veía a él cazando, monteando, en las fiestas del pueblo con amigos o en una boda con su novia. Tenía unos 22 años, siempre bien peinado y con camisa. Parecía un modelo de revista.

Las condiciones en las que tenía a los perros eran interesantes, pero no parecía que tuviera muchos, además vivía en Pozoblanco, un pueblo de Córdoba. Demasiado lejos. A pesar de todo lo llamé.





–Hola, Hugo, me ha pasado tu número Yolanda. Creo que te ha contado que estoy haciendo un documental sobre el mundo de la caza y quiero tratar la montería española, pero me interesa hacer algo diferente, centrarme en la rehala en lugar de en los puestos. Quiero reflejar también el trabajo que supone mantener una rehala y me gustaría entrevistar a varios rehaleros, pero busco también tener imágenes de la rehala cuando no están los perros en el monte.

En realidad esto último era lo único que nos interesaba. Pero mientras yo hacía la entrevista con el móvil, Aitor podría ir por las instalaciones con sus cámaras haciendo su trabajo.

–Sí, ya me ha dicho. La familia Santana es como mi familia. Su padre es como mi segundo padre. Juanjo me ha enseñado más que el mío a montar, a cuidar los perros, a curarlos cuando los han *rajao*, a cortarles las orejas... Todo.

–Pero, ¿tú tienes rehala propia?

Entre los ocho perros de la foto había un galgo y en su cuenta de Instagram no se veía ninguna rehala completa. Había muchas de él con «trofeos», pero ninguna en la que se vieses los 24 perros que tiene que tener como mínimo una rehala.

–¡Claro que tengo! Tengo cuatro. Contando los cachorros ahora mismo tengo más de 130 perros.





Bueno, en realidad son de mi padre, de mi tío y mías. Pero, vaya, que son mías.

–¿¡Cuatro!?

–Si quieres salir sábado y domingo al monte y solo tienes una rehala, el domingo los perros van a estar cansados y eso te deja en mal lugar. O si nos llaman para dos monterías el mismo día, mi padre va a un sitio y yo a otro. Pero, vamos, que lo normal es tener mínimo dos.

–Sí, ya, es que como he visto un galgo en tu Instagram y solo ocho perros he pensado que no tendrías rehala.

–Aquí perros no nos faltan. Galgos tenemos diez, son de mi padre. A mí me gusta más la montería, pero a veces salimos a la liebre. Mi padre va mucho con un grupo de amigos a la llanura.

Lo que más les interesaba a Animanaturalis y a CAS International eran los perros, pero dentro de los perros los galgos.

–Pues me gustaría aprovechar el viaje y acompañaros con el cámara a cazar con galgo.

–Si te interesa, mi padre también tiene un spaniel bretón y dos perras setter inglés para la pluma. Una acaba de parir.

–Bueno, podemos tomar alguna imagen, pero de caza menor tengo ya imágenes, excepto de galgos.

–Imagino que tampoco te interesarán los jagd terrier.



–¿Cazáis en madriguera?

–Sí, ya te digo, que aquí le damos a todo.

–Pues la caza del zorro²⁰ me interesa bastante.

A ver cómo nos organizamos.

–Yo vivo por y para esto. Aquí estoy todo el año, así que como tú quieras.

Acordamos una fecha en julio para hacer la primera visita.

–Oye, escucha. Además de mis rehalas trabajo cuidando los perros a un señor. Es un hombre mayor, tiene más perros que nosotros. Pero todos sus perros son de rehala: podencos de todos los tamaños, algún «atravesao» (cruce de mastín y podenco) y los alanos. Si quieres te los enseño también pero tendréis que venir con tiempo.

–Sí, claro que me interesa. Te llamo la semana de antes para confirmarte que vamos, pero ya te digo que sí.

Hablé con Aitor, él que era quien coordinaba todo con Animanaturalis, se lo comentó a Aïda Gascón. Como imaginaba, les pareció una oportunidad que había que aprovechar.

Intenté conseguir más rehalas por la zona. Si era necesario estaríamos dos o tres días para

20 Según el citado Anuario forestal de estadística, en 2022 se mataron 172.120 zorros





aprovechar el viaje. Pero no conseguí ninguna perrera más.

La granja de ciervos

Hacía años había visto un vídeo en redes sociales en el que se veía un camión de cerdos entrando a una dehesa, se abrían las compuertas y salían decenas de jabalíes. El camión procedía de una granja cinegética y estaba «llenando la finca» para una montería.

Una escena de unos pocos segundos derribaba el argumento tan utilizado de que la caza ayuda a controlar poblaciones de especies «dañinas para el campo». Del mismo modo hay granjas de conejos, perdices, muflones y ciervos. Se crían para que los cazadores se diviertan. Además, en los cotos y fincas de caza alimentan a estos animales «que causan pérdidas en la agricultura» y matan a sus depredadores naturales, zorros y rapaces. Los depredadores de los animales de «caza mayor», los lobos, han sido prácticamente aniquilados en la mayor parte de la península, pero los cazadores y ganaderos continúan demandando su derecho a matarlos en las zonas donde resisten.

Creía importante tener imágenes de calidad de una de estas granjas. Aitor y Javi estaban de





acuerdo. A Animaturalis no parecía interesarle mucho pero, dado que íbamos a bajar hasta Córdoba, no les parecía mal que aprovecháramos el viaje y paráramos en el valle de Alcadia para tomar imágenes de la granja de ciervos.

Mi primer contacto con Alejandro Alonso (el veterinario cinegético que gestiona la granja) había sido en noviembre de 2021. Entonces me había dicho que si quería documentar «el manejo» era en primavera y principio de verano.

En las imágenes de su web y vídeos de Youtube se veía a los animales en la granja en semilibertad. Sin duda mejor que las granjas de pollos, gallinas o cerdos. Pero había imágenes interesantes en la nave de manejo. Ahí es donde se vacuna, se cortan las cuernas, se desparasita, se cogen muestras de sangre, se separa a las madres de sus crías, los orgánicos escogen a los animales que van a llevar a la finca, etc. También es ahí donde tienen el «potro inmovilizador», una jaula que los inmoviliza completamente para poder manipularlos sin riesgo.

La fotografía de un ciervo en esas condiciones y el veterinario con la pistola de vacunación transmitiría lo artificial de, al menos, esta modalidad de caza. Esto se podría combinar con la imagen de las ciervas y ciervos siendo introducidos en el camión y posteriormente liberados en la finca cerrada.





En febrero volví a llamar a Alejandro. Acordar una fecha con él fue una tarea complicada. Era autónomo y trabajaba para varias granjas cinegéticas. Frecuentemente estaba trabajando en el campo y no tenía cobertura, otras veces me decía que lo llamara la próxima semana y cuando le llamaba no me cogía el teléfono. A finales de marzo conseguí acordar una fecha que, aunque me hizo modificar la acordada con Hugo Morales, era compatible con mis días festivos y otros trabajos de Aitor pero no eran el mismo día.

El taxidermista

Seguí intentando acordar visitas a las perreras de otros rehaleros pero no había manera. Algunos ponían excusas, otros reconocían abiertamente que no cumplían la legislación o que las fotografías de cómo estaban sus perros podían ser utilizadas por animalistas.

Pasaban los días, crecía mi desesperación. En el viaje habría huecos de muchas horas sin aprovechar y Alejandro Alonso seguía cambiando la fecha para visitar la granja de ciervos, obligándome a reorganizar todo con Aitor y Hugo Morales.

Hablé con Javi y Aitor. Lo único que se me ocurría para rellenar huecos era visitar una empresa





de taxidermia en Los Yébenes, un pueblo de Toledo que presume de su tradición cinegética con una gran estatua de un ciervo berreando a la entrada de la localidad.

Pardales es la taxidermia más conocida de España y una de las más reputadas del mundo. Les llegan «trofeos» para «naturalizar» de todos los continentes. Disecan todo tipo de animales: tigres, leones, cocodrilos, jabalíes, cabras montesas... Creada en 1947, es gestionada por Germán y Lucas, los nietos del fundador. La empresa ha crecido notablemente desde entonces y cuenta con su propia marca de ropa y artículos cinegéticos y un museo de animales disecados. Incluso producen una serie llamada *Voraces* para Movistar+ en la que «comen lo que cazan y cazan lo que comen», un programa de cocina más macabro de lo habitual que muestra sin tapujos cómo matan a sus víctimas antes de ser cocinadas y engullidas.

Me cogió el teléfono una secretaria.

–Llama mañana, Lucas no está y Germán está reunido.

Llamé al día siguiente, y al siguiente, hasta que al final conseguí hablar con Germán. No había hecho caso a la recomendación de Aitor de grabar las llamadas. El teléfono móvil que utilizaba era demasiado básico para descargar aplicaciones de grabación y ya tenía bastantes tareas organizando





mi parte de la investigación, no quería obligarme a nada más. Pero me arrepentí de no haber grabado aquella conversación.

–Hola, José, soy Germán Pardales. Me han dicho que quieres hablar conmigo.

–Sí, mira. Soy cazador. Estoy intentando hacer un documental y una exposición fotográfica sobre los beneficios de la caza. La gente piensa que cazar es matar animales y quiero mostrar que hay mucho más, los empleos que crea, el papel ambiental, la cuestión cultural... Y como la taxidermia es uno de los aspectos más desconocidos y artísticos del sector cinegético me gustaría incluirlo. Voy a ir con el cámara en julio al valle de Alcudia para grabar y fotografiar una granja de ciervos y también a entrevistar a un rehaleiro, así que como soy yo el que paga al cámara me gustaría aprovechar el viaje y sacar lo que hacéis.

–Oye, perdona que te pregunte esto pero, ¿por qué quieres ir a la granja de ciervos y entrevistar a un rehaleiro?

–Pues... Porque todo el mundo conoce más o menos la caza menor, pero la montería española poca gente sabe realmente lo que es y su valor en nuestra tradición. Hemos estado ya en varias monterías, puedes ver imágenes en mi cuenta de Instagram. Y la granja de ciervos, porque me parece que están haciendo una labor ambiental muy





importante para recuperar al ciervo ibérico. Es una forma de demostrar que los ecologistas que se quejan de la caza no tienen ni idea de lo que hablan.

–Te voy a hablar con toda confianza. Tú puedes venir aquí cuando quieras. Te puedo enseñar la tienda, el taller de taxidermia, el taller de ropa, el museo, cómo trabajamos las piezas desde que llegan hasta que las metemos en la caja para enviarlas al cliente. Pero yo no sacaría nada relacionado con la montería, y la granja de ciervos tampoco.

–¿Qué problema hay con eso?

–Mira, yo conozco a Alejandro desde hace más de veinte años. Es amigo mío y hemos cazado muchas veces juntos, pero no da buena imagen del mundo cinegético.

–Pero si está recuperando el ciervo ibérico –le dije.

–Eso dice él. Tiene que vender el producto. Ahí los venados tienen una media de treinta puntas. ¿Dónde se ha visto un ciervo ibérico de ese tamaño y con esas cuernas? Mira, ya te digo que Alejandro es muy amigo mío, pero no ayuda a nuestro sector. Cualquiera que sepa un poco del tema se da cuenta de que está mintiendo. Lo primero, que el ciervo ibérico no existe. Se lo ha inventado, así de claro. No sé si alguna vez existió, pero hoy en día ya te digo que no. Tenemos escritos y cuadros que muestran que en la Edad Media era común entre la





aristocracia de distintos reinos de Europa regalar venados como símbolo de confraternidad. Desde entonces están llegando a España ciervos mucho más grandes que los de aquí y con más puntas, de la zona de Noruega y Suecia principalmente²¹. Perdona que te diga esto, pero es que me pongo malo cada vez que lo veo en una entrevista contar sus historias. Él gana dinero engañando a los bobos pero, ante quien sabe, nos deja a todos de mentirosos. Perdona que hable así, pero estoy más *quemao* con este tema que la matrícula de un cohete.

Desconocía esa información y me sorprendió mucho su franqueza. Se notaba que le molestaba esa cuestión. Quería convencerme de que su amigo quedara fuera del documental.

–Pues igual debería ir a una granja de jabalí.
–Fingí que había cambiado de parecer.

21 Al sufrimiento directo que genera la captura, el transporte y la adaptación de animales silvestres hay que sumar las consecuencias indirectas. Entre ellas destaca la transmisión de enfermedades. Un ejemplo claro es la mixomatosis, que afectó a los conejos de la Península Ibérica tras la importación de conejos procedentes de Sudamérica en los años cincuenta. Durante esa década se estima que hasta el 90 % de los conejos ibéricos murieron tras una agonía lenta, marcada por fiebre, deshidratación, inanición, ceguera funcional y problemas respiratorios. En la actualidad, esta, junto con la enfermedad vírica hemorrágica, sigue siendo una de las principales patologías que afectan a los conejos.





–¡Pero si es lo mismo! ¡Exactamente lo mismo!
Todas las granjas de cochino dicen que están recuperando la genética del jabalí ibérico y lo único que crían son berracos de casi 200 kg con unas navajas que no se las salta un gitano. ¡Es el jabalí turco de toda la vida!

–Bueno, pero tienen un papel ambiental. –Yo ya no sabía qué responderle.

–¿Qué papel ambiental van a hacer esos bicharracos de granja? Si te acercas a ellos y no se asustan. Están acostumbrados a la gente porque la ven todos los días. Todos los días el mayoral va a darles de comer. Vaya, que los conozco personalmente. Yo he visto a Asnoraldo y a Terry dar el pienso a las ciervas y los venados. Se meten con el coche y cuando tocan la bocina están rodeados de venados, ciervas, baretos y cervatillos. ¡Están amansados! Y, luego, ¿qué te crees que hace el orgánico o el capitán de montería en la finca? Pues esa misma mañana, antes de que lleguen los señoritos van a la mancha, tocan el pito y dejan más comida para tener a todos los venados ahí preparados, en el cazadero. Así tienen garantizado que unos cuantos puestos se van a llevar medalla y un buen plantel.

–Ya, pero la montería crea muchos puestos de trabajo. Es un importante sector económico en el medio rural.





–Yo soy el primero que trabajo para monterías y, no te voy a mentir, he ido y sigo yendo a tirar cuando me regalan un puesto. Pero para mí va antes la defensa de la caza que el dinero. Las monterías nos dan muy mala imagen. No podemos defender eso, es imposible. Eso no es cazar, es una reunión de pijos que no se quieren mover del puesto y sus sirvientes, que les llevan las piezas para que los otros aprieten el gatillo. No tiene ningún mérito. ¡Les llevan las reses al tiradero! Y luego llegan a casa orgullosos diciendo que traen un trofeo. ¡Claro! Has pagado 2000 € para que te traigan cochinos o venados de una granja y te los pongan en los pies.

–Si nos ponemos así, podemos encontrar fallos a cualquier modalidad cinegética.

–¡No! ¿Tú has visto los vídeos que hacemos nosotros?

–¿Los tutoriales de taxidermia?

–No, cuando salimos a cazar con un cliente. ¿Qué modalidad hacemos?

–Rececho²².

–¡Exacto! Siempre rececho. Yo tengo tantos clientes de montería como de rececho, pero nunca

22 Es una modalidad de caza sin perro en la que el cazador tiene que seguir el rastro del animal que quiere matar y aproximarse a él hasta una distancia en la que le pueda disparar.





verás una montería en nuestras redes sociales. Nosotros vamos al monte, buscamos el rastro, nos acercamos en silencio con el viento en contra y cuando el guarda de la reserva da el visto bueno se dispara un animal que el guarda ya conoce. A veces nos toca incluso dormir en el campo, caminar horas bajo la lluvia, subir montañas. Acabamos el día como si hubiéramos estado vareando olivos. Eso es cazar. No se puede comparar un lance así con un lance de montería. Nada que ver. Nosotros nos movemos más que la compresa de una coja.

–Pues no sé qué decirte, porque un cazador de rececho cuando paga sabe exactamente a qué animal va a matar, con foto incluida. Está todo organizado. Si quieres un oro de 250 puntos de macho montés vas a tener que pagar mínimo 6.000 euros. El guarda sabe dónde encontrar a ese ejemplar y te garantiza que vas a tenerlo a tiro. Si no, te devuelven el dinero. Y luego está el tema ambiental que comentas. El rececho es un descaste solo si la pieza es un selectivo²³, pero lo que busca el cazador es el trofeo, el macho más fuerte y sano. Los

23 Selectivo es un animal que se decide matar por el bien del ecosistema/finca. Puede ser porque la población ha crecido mucho y «hay que descascar», porque tiene una enfermedad u otros motivos similares. La puntuación de estos animales es siempre baja.





ecologistas te van a decir que eso no es un descaste, es lo contrario a la selección natural.

Me interrumpió. –No es así. Si el rececho es en monte abierto, el guarda no te garantiza nada al cien por cien; el orgánico de montería, sí. Lo otro es verdad: aquí el único que mata a un macho joven con sarna o a una hembra es el que solo puede pagar 500 €. Pero la respuesta ahí es fácil. Si se ha pagado por un selectivo se decide a qué animal hay que matar siguiendo unos criterios ambientales y el cazador dispara al animal que le indica el guarda de la reserva. Y, luego, el dinero que paga un cazador por un rececho, sea selectivo, representativo o medalla, va la mayor parte para evitar el furtivismo, mantener la reserva, crear puestos de trabajo y, sobre todo, para temas ambientales.

Tú has hablado de 6.000 euros. –continuó.– En Gredos la cosa cambia mucho. Los animales son los mismos, pero la gente quiere cazar ahí porque tiene más fama, porque el paisaje es espectacular y porque fue la primera Reserva de Caza de España. En marzo se han hecho las subastas en las reservas de la Sierra. En total han salido 300 machos y se han recaudado casi 2 millones de euros. Han pujado hasta pagar más de 20.000 euros por un buen medalla de oro y por un representativo se han pagado 6.000 euros, más del doble





de lo que pagarían en otras sierras. Si empiezas a sumar los recechos de toda España, de corzo, venado, gamo, arruí... Calcula el dinero que ponen los cazadores para conservar el medio ambiente. A ver cuánto dinero ponen los ecologistas, que son más agarrados que un chotis. No tienen nada que decir.

Lo que decía era cierto. Desde una visión ecologista, la caza puede justificarse perfectamente. Desde una visión antiespecista, no.

–Y, lo más importante, los cazadores nos sacrificamos por un trofeo –continuó.– Cada vez que me viene un señorito todo orgulloso para que le naturalicemos un trofeo de una montería me descompongo. Dan ganas de decirle... ¡Pero si no has hecho nada! ¡Que yo he estado muchas veces ahí y sé lo que es! ¡Hasta te lleva el postor en coche a tu puesto para que no camines! Y a veces, si llueve, tienes a un secretario o un postor sujetando el paraguas para que no te mojes. La montería es un acto social, viene bien para hacer negocios; como yo, que hago contactos. Pero eso no es cazar.

–Sí, por eso yo en el documental me centro en los rehaderos. Eso sí que es sacrificado, todos los días cuidar a los perros y en la jornada no paran de caminar y correr.

–Bueno, sí, eso es verdad. Pero esos aún nos hacen más daño al resto de cazadores. ¿Has visto





cómo llevan a los perros? Esta gente te sube dos rehalas en un remolque, te pueden meter ahí hasta 50 perros como sardinas en lata. ¿Cómo va a entender la sociedad que esos perros están para eso si por las ciudades se ven con abrigos? Y no te digo nada de cuando los raja un cochino. ¿Has visto alguna vez a un perro con el intestino desmadejado por el suelo? Se publica una foto de eso y los cazadores somos más malos que el que desahució el orfanato. La gente no distingue entre unos cazadores y otros. Lo mejor que puede pasar es que se acaben las monterías y te lo digo yo, que gran parte de mis ingresos vienen de ahí.

¿Por qué no te vienes conmigo a un buen rececho? Ahí lo tienes todo. Acompañas al cliente, lo entrevistas y me ves trabajar a mí. Ahí están todos los lados positivos de la caza: tema ambiental, sacrificio, tradición y generación de puestos de trabajo. Eso es la caza.

La idea era buena. En sus vídeos de rececho no solo reflejan cómo matan al animal, después aparece el trabajo del taxidermista sin censura: cómo le cortan la cabeza y le quitan la piel del cuerpo. Después no falla la imagen de la cabeza del macho montés, del rebeco o el arruí atada a la mochila del cazador por fuera. Esa foto, combinada con la imagen del resto del cuerpo, despellejado y abandonado, mostraría el nulo valor que le dan a la





vida de sus víctimas. Lo único que les importa es «el trofeo».

Le dije que sí, pero que antes quería ir al taller de taxidermia. Le informé de la fecha aproximada en la que iría a visitarle.

–Vale, llámame el día de antes para recordármelo y así preparo varios trofeos para que podáis sacar las distintas fases del proceso.

Frank Cuesta

Tuve que volver a llamar a Germán. Esta vez no había cambiado la fecha Alejandro, sino Hugo Morales. Al parecer, su novia estaba enfadada porque en los cuatro años que llevaban saliendo solo habían salido del pueblo para ir a cazar. Él para relajar la situación, se había comprometido a hacer un viaje con ella.

–Me alegro de que me llames porque quería hablar contigo. ¿Has visto los programas de Frank Cuesta sobre la caza en Discovery Max?

Obviamente los había visto. La serie es una basura, pero ofrece datos interesantes: «En España se cazan 20 millones de animales al año». «Unos 25.000 extranjeros vienen anualmente a disfrutar anualmente de cacerías de lujo».

–Sí, claro.





–¿Qué te parece lo que dice? –La pregunta me cogió por sorpresa.

–No me gusta.

En la serie *Wild Frank: Caza*, Frank Cuesta se muestra como ese personaje irreverente que hace comentarios inadecuados. En uno de los capítulos visita la taxidermia Pardales:

–Esto es una bestialidad –le dice al taxidermista cuando se encuentran en una sala con cientos de cráneos de animales. Por su tono, parece que no le gusta lo que ve.

–Nosotros guardamos todo –le responde Germán sujetando un cráneo.– Esto es un muflón, pero nos da pena tirarlo porque es un animal.

–Te da pena tirarlo porque es un animal, pero lo has matado –le interrumpe Frank.

–O sea, es que a un animal muerto lo respetamos muchísimo –le aclara Germán.

Pensé que Germán, tras ver el programa, se habría dado cuenta de que cualquiera podía ver su incoherencia, por lo que asumí que no le habría gustado ni el programa ni Frank Cuesta. Estaba equivocado. Germán seguía sin ver una disonancia cognitiva en matar animales y respetarlos. Fue un error por mi parte, no muy grave pero tampoco despreciable. Mi papel era ponerme en el lugar de un cazador que quiere hacer un documental en favor de la caza y razonar como él. Teniendo en





cuenta que la mayor parte de la sociedad defiende que hay que respetar a los demás animales pero se los come, no debería haber sobrevalorado a Germán, alguien que vive de la caza y para la caza.

–¿No te gusta?! ¿Cómo puede no gustarte?! Frank Cuesta es la persona que más ha hecho por la caza en España en los últimos años, sin lugar a duda. ¿Por qué no te gusta?

No podía decirle que le había respondido eso porque creía que él había quedado como un tonto.

–Critica mucho la caza.

Frank Cuesta apoya la caza y lo dice abiertamente. Aunque critica algunas formas de caza, no ve ningún problema moral en quitarle la vida a un animal para comer, por motivos ambientales o económicos. Para él los demás animales son un recurso ambiental o un recurso para los seres humanos.

–No es verdad, critica la mala caza: el furtivismo y el matar animales sin esfuerzo. Nada más. Si viste el capítulo del ojeo de perdices, ahí sí que mete caña a los cazadores. ¡Normal! Soltaban 70.000 perdices al año en esa finca, muchas el día antes del ojeo y ves cómo llegan unos señoritos irlandeses al cortijo para pasar tres días en un hotel de lujo. Por la mañana van a su puesto con dos escopetas. Detrás de cada uno, un cargador, un sirviente que les carga la escopeta para que pueda





disparar mucho en poco tiempo sin cansarse. Y en el otro extremo de la mancha los batidores, que van acercándose en semi círculo para hacer el papel de los rehaleros, pero en lugar de llevar perros llevan silbatos y banderines. Es que es lo mismo que una montería, el señorito sentado y los otros llevándole las piezas. En una montería matas unas pocas reses y aquí matas decenas o cientos de perdices. Esa es la única diferencia.

Una semana antes había vivido la surrealista situación de defender la montería ante este cazador, ahora tenía que criticar a Frank Cuesta desde la perspectiva de un supuesto cazador mientras él lo defendía.

–Sí, pero habla con muy poco respeto a los cazadores. Eso no me gusta nada.

–Es que el tío es así. Yo lo conozco en persona. Pero luego deja claro que lo mejor para conservar especies en peligro y el medio ambiente es la caza. Y no solamente apoya la caza de conejos o jaba-líes, también la de leones, rinocerontes... Lo que sea. Porque él sabe que cuando pagas por cazar un trofeo así, pagas mucho dinero y ese dinero va a la reserva de caza, a conservar el ecosistema, a las especies y el medio rural. El tío es faltón, pero el mensaje lo deja claro. Y, ¿lo has visto hablar de los animalistas?

–Sí, les mete caña. Eso sí me gusta.





–Los deja como lo que son. No tienen ni idea de lo que pasa en la naturaleza. Han visto las películas de Disney y se creen que en el campo no hay sufrimiento. Frank lo deja claro: cazar animales es lo natural. Es que es muy sencillo, el lobo se come a la cierva, el zorro se come al conejo... Pues los animalistas no entienden eso. Y Frank se lo explica y los deja como retrasados.

En la conversación anterior Germán me había sorprendido con su capacidad crítica al cuestionar las monterías. Pensé que habría sido capaz de ver que Frank Cuesta es un personaje que refleja a la perfección el efecto Dunning-Kruger: su ignorancia sobre un tema le impide darse cuenta de esa ignorancia y, por ello, tiene una actitud arrogante y prepotente.

¿De verdad creen que no sabemos que en la naturaleza unos animales se comen a otros? Aunque en nuestro movimiento no son pocos los activistas que idealizan la naturaleza y la «vida salvaje» (incluso aumentan quienes reivindican la «resalvajización» o *rewilding*), cada vez somos más quienes tenemos en cuenta el sufrimiento que se produce. Lo tenemos incluso más claro que los cazadores, la diferencia es que mientras ellos intervienen en la naturaleza para aumentar las muertes y el sufrimiento, desde el movimiento





antiespecista se propone intervenir para hacer lo contrario.

Me hubiera gustado recomendarle buscar en internet el artículo *Muerte entre las flores: el conflicto entre el ecologismo y la defensa de los animales no humanos*, de Catia Faria; la página web de la Fundación Ética Animal, para entender qué es la ética del bienestar o que se gastase poco más de 10 euros y se leyese el libro de Óscar Horta, *Un paso adelante en defensa de los animales*. Y, después, que me dijese quién no conoce los argumentos de la otra parte. Obviamente, no era el momento de expresar lo que pensaba y tampoco hubiera servido de nada porque a esta gente le da igual. Se mueven por el sesgo de confirmación. No van a leer un artículo y mucho menos un libro.

–Ya, sí.

–¿Y has visto el capítulo de las cabras montesas en el Parque de Guadarrama?

–Sí. Ahí sí que quedan mal los animalistas. El Partido Animalista denuncia al Parque Nacional para que no maten cabras montesas. La jueza les da la razón y crece tanto la población que están destrozando el Parque Nacional.

El director del Parque Nacional, un tal Pablo Sanjuanbenito, aparecía en el programa quejándose de que no le permitían matar 3.500 cabras montesas y las tenía que capturar y enviar a otro





lugar «para repoblar». Según el programa, la prohibición de la caza de control ponía en peligro la vegetación del parque.

Los cazadores han reducido hasta casi la aniquilación la población de lobos de la zona, los seres humanos llevan generando impacto ambiental desde su llegada, la contaminación atmosférica y el cambio climático afectan a toda la superficie del planeta, las visitas anuales a la zona se cuentan por decenas de miles, el capitalismo es un sistema basado en la explotación de medio ambiente y animales (humanos incluidos). Pero el problema para Pablo eran las cabras montesas y lo quería solucionar matándolas porque capturarlas y liberarlas en otro lugar o darles comida con medicación anticonceptiva era más caro y más incómodo.

–Yo lo que te iba a proponer es que Frank apareciera en tu documental. Ya te digo que tengo su contacto. No puedo garantizarte que acepte pero no me sorprendería.

– Es que yo quiero que aparezcan cazadores, mostrar que somos gente sencilla, prefiero que no salgan famosos –continué con mi personaje.

Tuve que rechazar la oportunidad de presenciar en directo la fusión de estas dos mentes omnímodas, dispuestas a revelarnos que, en la naturaleza, hay animales que matan a otros animales.





–Pues entonces tengo a la persona perfecta: Alejo Aguirre. Es un cazador *youtuber* de los que se sacrifican. Además, caza con arco, más natural no se puede. Argumenta muy bien, tiene las ideas muy claras. Búscalo en internet, ya lo verás.

–De acuerdo, pero antes quiero ir a ver vuestro taller y vuestro museo.

–Sin problema, con que me llames el día de antes es suficiente. Excepto las dos primeras semanas de agosto, cuando quieras. Si no estoy yo, estará mi hermano.

Por supuesto vi las entrevistas y los programas de Alejo Aguirre. Me interesaba saber cuáles eran los mejores argumentos de la otra parte. Como esperaba, era un refrito de las mismas ideas de cuñado, esta vez en boca de un cazador con estética de skater pijo treintañero: cazar es natural, hay que respetar las aficiones de los demás, ayuda a mantener el equilibrio ecológico, es un sector económico importante, etc.

He visto cazadores de toda laya (intelectuales y analfabetos, empresarios ricos, trabajadores del campo, señoritos de cortijo y meapilas del Opus Dei), pero aún no he escuchado a ninguno confrontar los argumentos del antiespecismo, la raíz de todo el debate. Parten de la premisa de que lo que nos ocurre a los seres humanos (o en ocasiones a animales como los perros) es siem-





pre más relevante que lo que les ocurre al resto de animales. Cuando se les indica que esa idea es precisamente lo que cuestiona el antiespecismo y que deben mostrar los argumentos en los que se basan se nos ridiculiza. Es muy fácil reírse de la postura antiespecista y ponerle calificativos de «extremista», «fanática», «radical», etc. Pero es muy difícil contraargumentar. Ese es el motivo por el que no hablan sobre «especismo» o sobre «capacidad de sentir».

Galgueros

Por algunas imágenes que se han hecho públicas de galgos ahorcados tras la temporada de caza, la gente tiende a pensar que son los perros «de caza» más maltratados. Cuentan algunas asociaciones (desconozco si es verdad, pero no me extrañaría) que entre los galgueros algunos utilizan la expresión «a este lo llevo a tocar el piano», que quiere decir que lo va a ahorcar. Los cuelgan de la rama de un árbol dejando que las patas trasera apoyen ligeramente sobre el suelo de forma que agitan las delanteras como si estuvieran tocando el piano. Lo que es cierto con total seguridad es que es muy habitual entre los galgueros ahorcar o matar de





diferentes formas a los galgos que no son suficientemente rápidos o que «no tienen querencia».

A través de mi cuenta de Instagram contacté con varios galgueros. Tuve la sensación de que dentro del sector cinegético los galgueros se mezclaban poco con el resto. A nivel formal había una relación clara, pues las federaciones de galgueros pertenecían a las federaciones de caza regionales, autonómicas o estatales. Pero en el ámbito personal había un distanciamiento generalizado. En Instagram las cuentas de galgos se seguían entre sí, pero raras veces seguían otras cuentas cinegéticas no vinculadas a esta raza de perro y viceversa.

A los galgueros no les interesa tener muchos perros. A los campeonatos importantes de galgos en campo (con liebres vivas que sueltan en el campo) o en recta (con liebre mecánica) solo llegan los más rápidos y con más resistencia. Sus «propietarios» no quieren a un perro que no sirva para competir. Por eso, de una camada solo mantienen un número muy reducido o en ocasiones ninguno; y el resto «se los quitan».

Buscábamos imágenes de «cuadras» en las que los galgos estuvieran en malas condiciones, algo muy habitual, y también del entrenamiento de galgos. Los galgueros que compiten no entrenan a sus perros dejándolos salir al campo porque si persiguen una liebre las probabilidades de una





lesión son muy altas; incluso si tienen mucha «querencia» pueden morir por un infarto, algo bastante habitual en las competiciones. Algunos perreros los entrenan atándolos a norias que giran paralelas al suelo a una velocidad controlada para forzarlos a correr. Pero la imagen que queríamos era la de un vehículo a motor (generalmente un coche o un quad) con una estructura metálica con ruedas enganchada a la parte de atrás a la que atan a los perros. Lo normal es que aten solo a dos o tres perros, pero cuando varios amigos comparten «cuadra» puede haber más de 15 galgos atados a esos «remolques».

Contacté por Instagram y por teléfono con varios galgueros. Todo fueron fracasos. Unos no querían que fotografiáramos el entrenamiento porque en su Comunidad Autónoma «los animalistas habían hecho que fuera ilegal este método». La mayoría estaban más preocupados por algo que no esperaba: desconfiaban de que fuera un galguero y les robara sus perros. Escuché varias veces como respuesta un «lo siento mucho, pero ya me han robado perros muy buenos».

En el mundo galguero el respeto entre ellos es escaso. El respeto a sus perros es nulo.





Rescatando galgos

Cuando escuché por primera vez a un galguero decirme con franqueza que desconfiaba de mí porque podía «robarle» sus perros me sorprendió. No era mi intención pero me hizo recordar que en 2008 sí que rescatamos varios galgos.

En el pueblo en el que trabajaba Silvia había un barrio situado en una colina. La mayoría de sus habitantes vivía en cuevas excavadas en la ladera, el resto vivía en casas muy precarias. En esa zona había muchos galgos desatendidos vagando por las calles. No los usaban para competir, por eso no los tenían escondidos. Simplemente los cogían de la calle cuando querían salir a cazar.

Un día de invierno, una compañera de Silvia abandonó su puesto de trabajo para avisarle de que un cachorro de galgo se había metido al parking de la empresa. Silvia salió, cogió al perro, lo metió en su coche que estaba a la sombra y continuó trabajando. Después, durante semanas estuvo yendo con esa compañera a dar de comer a los perros de ese barrio en los descansos del trabajo.

Tras encontrar una protectora que se haría cargo de aquel galgo, pensamos en la forma de llevarnos el mayor número posible de perros. Lo que íbamos a hacer no era ilegal, así que llamamos al cuartel de la Guardia Civil para que nos acompa-





ñara. Nos respondieron que ellos no iban a entrar a ese lugar y nos recomendaron que tampoco lo hiciéramos nosotras. Había que cambiar de plan.

Nos habían dicho que en ese barrio la gente no madrugaba mucho, por lo que decidimos hacerlo un domingo muy temprano. Íbamos Silvia, su compañera de trabajo y yo. A la entrada del pueblo, en el extremo opuesto de la zona en la que estaban las cuevas, encontramos al primero buscando comida en unas bolsas de basura que había junto a unos contenedores. Las dos bajaron de la furgoneta y lo cogieron mientras yo las esperaba.

En el barrio había muchos más perros, la mayoría galgos. Volvieron a salir del coche a coger al siguiente galgo pero ese estaba asustado. Cuando llevábamos tres minutos intentando cogerlo, un coche apareció de repente y se cruzó en la calle cortándonos el paso. Del vehículo salieron cuatro hombres de diferentes edades. Silvia y su compañera habían conseguido coger al perro, pero este se resistía.

—¿Qué hacéis? Ese perro es de mi sobrino.

De repente se aproximaron otros tres hombres. Silvia y su compañera trataban de explicarles que como estaban en la calle pensaban que estaban abandonados. Pero a ellos no les convencía la situación. No las escuchaban. Me miraban a mí





constantemente para que saliera de la furgoneta. Querían hablar conmigo. Yo era el hombre.

Había un problema. En la furgoneta ya teníamos a un perro y estaba alterado. Sentado al volante, lo trataba de sujetar con una mano para que no lo vieran. No podía salir.

Silvia se separó del grupo y llamó a un compañero de trabajo que vivía en ese mismo pueblo y conocía a varios de ellos. Estaba informado de lo que íbamos a hacer. Llegó enseguida y la situación se calmó. Pudimos irnos, pero solo rescatamos a un galgo.

Fracaso total

Después de decenas de llamadas y mensajes por correo electrónico e Instagram había conseguido muy poco para el viaje de julio: las rehalas que me iba a enseñar Hugo Morales, la granja de ciervos y la taxidermia. Era poco, pero cubría apartados de la montería y de la caza en general que no se solían tener en cuenta.

Lo peor estaba por llegar. Una semana antes del viaje, cuando iba a alquilar el hotel, decidí llamar a Hugo, Germán y Alejandro para asegurarme de que no había ningún problema. En el que más interés tenía Animanaturalis y CAS International



era en Hugo y fue al primero al que llamé. No me cogía. Al día siguiente volví a llamar. Seguía sin coger. Al tercer día respondió la llamada, tenía tono avergonzado.

–Lo siento, de verdad, pero es que mi padre no quiere que vengáis. Podéis hacernos una entrevista sin problema, pero las perreras no quiere que las saquéis.

Un año más tarde celebraría haber hecho caso a su padre.

No me lo podía creer. Si se caía eso, se suspendía el viaje. A Javi, a Aitor y a mí nos parecía importante cubrir la granja y la taxidermia pero a las organizaciones que financiaban todo les interesaban especialmente los perros. Para ellas lo otro era una forma de amortizar el viaje.

Disimulé mi disgusto y, como siempre, evité hacer presión.

–No te preocupes, no pasa nada, si no estáis convencidos lo entiendo perfectamente.

Nada más colgar informé a Javi y a Aitor de lo sucedido y Aitor lo transmitió a Aïda Gascón. Luego me tocó llamar a Germán para informarle de que no íbamos a ir a su taller. Esta vez lo corté educadamente para evitar una conversación tan larga como las anteriores. No tenía ganas de escuchar sus opiniones y sugerencias sobre mi «documental». Finalmente, llamé a Alejandro quien,





informal, como siempre, no me cogió el teléfono
ni me devolvió la llamada.











EL ÚLTIMO VIAJE

Faltan imágenes

En enero y febrero de 2023 el conflicto entre PSOE y Unidas Podemos sobre la inclusión de los perros «de caza» en la «ley de bienestar animal» estaba en su punto álgido. El PSOE ya había presentado su enmienda pero la ley aún debía ser votada. Animanaturalis continuaba haciendo campaña hasta el final. Las imágenes de perreras al aire libre que Aitor había tomado un año antes ya se habían publicado. Sabíamos que había mucho más.

El intento de visitar perreras con los rehale-ros había fracasado el verano anterior y el presupuesto inicial se había agotado con las monterías a las que habíamos ido en octubre, noviembre y diciembre. A pesar de todo, debido al contexto político, Animanaturalis y CAS decidieron hacer un último esfuerzo y nos encargaron que volvié-





ramos a intentar documentar la situación de los perros.

Preparando el viaje

El único contacto nuevo interesante desde el fracaso del verano era Jesús Marín. Unos meses antes, cuando lo conocí, le pregunté si podría visitar su perrera y él no solo me respondió afirmativamente, sino que me insistió en que fuera a su pueblo porque ahí, en Villaviciosa de Córdoba, había mucha tradición cinegética y él tenía muchos contactos.

A finales de diciembre lo llamé para confirmar la visita. Estuve preparando el viaje con él teniendo en cuenta sus amistades de la zona. Esto nos llevó varios días, porque tras hablar con Jesús, tenía que enviarle las propuestas a Aitor, que a su vez tenían que ser aceptadas por Aïda Gascón.

Ni Javi ni yo podríamos ir tantos días porque trabajábamos. Linas Korta ocuparía nuestro lugar. Durante 2021 y 2022 Linas había estado trabajando en otros proyectos, muchos de ellos con Aitor.

La primera semana de 2023 había conseguido organizar todo: el martes 17 de enero Aitor y Linas pasarían el día en el coche haciendo una parada en el criadero de alanos de Mateo y Amparo. El





miércoles temprano por la mañana y al final de la tarde estarían con Jesús Marín, esas eran las horas en las que los perreros iban a dar de comer a los perros. Al final de la mañana irían a una taxidermia de Córdoba. El jueves 19 por la mañana visitarían la procesadora de carne de caza del hermano de Jesús y por la tarde continuarían documentando perreras de amigos de Jesús de Villaviciosa y de otros pueblos de la zona. Jesús me garantizó que el viernes por la mañana podrían visitar «las cuadras» de varios galgueros de Córdoba. Por la tarde comenzarían el trayecto de vuelta pasando la noche en Ciudad Real, donde se encontrarían con Javier para asistir a una última montería el sábado.

A pesar de contar con la ayuda de Jesús, aún quedaban algunos huecos en los que los dos compañeros estarían parados, pero no fui capaz de prepararles tarea para aprovechar el tiempo y el dinero al máximo. Me puse en contacto con muchas personas y la mayor parte de las respuestas fueron negativas, entre ellas todos los galgueros con los que contacté desde la cuenta de Instagram de Maneto Visuales.





La parada

El martes comenzaron temprano el viaje desde el País Vasco. Linas iba al volante, Aitor era el responsable del resultado del trabajo. Entre debates sobre estrategia y reflexiones, Aitor le explicaba qué es lo que le había encargado Animanaturalis, los sitios que iban a ver y los planos que creía importantes tomar. La función principal de Linas era la que teníamos Javier y yo cuando lo acompañábamos: dar conversación a los cazadores para que mientras tanto Aitor pudiera hacer su trabajo lo mejor posible pero él además tenía el equipo y el conocimiento para tomar imágenes de calidad.

Hicieron la parada en Perales del río. En la visita que habíamos hecho anteriormente al criadero de alanos, Linas había grabado las condiciones del lugar, pero no había hecho fotos. Consiguieron las imágenes que querían mientras el Garza contaba nuevas anécdotas y Amparo se quejaba de la pérdida de los valores de la montería en favor de intereses monetarios.

—Antes la rehala eran 30 ó 40 perros, ahora con 15 ya se creen que tienen una. Cuando termina la montería los rehaderos no comen juntos, cobran y se van.

—¡Es una vergüenza! —decía su marido reforzando su postura. —Antes, si alguien había perdido





un perro, nadie se iba a casa hasta que aparecía. Todos ayudábamos. Los señoritos no, claro. Me refiero a los compañeros. Ahora el mínimo trabajo posible, solo quieren cobrar. Y eso afecta a todo el sector. Los guardas no conocen las querencias de los bichos y el capitán de montería no se reúne antes con los rehaleros para explicarles cómo se hace la suelta. Porque no es lo mismo ir hasta el final, al tope, ida y vuelta, si se suelta desde varios puntos...

Amparo continuó con la historia en Sotillo de la Adrada.

– Me caí en un barranco lleno de zarzas y no podía salir. Gritaba y no me oía nadie. Pensaba que me quedaba ahí. Al final vinieron dos mastines grandes que se dieron cuenta de lo que pasaba. Me subí encima de uno y me sacó. Ese perro me salvó la vida. Entonces a pocas mujeres les ocurrían estas cosas porque yo era la única rehalera. Tengo tres rifles y varias escopetas pero no me gusta ir de puesto. Para mí cazar es poder entrar con mi cuchillo o mi azagaya. Y muchas veces me preguntaban si tenía miedo. Nunca tuve miedo de entrar porque nuestros alanos cuando enganchan al guarro no lo sueltan y eso hace que puedas entrar como si fuese una estatua.

–Nosotros éramos cazadores de verdad –decía Mateo, quien también quería hablar.– Nuestra vida





se ha dedicado a la caza. Solo os cuento una cosa. Un año cargué de perros mi camión, un Barreiros Saeta 35. Con un grupo de amigos, todos propietarios de fincas, salimos de Madrid un 11 de octubre y volvimos exactamente dos meses más tarde, después de haber cazado todos los días. En una montería en Almuradiel un guarro me mató siete perros y me cortó diecisiete –continuó.– Se había encamado en un zarzalón con una sola boca y no había manera de que rompiera. Tal y como entraban los perros los degollaba. El día empezó como una montería y acabó siendo un taller de costura. Estuvimos remendando perros cuatro horas. Al final la que lo sacó fue la perra más pequeña de la rehala, una fox terrier. Hay rehaderos que no quieren esta raza porque se enganchan con otros perros, pero para estas situaciones son los mejores. El caso es que se metió por una hura de conejo y le entró por detrás, le agarró los cataplínes y salió disparado. Esa fue su perdición. Ja, ja, ja.

Esa misma tarde, mientras Linas y Aitor estaban con Amparo y el Garza llamé de nuevo a Jesús Marín para recordarle que al día siguiente, a las 08:00 de la mañana, estarían «mis dos trabajadores» en el punto acordado. Había hablado dos días antes con él pero quería asegurarme completamente de que iba a estar ahí.





-Vaya, lo siento, pero he tenido que salir del pueblo unos días. No te preocupes, le digo a mi hijo que les enseñe su perrera y la mía y seguro que algún compañero también les enseña. Con mi hermano ya has hablado, ¿no?

Su hijo me confirmó que podían ir a tomar imágenes de las perreras pero como mucho podrían estar diez minutos, lo que tardase en dejarles la comida. Su hija tenía fiebre y estaba él cuidándola. Era muy poco tiempo para tomar buenas fotos y él no parecía tener interés en colaborar.

Empecé a sudar. La situación era mucho peor que lo que me había ocurrido en verano. Ahora estaban de viaje, con el coche alquilado y la habitación de hotel pagada para varios días. Se había caído el contacto del que dependía la mayor parte del viaje.

Intentando arreglar la situación

Llamé a Aitor. No me cogía el teléfono porque estaba en el criadero. Una hora después le conté lo ocurrido. Él habló con Animanaturalis y la organización le dijo que siguieran adelante.

Yo trataría de conseguir nuevas rehalas pero sabía que iba a ser difícil. Estuve toda la tarde del martes haciendo llamadas. Llamé varias veces a la





procesadora de carne para recordar la visita pero estaba cerrada.

La única persona que me confirmó fue Pedro, el taxidermista de Córdoba al que iban a visitar al día siguiente.

Estaba desesperado. Volví a llamar a Jesús Marín.

–Hola, Jesús, perdona. Sé que estás muy ocupado, pero es que mis dos trabajadores están yendo hacia Córdoba y para mañana no tienen nada. Yo les pago por días y todos los gastos. Ya he duplicado el presupuesto inicial para el documental y me gustaría tener alguna rehala. A tu hijo no le va bien enseñarle los perros porque tu nieta está con fiebre.

–Ah, sí. Es verdad, que tiene a la chica mala. Pero, oye, no te preocupes, que mañana vas a tener varias perreras. Ja, ja, ja. Te veo preocupado. Mira, ahora mismo escribo un Whatsapp al club de caza del pueblo y les paso tu teléfono. No es un pueblo grande pero estamos ochenta socios. Ya verás como en diez minutos te escriben varios rehaleros.

No me escribió nadie.





Primer día en Córdoba

El miércoles 18 cuando acabé de trabajar llamé a Aitor para ver qué tal les había ido en la taxidermia. Habían llegado a la hora acordada y el jefe no estaba ahí. Solo había una secretaria que trabajaba a media jornada y que no había sido informada de la visita. Obviamente no podía enseñarles el taller sin el permiso del propietario. La ley de Murphy se estaba cumpliendo.

Por la tarde encontré un criador de jagd terrier en Villanueva del Rey a solo 24 km de Villaviciosa de Córdoba. Es una raza alemana procedente del fox terrier pero ligeramente más fuerte y más valiente. Ambas razas fueron creadas para la caza del zorro. Aunque pueden utilizarse para atacar a los zorros cuando están escondidos entre zarzales o carrizos se han diseñado para la caza en madriguera.

Esta modalidad de caza es tan desconocida como violenta. Se le pone al jagd terrier un collar localizador y se le lleva a la boca de la madriguera. A través del olfato el perro sabe si está ocupada o no. La zorra tratará de huir por otra salida, pero si detecta la presencia de los cazadores puede quedarse en el interior. Los cazadores prefieren que la raposa salga para dispararle con la escopeta de cartuchos. En el caso de que se quede en el inte-





rior puede haber problemas. El jagd terrier es un perro muy agresivo y no saldrá hasta que no haya matado a la zorra, pero la pelea puede generar también heridas graves al perro. Por eso los cazadores tratarán de ayudar al perro lo antes posible.

El collar localizador les permite conocer el lugar y la profundidad en la que se está produciendo la lucha y excavan un agujero con pico y pala. Es un proceso que debe realizarse rápido, pero a la vez es arriesgado porque el terreno puede colapsar sepultando a la zorra y al perro. Cuando acceden al punto donde se está gestando la pelea inmovilizan a la raposa usando un lazo o guantes de cuero grueso, la sacan de la madriguera y la matan con un garrote o la dejan libre para dispararle en la huida.

No solo era interesante documentar este proceso para que la sociedad conociese la realidad de la caza en madriguera. Uno de los argumentos que se utiliza para justificar la caza es que los jabalíes, conejos, ciervos y muflones causan daño económico a la agricultura. Sin embargo, además de las granjas cinegéticas, en los cotos de caza se alimenta a estos animales y se mata a sus depredadores naturales. El único motivo para matar zorros, además del disfrute de hacerlo, es que se comen a los conejos y a las perdices y los cazado-





res quieren matar el mayor número de conejos y perdices posibles.

Llamé al criador.

–Sí, claro que pueden venir a sacar mis perros cazando, pero ahora no es temporada de madriguera. Las raposas solo se meten a la madriguera para criar y eso no ocurre hasta marzo –me dijo. Yo no había contado con eso.

–De todas formas, yo utilizo el jagd terrier para todo. La gente los relaciona con la caza del zorro porque están hechos para eso, pero son muy versátiles. Hasta para cobrar patos los llevo. Mira, el sábado voy a una batida de cochino. Si hay suerte, podrán ver cómo se tiran a un bicho 30 veces más grande que ellos.

El sábado era el día que Aitor, Linas y Javi irían a la montería de Ciudad Real y eso era prioritario.

Conforme fue avanzando la tarde la situación mejoró. Seguía llamando a la procesadora para confirmar la cita del día siguiente y recordar a la encargada que nos interesaba todo el proceso y tener garantía de que podrían documentar los cuerpos enteros. Pero por la tarde estaba cerrada. Volví a llamar a Jesús y me proporcionó el número de teléfono personal de su sobrina, que era la encargada en la procesadora con la que había hablado una semana antes. Me corroboró que había dado indicaciones a las trabajadoras de que





dejaran algunos animales enteros para las imágenes y estableció la cita al día siguiente a las 09:00 de la mañana.

Poco después conseguí otra taxidermia y, lo más importante, un rehalero. Decidí que, en la situación en la que estábamos no podía depender de Jesús. Entre los vídeos de caza de Youtube había muy pocos dedicados a mostrar el trabajo que implica mantener una perrera, pero de ellos cinco estaban en Villaviciosa de Córdoba. Uno era Jesús Marín. Busqué en internet los nombres y números de teléfono de las otras tres rehalas y llamé. El primero trabajaba de mecánico de molinos de viento y no estaba en el pueblo. El segundo no cogía el teléfono, el tercero (Jaime Gómez) me dijo que podía quedar dentro de dos días; y el último, Alberto Ortiz, estableció la cita al día siguiente a las 20:00.

Trabajos con cadáveres

En la procesadora solo quedaban dos jabalíes colgando con las patas delanteras ya mutiladas. Habían degollado los cuerpos dejando el tejido mínimo para que las cabezas quedaran suspendidas pero unidas al cuerpo. Para no levantar sospechas documentaron a las trabajadoras preparando





los embutidos, pero eso no era lo que buscaban. La encargada les dijo que si querían ver la cámara de frío completamente llena tenían que volver un lunes a primera hora de la mañana. Sin embargo, el plan era comenzar el viaje de regreso al día siguiente para pasar la noche en Ciudad Real y poder asistir a la montería del sábado.

A las 16:30 Aitor y Linas llegaban a la taxidermia situada en Almodóvar del Río. Su propietario, Alejandro Cañete, ahora de más de 70 años, había comenzado el negocio en 1969. Tras asumir el fracaso de su carrera de torero decidió que quería seguir vinculado profesionalmente al mundo de la tauromaquia y se especializó en la taxidermia taurina. Por eso, aunque algunos de sus trabajos eran cinegéticos, la mayoría eran cabezas de toros «de lidia».

Era un espacio modesto. Nada comparable a las instalaciones de la familia Pardales, en Los Yébenes. Se trataba de una casa de pueblo antigua reconvertida en taller y negocio. La entrada principal daba a una sala con animales que estaban en el proceso final o ya finalizado. En un rincón parecía observarnos la cabeza de un adax colocada sobre un trípode de madera. Detrás de éste, sujetas en la pared, dos cabezas de ciervo, y bajo ellas apoyadas en el suelo decenas de cráneos de ciervos envueltos en plástico junto a una bombona





de gas oxidada y un gato hidráulico, entre otros muchos cuerpos mutilados.

En esa misma planta estaba el taller con animales en proceso de «naturalización», entre ellos una cabeza de corzo cubierta de alfileres para sujetar la piel en el molde y gomas elásticas que sujetaban las cuernas, y un zorro con horquillas de pelo en las orejas y alfileres clavados alrededor de sus ojos. A un lado una estantería con productos químicos para el curtido de la piel. En el suelo un arcón congelador con dos patas de ciervo sobre bolsas de plástico que contenían restos de otros cadáveres. Y en la mesa de trabajo descansaba una cabeza de antílope.

El piso superior contenía una exposición taurina en la sala principal y, en una habitación más pequeña, más víctimas de la caza: un ñu, un cervatillo y un jabato enteros, varios zorros, otro antílope...

Tira y afloja

Tras salir de Almodóvar del Río, tuvieron que esperar tres horas hasta encontrarse con Alberto Ortiz en la puerta del ayuntamiento de Villaviciosa. De ahí siguieron su coche hasta las instalaciones.





Por teléfono le había insistido en que quería que en mi documental apareciera cómo limpiaba las instalaciones «para mostrar lo duro que es el hobby de rehhalero», aunque obviamente lo que quería era poder mostrar las condiciones reales en las que viven esos perros. Él me había respondido que no había problema, sin embargo, cuando llegó al lugar, dejó el coche en el exterior del recinto y les pidió a Linas y a Aitor que esperaran porque quería preparar las instalaciones. Puso en marcha un motor de gasolina para poder encender las luces y limpiar el interior.

Quienes participamos en una investigación tenemos que valorar constantemente hasta dónde podemos presionar para conseguir el mejor resultado, a veces hay que renunciar a objetivos pequeños para lograr otros mayores. Esta era una de estas situaciones. Aitor y Linas no habían hablado prácticamente nada con el cazador y pensaron que para no generar sospechas era mejor no decirle que querían documentar cómo estaban las instalaciones.

La tarea de Linas era sobre todo dejar el camino libre para que Aitor tomara las imágenes que buscaba. Con este propósito yo había preparado una lista de preguntas para que Linas hiciera al cazador una entrevista en el exterior mientras Aitor tomaba fotos a los perros encadenados en el inte-





rior de la nave. Pero a esa hora ya no había luz en el exterior y tendría que hacerla junto a Aitor.

Las preguntas que preparé eran bastante inocuas. Similares a las que podía hacer una productora cinegética real.

P: ¿Cuántos años llevas siendo rehalero?

R: He cazado toda la vida, pero las rehalas las tengo desde hace 15 años *na más*.

P: ¿Qué instalaciones tienes en el núcleo zoológico?

R: La nave, que es donde están los perros la mayor parte del tiempo, dos parideras fuera para que las madres y los cachorros estén separados y dos patios, uno más pequeño donde a veces les echo de comer y otro más grande para que hagan pierna y almohadilla.

P: ¿Cuántos perros tienes?

R: Aquí ahora tengo 55 adultos cazando. Y cada año crío unos 50 ó 60 cachorros. Hay que tener siempre repuestos para cubrir las bajas.

P: ¿Cuántos llevas a las monterías?

R: A la furgoneta entran unos 30 perros más la collera de presa.

P: ¿Qué razas utilizas?

R: Para el agarre solo quiero dogos o alanos. Aquí tengo cuatro dogos y dos alanos, pero eso





cambia mucho. La temporada pasada tenía tres alanos y tres dogos.

En cuanto a lo que es el grueso de la rehala yo tengo una línea muy definida desde que empecé, hay compañeros que tienen de todo. Salvo los de presa todo son podencos campañeros, grandes, *remendaos* y *coloraos*. Y cruzo siempre los mejores, para tener buena cantera, hay que *reponé* las bajas. Los que me salen blancos enteros los vendo o los regalo; a veces me guardo alguno un poco más chico para el matorral *apretao*, que la espesura es muy querenciosa *pa* los marranos y estos grandes no entran bien.

Cada año tengo una media de 50-60 cachorros. De esos me quito la *mitá* solo por cómo tienen la capa.

Luego hago una segunda selección en el campo, esto lleva más días. Tengo que verlos trabajar: si entran o no a los cochinos, cómo laten cuando persiguen a la res, si vienen cuando toco la caracola, en fin todas esas cosas. Si no sirven *pa* cazar, ya pueden ser berrendos del color de mi línea que me los quito.

Aitor y Linas entendían qué quería decir el eufemismo «me los quito». Es evidente que si un





cazador no quiere un perro porque no caza, no se lo puede dar a otro cazador. Matar perros es algo inherente a la caza, pero no tenían grabado a ninguno decirlo abiertamente a la cámara.

Este era otro de esos momentos en los que Linas y Aitor tienen que decidir si presionaban o no para sacar más información y comunicarse entre ellos mediante gestos sutiles. Linas dejó pasar el comentario. Aitor, que se encontraba cerca, preguntó con tono ingenuo:

–¿Y qué se hace con ellos?

–Pues *na*, si no sirven no los puedes llevar al monte y tampoco te interesa estar cuidando toda la *vía* un perro que no caza.

Decidieron no seguir presionando.

La última perrera

El viernes 20 de enero por la mañana salieron a visitar la última perrera de la investigación. En Villaviciosa los esperaba Jaime Gómez, propietario del afijo Rehala Algarrobo. Desde el pueblo aún había un trayecto de quince minutos por caminos hasta llegar a las instalaciones, situadas en un encinar.

Durante el recorrido Aitor le daba a Linas las últimas indicaciones.





–En las imágenes de ayer no se veía bien la longitud de las cadenas. Intenta mantener el plano hasta que el perro estire y tense la cadena, porque si está debajo del serrín no se ve lo corta que es.

El sistema era el mismo que el de las instalaciones del día anterior: perros engrilletados a la pared con cadenas de poco más de medio metro, la distancia mínima para que dos perros pudieran acceder al mismo bebedero.

–Aquí están *ataos* la mayor parte del tiempo. *Tos* los días vengo a limpiar y darles de comer. Los saco al patio *pa* que hagan pierna mientras limpio. Y ya veis que tienen sus pesebreras *pa* que se tumben. Ahora con el frío les pongo viruta *pa* que estén más calientes. Y *tos* saben cuál es su sitio. En cuanto entran van directos a su cama *pa* que los ate.

–¿Por qué se utiliza este sistema en lugar de tenerlos sueltos?

–¡Esto es mucho más cómodo! Los tienes *tos controlaos*. No te tienes que preocupar de que haya peleas ni *na*. Mira, este por ejemplo lo tengo *jodío*.– Dijo mientras señalaba a un podenco con un absceso que le salía del abdomen. –Pero no están *tos* aquí, fuera tengo los dogos, las parideras y una casilla *pa* que las que estén *brotás* no alteren al resto. Ahora tengo una que está empezando a





estar *brotá* y en unos días le echaré el semental *pa* que la cubra.

Últimos días

Al acabar, salieron directamente hacia Ciudad Real, donde los esperaba Javier con las compañeras que nos proporcionaban alojamiento cuando estábamos por la zona. A la mañana siguiente se dirigían a la última montería de la investigación. Como en el resto de ocasiones, al salir, la pareja manchega les recordó:

–Si tenéis algún problema, llamadnos.

Dado que Linas no había estado en ninguna montería, Javi iría con él para asistirle en su trabajo de videógrafo. Aitor acompañaría a la rehala más cercana. De esta forma, si hubiera algún problema podrían pedir ayuda a través de las emisoras.

Nada más producirse la suelta empezaron a escucharse las primeras ladras de persecución y poco después una rehala cercana había hecho un agarre. La rehala con la que iban Javi y Linas no hizo el primer agarre hasta después de casi dos horas, y no pudieron tomar imágenes porque tuvo lugar a mucha distancia. Conforme se acercaban al final de la mancha escuchaban agarres de otras





rehalas. Dado que la finca estaba vallada, habían quedado muchos jabalíes arrinconados.

El segundo agarre tuvo lugar junto a un riachuelo. La jauría rodeó a una jabalina de poco más de 20 kg. El tercero fue, sin duda, el más incómodo. Cuando otro jabalí pequeño estaba chillando por el dolor que le generaban los mordiscos de 17 perros que lo habían rodeado, uno de los guías lo cogió de una pata trasera, lo levantó parcialmente mientras los perros estiraban para no dejarlo ir. A continuación, el rehalero le ofreció el cuchillo de remate a Javier, para que lo matara él. Mi compañero, que estaba concentrado en tomar la imagen lo mejor posible, no era consciente de que le estaba entregando el cuchillo para que lo matara. Cuando se dio cuenta le dijo:

–No, dale tú.

Pero el cazador insistía. Mientras los chillidos continuaban con máxima intensidad y el número de perros aumentaba.

Para el jabalí, quizá, lo mejor hubiera sido que lo hubieran matado en el menor tiempo posible, que no se hubiera producido esa situación y que Javi hubiera aceptado matarlo. Pero había varias razones que lo impedían. En primer lugar, estaban ahí para documentar las consecuencias de la caza para sus víctimas, no para formar parte de la montería. Si él mataba al jabalí, esas imágenes no





hubieran servido. En segundo lugar, y más importante, si uno de nosotros hubiera matado al jabalí, al final de la montería se hubiera producido la «fiesta» del noviazgo. No solo le hubieran cubierto con sangre y restos de animales, le hubieran hecho fotografías y eso era lo último que queríamos. Por último, para Javier no hubiera sido una tarea fácil emocionalmente. Si presenciar varios asesinatos en un mismo día sin hacer nada para evitarlo es bastante duro, participar directamente en uno de ellos es mucho peor.

Llegó el otro guía de la rehala y sujetó al jabalí de la otra pata para matarlo él. Entonces el primero le clavó el cuchillo. Dentro del mundo de la montería el gesto que había tenido con Javier era un detalle que se debía valorar y Javier lo había rechazado. El cazador, en un principio, se molestó. Luego Javier le explicó que a él le habían pagado por tomar imágenes y si era él el que mataba, le iba a sentar mal a su jefe (yo). Esa explicación le pareció más razonable.

Aitor había estado toda la jornada con Ricardo Quintero. Se había dedicado exclusivamente a la fotografía y tenía buenas imágenes de agarres. Me llamó especialmente la atención una secuencia en la que cinco perros estaban mordiendo a un rayón mientras Chepa (el presa canario bardino) con su chaleco de protección azul observaba. En





la siguiente fotografía el rehalero llevaba al jabato levantado de una pata trasera, cuyo rostro estaba dentro de la boca de Chepa. La tercera era un retrato en el que el cadáver estaba suspendido de la mano del cazador y, la última, el cuerpo colgando de un madroño.

Al acabar la batida comenzaron a escucharse las «llamadas a recogida». Se reunieron los tres y juntos documentaron la recogida de la «carne» y el comienzo de la preparación del plantel. Cuando llegaron había decenas de jabalíes, muflones, ciervos y gamos sin vida, y cuando se fueron seguían trayendo cuerpos con evidentes signos de violencia.

Regreso a Córdoba

En el último momento, Animanaturalis decidió aumentar su apuesta por esta investigación. Le indicó a Aitor que regresaran al sur para tratar de lograr las imágenes de la procesadora llena de animales muertos por lo que, tras la montería, Javier se separó de los otros dos compañeros.

Yo no podía prepararles nada. Había estado varios días intentándolo y ya no tenía ningún recurso. El domingo fueron al zoo de Córdoba para documentar las condiciones de los animales





ahí porque no tenían ninguna opción vinculada a la caza. El lunes a las 7 de la mañana estaban en la procesadora.

Ahí la escena era muy diferente a la de la visita anterior. En la parte de atrás un camión frigorífico cargado de restos de jabalí colgando de ganchos, abiertos en canal. Bajo sus cabezas, cajas de plástico con restos de vísceras.

En el interior había varias salas. Una de ellas con decenas de canales de muflón, gamo y ciervos que colgaban de ganchos metálicos, ya eviscerados y decapitados. En el suelo yacía el tronco mutilado de un muflón que había caído de su gancho. La inclinación de la superficie dirigía las últimas gotas de sangre que recibía a un pequeño desagüe junto a unas cajas con patas de ciervo.

Se asomaron a la cámara de frío. Estaba prácticamente vacía.

–No, en esta cámara no hay nada –les dijo la encargada.

Pero no era del todo cierto. Varias cabezas de ciervo habían quedado tiradas en una esquina. Aitor quería hacerles una foto y a la vez evitar levantar sospechas.

–Sí, pero también nos interesa la estructura, para que se vean los distintos espacios de la instalación.





Hizo varias fotos a la sala vacía para después dirigir el objetivo hacia lo que realmente le interesaba, tratando de aparentar que esas fotos eran algo casual. La encargada continuó con la visita guiada de la empresa y ellos la siguieron fingiendo interés.

Publicación

Ese viaje marcó el final de la parte presencial de la investigación, así como mi participación, la de Silvia, Javi y Linas. Aitor tendría que editar las imágenes. Animanaturalis trataría de sacar el máximo partido posible al material, preparando la nota de prensa, haciendo un informe, aplicando la estrategia de redes sociales y la publicando el trabajo en la web.

El vídeo final, solo en el Instagram de Animanaturalis, alcanzó las 365.000 visitas. A esto hay que sumarle las visualizaciones en los medios de comunicación, el uso de otros cortes de vídeo y de fotografías en protestas, la página web y redes sociales. De hecho, a día de hoy, Animanaturalis continúa utilizando el material. Y Aitor Garmendia tiene el material de todas sus investigaciones disponible de forma gratuita para cualquier organización de respeto animal.





Reacciones

La investigación pronto llegó al mundo cinegético. Es imposible no pensar en cómo reaccionarían los cazadores que nos ayudaron. El primer fin de semana Aitor había hecho bastantes fotos a los rehaleros. En una se apreciaba la silueta de Evelio Prieto sobre una roca tocando la caracola. A sus pies, también sobre la roca, dos podencos campaneros. Paloma había encargado un cojín con la fotografía impresa que entonces presidía la cama de matrimonio. La pareja estaba de acuerdo en que era la mejor fotografía que habían hecho de sus monterías. ¿Qué habrá ocurrido con ese cojín?

No teníamos nada personal contra él, pero sí tengo especial curiosidad por la reacción de Borrero. Pocos meses antes de que se publicara el trabajo me había mandado un audio de Whatsapp en el que me decía que podíamos ir a sus monterías sin avisar porque ya éramos «parte de la familia».

La mayoría de los medios de comunicación vinculados al mundo cinegético hablaban de «bulos» y acusaban a Animanaturalis de mentir. Pero más honesta me parece la visión de otros cazadores como Carlos Fernández, quien en su canal de Youtube no hablaba de manipulación, sino que defendía las prácticas que Animanaturalis acababa de





publicar. Esa es la diferencia real entre su postura y la nuestra. Ellos no ven ningún problema moral en acosar y matar animales.

Nuestra intención no era convencer a los cazadores de que lo que hacían estaba mal sino crear debate social sobre la caza y la explotación animal en general. A día de hoy todas las personas que participamos directa o indirectamente en esta investigación seguimos luchando por avanzar hacia la liberación animal.

Ojalá nos acompañes en ese camino.







